

IAIDO

O EL ARTE DE CORTAR EL EGO

Por Michel Coquet

I tiene el sentido de ser. AI el de unidad. IAI es la realidad y el medio de alcanzarla. El DO japonés es lo que conduce al hombre a esta realidad. En cierto sentido, el IAIDO es SHIN JUTSU, el arte de controlar la mente.

INTRODUCCIÓN

-Los constructores de sables. –Fabricación secreta. –El ken jutsu. –El iai jutsu. – Del jutsu al do. -El ken jutsu. –El iai do. –El kendo.

Fue en China donde el arte del sable, apoyándose en la filosofía, toma una dimensión excepcional. Durante el período Heian (794-1191), la filosofía china fue introducida en Japón y la práctica de las artes marciales fue momentáneamente relegada, a excepción del arte del sable, que representaba un medio único de supervivencia en estos tiempos tumultuosos.

A finales del siglo XII se constituye una nueva clase de tendencia aristocrática, la de los samurais, que jugó un papel importante a lo largo de la historia nipona tanto en la vida social como en la política. El samurai seguía un código de vida ideal llamado BUSHIDO o camino del guerrero, que daba amplia acogida a las actividades artísticas (pintura, poesía), a la filosofía y a la práctica de las armas.

Durante los períodos Kamakura y Muromachi (1.190-1.570), el sable tomó un auge excepcional y fue venerado como símbolo de la virilidad, de la pureza y del valor de los samurais. Siendo indispensable para defender la vida, llegó a representar el alma del guerrero. Además, el sable fue incorporado a los ritos religiosos del Shinto y adquirió un lugar de honor en la vida del Estado. Pero habrá que esperar al período Muramachi (1.337-1.570) para que el sable, llamado *katana* en japonés se convierta en un arte de vivir y en un medio de elevación espiritual. La vida de los jóvenes guerreros nacidos en familias de rango imperial estaba marcada por dos acontecimientos importantes:

“El primero era la ceremonia de iniciación durante la cual se le daba un primer sable, el mamori-katana que el pequeño llevaba hasta la edad de cinco años. La segunda ceremonia era el Genbuku que marcaba el comienzo de su vida adulta. Recibía entonces un sable verdadero y una armadura, después se le peinaba como a un adulto. Desde entonces debería especializarse en las funciones reservadas a su rango, pero sin dejar de lado jamás la práctica del sable definida por el código militar como “el alma del samurai””.

Tradiciones y mitos

El sable es mencionado en los archivos del Japón en conjunción a la historia de los dioses, y esto mucho antes del advenimiento de Jimmu Tenno, el primer emperador nipón.

La religión shintoista remonta el origen del sable al dios *Izagami*. Esta tradición cuenta que *Izagami no Mikoto* “sacando la espada (de empuñadura larga) de diez puños (de largo) que tenía augustamente ceñida, cortó el cuello de su hijo *Kagutsuchi*.”

El sable de los orígenes tenía diferentes apelativos como “espada violenta que mata la serpiente gigante” o “celestes cortador de gigantes” y es fácil descubrir en estos mitos la génesis misma del mundo, similar, con pocas diferencias, a la de otras religiones. Recordemos los mitos vinculados al sable en nuestras propias tradiciones occidentales, el de Excalibur, la espada del rey Arturo, o de Durandal, la de Roldán, y muchas más todavía...

Los forjadores de sables

A causa de la veneración que se tenía al sable (*katana*), el oficio de fabricante de sables se convirtió en una profesión religiosa que incorporó un gran número de dones filosóficos y sobre todo esotéricos. Cada escuela de forjadores poseía sus propias técnicas, descubiertas después de exhaustivas experimentaciones. El descubrimiento de ciertas aleaciones, alcanzados a veces por inspiración, dio lugar a una verdadera alquimia, sobre todo por su estrecha relación con el chamanismo Shinto y con el budismo esotérico cuyos conocimientos tocaban la esencia misma de la materia y el control por el poder del espíritu. Esta vinculación a las doctrinas místicas se nota por ejemplo en las hojas de sable donde a veces se gravaban signos esotéricos del *Ju-ji* (diez letras sagradas), como se puede ver en una de las hojas de Hiroyoshi de Yamashiro (Kyoto), célebre familia de forjadores de sables.

Tal como los alquimistas de la Edad Media, el forjador, además del trabajo en el horno, se entregaba a una intensa preparación espiritual que consistía en rezos y abluciones de agua fría. La pureza mental y física era de primera importancia, pues se suponía que la hoja tomaba las cualidades y los defectos de la personalidad del forjador. Citemos, a modo de ejemplo, los sables del gran maestro Masamune (1.330) que tenían, además de su excelente calidad, el poder de dar a sus propietarios suerte en el combate así como pensamientos puros y elevados; por el contrario, Senzo Muramasa (1.550), hombre respetable pero violento, construyó sables por los que fueron heridos dos emperadores. Estas hojas fueron entonces buscadas y destruidas. La leyenda ha hecho su efecto, hasta hoy ha quedado la imagen de Muramasa como un forjador maldito que vive en alguna ermita de montaña. Verdaderamente muchos forjadores fueron alquimistas religiosos, y algunos de entre los más grandes acabaron sus vidas como monjes en monasterios.

Fabricación secreta

Buen número de forjadores tuvieron revelaciones sobre la manera de fundir los metales, por efecto de la oración y la meditación. Lo mismo ocurrió con ciertos maestros de sable que descubrieron eficaces técnicas por el mismo método. Y fue así como el secreto se mantuvo y pocas cosas se saben acerca de la fabricación del *katana*.

Sin entrar en detalles, primero hay que extraer de la tierra el mineral de hierro

magnético y de arena ferruginosa, y es aquí donde interviene el conocimiento alquímico que permite obtener hojas dotadas de cualidades excepcionales. La construcción de ciertas hojas se realizaba en la montaña. En efecto, las cumbres estaban consideradas en los ritos Shinto como la morada de los grandes *kami* que propiamente inspiraban al forjador. Estas diferentes etapas, resultado de una ciencia misteriosa para el no-iniciado, dan a las hojas de *katana* un poder, una resistencia y una belleza que nunca fueron igualadas por ninguna otra nación del mundo. Algunos filos podían incluso, en manos de expertos, cortar limpiamente el cañón de un fusil o abrir en dos el casco de un samurai.

El ken jutsu (técnica del ken)

El entrenamiento con katana en el seno del clan era muy peligroso y, con el fin de evitar todo riesgo inútil, se utilizaba un sable de madera (*Bokkuto*), lo que permitió una considerable evolución de la estrategia del sable, a tal punto que, en manos de un experto, el *Bokkuto* era tan peligroso como el *katana*. Fue así como, desde el siglo IX hasta el fin de la dictadura Tokugawa, se pueden contar más de doscientas escuelas de *ken-jutsu* (ken = sable). Esta disciplina fue la más popular en esta época. Fue el resultado de antiguas técnicas que habían sido codificadas por Chosai y Jion en 1.350.

El iai jutsu (técnica del *katana*)

En el campo de batalla, el samurai sacaba su espada y se precipitaba al combate. Por el contrario, en la vida cotidiana, eran frecuentes los ataques por sorpresa. Fue así como el arte de desenvainar se convirtió en una parte importante de la técnica del *katana*. Este método fue innovado por Shigenobu Heyashikai. Se trataba de presentir el ataque antes de que fuera ejecutado (*genshin*), y este motivo es el que finalmente transformará el iai jutsu en iaido. El primero promovía una eficacia guerrera, el segundo buscaba una eficacia de paz. La palabra IAI se compone de dos ideogramas:

-el primero, I, de iru, significa: estar presente,

-el segundo, AI, de awaresu, significa: unir.

IAI es entonces la vía que permite, por el acto espiritual, estar presente, es decir despierto en su Yo superior, y así poder unirse al pensamiento y a la acción de los adversarios.

Del jutsu al do

Esta evolución de la estrategia del jutsu (técnica de guerra) al do (vía espiritual) afecta igualmente al ken jutsu y se transforma en el *kendo* o la vía del sable. Al convertirse en un arte de paz y de desarrollo personal, el ken fue reemplazado por el *shinai* (sable de bambú ligero). Los practicantes deben vestir una armadura que sin embargo permite una gran libertad de movimientos.

Convertido en una forma de vida, el Kendo está muy reglamentado. Tiene por objeto el desarrollo de facultades naturales en el hombre, tanto físicas como psíquicas, siempre permitiendo una integración correcta de la personalidad. La eficacia del kendo reside en el control de sí mismo y en la posibilidad de hacer progresar al compañero, como con gran acierto señaló el maestro Ueshiba, fundador del Aikido, una disciplina que hunde sus raíces en el arte del sable:

“La verdadera vía de las armas consiste no solamente en neutralizar al enemigo, sino también en dirigirle de tal manera que voluntariamente abandone su espíritu hostil.”

Se puede resumir toda la disciplina del sable en tres etapas inseparables unas de otras:

El ken jutsu

Por su práctica, el estudiante asimila el aspecto puramente estratégico y técnico bajo la forma de *kata*, o serie de movimientos, permitiendo el estudio de las posturas, del equilibrio, de la centralización ventral, de los encadenamientos, etc. La eficacia es aquí lo importante. Se insiste entonces en la coordinación del cuerpo y de la respiración. Por descontado que una seria enseñanza ética se imparte dentro y fuera del entrenamiento. El ken jutsu permite, entre otras cosas, un perfecto control del cuerpo y la adquisición de cualidades de carácter como la paciencia, la resistencia, la modestia, la humildad y el espíritu de grupo. En el plano de su mentalidad, la vía del ken permanece profundamente vinculada al espíritu Shinto, a sus reglas de honor y a su devoción por las fuerzas de la naturaleza.

El iaido

A continuación viene el iaido, la vía del sable, donde uno aprende a utilizar un verdadero katana. El entrenamiento se hace más frecuentemente en solitario. Se trata de adquirir un perfecto dominio de las emociones y de la mente. Otros aspectos se desarrollan paralelamente, como la estética, la intuición, la vitalidad. La práctica mental se dirige a alcanzar ese estado de conciencia llamado MUSHIN, el vacío mental. Se alcanza este estado practicando una decena de movimientos sentados y de pie. El estudiante debe visualizar condiciones de ataque de tal suerte que sus paradas y contraataques se conviertan en reales y que en algunos instantes de concentración todas las sensaciones provenientes del dojo (estudiantes, instructor, ruidos, calor, etc.) desaparezcan. El arte del iaido está siempre precedido de un ritual cuyo objetivo es poner la mente en una condición de perfecto apaciguamiento y de receptividad hacia la sensación de “ser” (ushin), para finalmente esperar en el vacío absoluto (mushin) una sollicitación agresiva. Cuando la razón ya no razona más y cuando todo pensamiento se calla, entonces aparece la “vacuidad”.

La mentalidad del practicante de iaido está influida sobre todo por el espíritu del Zen. El Zen (Vacuidad), muy practicado durante el período Kamakura, se enseñaba como disciplina indispensable para el arte del sable. Permitía a los soldados vencer el miedo y la muerte. Enseñaba también a percibir intuitivamente los ataques. Esta actitud Zen de no-pensamiento fue lo que Takuan, maestro Zen reputado, enseñó a Yagyu Tajima no Kami, que se convirtió en uno de los esgrimistas de mayor reputación del Japón. Hizo lo mismo con el célebre Miyamoto Mushashi, fundador de la escuela Nitoryu. Una de las actitudes mentales más propicias para vencer se llamaba FUDOSHIN, y consistía en guardar un espíritu calmo y sereno frente a las situaciones más graves.

El kendo.

Gracias a las protecciones que llevan sus practicantes, el kendo permite

encuentros libres, ya que el temor a herir al compañero ya no existe. Esto hace posible la armonización de nuestro espíritu con el del adversario y la anticipación de sus ataques, lo que es mucho más difícil en ken jutsu.

Estas confrontaciones rápidas y poderosas van siempre seguidas de *kiai*, grito que permite la liberación del *ki* con ocasión de un ataque en el que se requieren todas las fuerzas mentales y físicas. El *ki*, que se va desarrollando en el *iaido*, se manifiesta sobre todo en el *kendo*. La velocidad de los ataques deja muy poco tiempo al razonamiento; conviene únicamente presentir el instante en el que el adversario ofrece una posible abertura, sea ésta técnica o mental. En este instante reside la esencia del *do*, que permite al practicante, por medio de una experiencia directa, llegar a la realidad de la vacuidad más allá de la forma y de la apariencia, y de realizar esa extraordinaria percepción interior que los maestros del budo llaman MUGA. Aquí llegan únicamente los que han sabido unir en un todo armonioso la técnica del sable y la de la meditación. En esta unión de cuerpo y espíritu uno alcanza la realidad absoluta.

La disciplina del sable es una vía sagrada tanto del cuerpo como del espíritu, cuya filosofía el maestro Risuke Otake resume así:

“Si uno comienza a batirse, hay que ganar. Pero batirse no es el objetivo. El arte del guerrero es el arte de la paz, el arte de la paz es más difícil: hay que ganar sin batirse.”

Para terminar esta introducción, quisiera precisar algunos hechos que conciernen a lo que yo debo de haber podido profundizar en la esencia de este arte sin par. Durante mi estancia de algunos años en Japón, principalmente en la región de Shizuoka, tuve a menudo la ocasión de encontrar expertos del budo tradicional. Pocos de estos expertos se elevaban sobre la técnica de su arte, pocos incluían una dimensión espiritual. Tuve, sin embargo, el privilegio de encontrar algunos maestros auténticos, pero nunca recibí de ellos una enseñanza personal, incluso en el caso del maestro Matsui Masakichi, décimo dan de Kyudo, quien supervisó mi instrucción por intermediación de un experto.

Por el contrario, situándome únicamente en la óptica espiritual, el encuentro con dos personajes fuera de lo común ha transformado profundamente mi manera de concebir el budo haciéndome pasar del mundo de la filosofía mística a la práctica directa de la vacuidad.

Esto fue primero con el sensei Masahiko Tokuda, experto de Kyudo (tiro con arco) en el dojo vinculado al budokan de Shizuoka, y después un maestro de *iaido* bajo cuya dirección estudié la doctrina del despertar en el arte del sable durante casi un año. Su doctrina se parecía a un abismo profundo, vertiginoso, rápido y terriblemente directo.

“¿Cuál puede ser el apoyo del que se lanza al vacío?”

Esta es la pregunta que le hizo una vez uno de sus alumnos. El maestro respondió enseguida: *“¡Ninguno!”*. El alumno pensaba en la necesidad de vencer el miedo a la muerte, en un eventual apoyo frente a este miedo. El maestro fue más lejos:

“Siendo la muerte inexistente ¿cómo el hecho de suprimir el miedo puede

convertirse en un apoyo?”

: El alumno, instruido en el Zen, usó el mismo tono:

“¿No es el sable este apoyo?”

El maestro le responde sin una sombra de reflexión:

“El abismo sólo es abismo si está rodeado de tierra. Mientras no se alcance el vacío de uno mismo, hay que pasar por el sable. Cuando el vacío se alcanza, no se ve más el sable ni la ausencia de sable.”

Esto es un ejemplo de la forma de enseñar del maestro, pues era un maestro sin ninguna duda, varios de sus amigos, altas personalidades en todos los sentidos, me lo han confirmado. Era duro también, pero su compasión no tenía límites, ni tampoco debilidades. Tenía muy pocos alumnos (pero muchos amigos) y los escogía solamente cuando éstos estaban, como el mismo dice “al borde del abismo”.

Yo hubiera deseado, como había hecho con otros, darlo a conocer por el gran público. Pero él era la encarnación misma de su enseñanza y rechazaba todo lo que despertaba el orgullo y la personalización. Rechazó grandes honores con motivo de haber alcanzado altos grados en la práctica marcial. Se desentendía de agradecimientos por servicios prestados y nada en su doctrina satisfacía ningún ego. He aquí lo que aconsejaba a sus alumnos:

“Debe ser alcanzada la indiferencia más total hacia la propia personalidad antes de que pueda abrirse el loto del corazón.”

El término “maestro” en occidente está desprovisto de todo sentido real, espiritual y trascendente. Considero que este ser estaba en la dimensión de los que han alcanzado un estado en el que no necesitan el apoyo de un título. Sin embargo, yo me dirigía a él siempre con el término “sensei”, como hacían todos los que tuvieron la suerte de estar cerca de él.

La palabra “sensei” designa a alguien que enseña. Literalmente quiere decir “el que ha nacido antes”. Es entonces quien nos precede en el sendero de la evolución y que, por demás, es capaz de indicarnos la vía y de evitarnos, en lo posible, sus muchos obstáculos. Utilizaré la palabra *sensei* en este sentido elevado.

En cuanto a su nombre, he jurado no desvelarlo jamás. Algunos de mis amigos o alumnos íntimos quizá lo descubran, pero respetaré la palabra dada. El mensajero, en la medida que es auténtico, sólo busca una cosa: transmitir su mensaje. La alteración de filosofías y religiones viene a menudo de fieles que confunden en un todo el mensaje y el mensajero. Por razones personales que tienen que ver con el afecto que nos ha unido profundamente, para este libro le voy a personalizar con el nombre simbólico de maestro “Takeuchi”, un nombre que representa bien la esencia de su doctrina.

A lo largo de mis numerosas visitas al maestro Takeuchi, he tomado gran número de notas, e incluso a veces he tenido la suerte de registrar su voz. Esto es lo que me ha permitido escribir esta obra. Las fechas no son precisas, pues en esta época no podía imaginar que alguna vez iba a tener la necesidad de escribir. Como la mayor parte de nuestros encuentros estaban condicionados por los acontecimientos de la vida japonesa, es decir, a las muchas fiestas y festivales que jalonan las estaciones, he podido encontrar el hilo de la enseñanza y trazar bastante fielmente la historia de este excepcional período de mi vida en Japón.

He hecho muy pocos comentarios sobre la enseñanza en sí misma. Hubiera podido hacerlo, pues mi pensamiento ha evolucionado desde entonces, pero esto hubiera traicionado el sentido de las palabras del maestro, que me las dirigió en un momento preciso de mi vida, y ciertamente hoy hubiera recibido una enseñanza muy diferente.

Debo advertir que después de haber recibido esta enseñanza he dejado de aplicar sus principios en su totalidad y continué de alguna otra manera mi experiencia de budoka, en las alegrías y en los problemas. Sólo después de algunos años, después de mi encuentro con el más grande Maestro de nuestro siglo, que de nuevo la doctrina del maestro Takeuchi volvió a mi memoria.

A partir de todo este montón de notas he escrito “Budo esotérico”, y ahora brindo al lector “La Vía de la Liberación por la práctica del sable japonés”. Deseo sinceramente que este libro aporte a todos los buscadores lo que me ha aportado. Ojalá pueda demostrar que el *iaido* es menos un arte de matar al adversario que un arte de vencer el ego, y que es un medio altamente privilegiado para alcanzar la paz suprema y el despertar perfecto, y que pueda “*desde el centro, donde todos los conflictos se anulan, brillar la luz del amor*”, tal como el maestro Takeuchi me dijo antes de mi partida.

PRIMAVERA: EL AGUA

-Shizuoka. –El Sengen jinja. –Koshiro. –Maestro Takeuchi. –El Yoshinkan. –La Escuela Katori. –El pequeño dojo de Shimizu. –Ki ken tai. –Iai goshi. –Ki ai shin. –Seika. –El nacimiento del Buda. –La escuela Shingon. –La escuela Zen. –Ken jutsu y Kendo. –Munen mushin. –La competición. –Michi. –Do. –Tao. –Yin y Yang. –Respiración ventral. –El mundo ilusorio. –Oguro san. –Seika.–La respiración. –El kiai. –Cómo sostener el sable. –Cómo sacar el sable. –Lo lleno y lo vacío. –El Rhinzai ji. –Me tsuké. –La aceptación. –El control de los deseos. –Atracción-repulsión. –Medios para la liberación. –Los cinco sentidos. –Las bellezas del jardín. –La verdad está dentro de nuestro corazón. –Ensoñaciones en el castillo de Sempu. –Nikko. –Entrenamiento intensivo. –el arreglo floral. –El kokoro.

Shizuoka se encuentra a 167 kilómetros de Tokio. Es una ciudad de bastante importancia y que tiene el privilegio de estar muy bien situada entre el mar y las montañas y goza de un clima suave y templado. La nieve en invierno es aquí cosa rara. La cadena de montañas impide en parte la llegada de tifones devastadores que causan tantos estragos cada año. Antigua villa de samuráis, Shizuoka es, a mi modo de ver, una ciudad excepcional para quien busque la vía de una disciplina marcial. En efecto; casi todas las disciplinas están aquí representadas, sólo hay que escoger.

Como cada año por el mes de marzo, el gran santuario Shinto, el *Sengen jinja*, estaba de fiesta. Era el anuncio de la primavera. El fin de semana ofrecía a todos la ocasión de admirar los manzanos en flor, e invitaba a la familia a reunirse de nuevo. Las mujeres y los niños vestían kimonos con los colores del arco iris dando al templo un ambiente todavía más tradicional.

Cuando la gente entraba en el gran recinto del jinja, empezaba por acercarse al santuario, ofrecían una limosna y daban dos palmadas con el fin de llamar la atención de la divinidad. después iba deambulando alegremente de puesto en puesto. En Japón, la kermesse es siempre fascinante. Es un momento privilegiado en el que la gente sale de su casa, y de sí mismos. Aquí, como en otros lugares, la primavera es tiempo de amores y de reencuentros, la vida de nuevo trata de manifestarse y cada uno contribuye a ello en la alegría y la belleza. El alma, fecundada en un ciclo superior de vida, infunde con todo su poder generador el soplo de la resurrección del cual las flores son un maravilloso símbolo. En ellas se encuentran las primicias de grandes alegrías o de verdades futuras, y son objeto de una gran veneración. Uno las admira, y las respeta también, pues si la flor es bella, también es tan frágil como la vida. Aparece, nos deslumbra, después cae, todavía vibrante de frescor. Efímera como la vida terrestre, la flor nace y después rápidamente muere. ¡Pero qué magnificencia cuando, bajo el cielo azul de la primavera, los árboles inflados de nieve con tonos rosados adornan la tierra todavía húmeda con un manto de una pureza resplandeciente! Hay que rendir homenaje a las flores, pues elevan nuestros pensamientos y nos anuncian la renovación de las cosas.

El gentío aumentaba, siempre alegre, se entretenía ante los puestos feriales cargados de golosinas, de juguetes, de amuletos de buena suerte, o de platos para llevar. Yo miraba a esta gente que me parecía feliz, el instante de una floración. Cuando llegase el invierno ¿tendrían en el corazón la misma alegría? ¿era esto la verdadera felicidad? No tuve tiempo de responder a esta pregunta, una mano amigable se posó en mi hombro. Era mi amigo **Koshiro** a quien conocí en un pequeño bar (el Ninjin) donde yo trabajaba los sábados por la tarde para ganar un poco de dinero. Koshiro era un estudiante de electrónica y no se interesaba en absoluto por el budo, ni tampoco por la religión. ¿Cuál era su meta? Irse a vivir a Europa. Esto era lo que nos había puesto en contacto y fuimos haciéndonos muy buenos amigos. Conocedor de mis mayores preocupaciones, Koshiro aceptó presentarme a un hombre a quien admiraba mucho y a quien había conocido por medio de su padre de quien fue amigo íntimo. Según Koshiro, este hombre podría aportarme mucho, pues había sido en el pasado un gran experto de iaido. Estaba ya jubilado y se dedicaba a la pintura a la tinta, el *sumié*. Nos habíamos puesto de acuerdo para una cita para ese día a las 15 horas. Koshiro me ofreció llevarme en coche y salimos inmediatamente pues el maestro no vivía en Shizuoka sino al lado del puerto de Shimizu, pueblo situado a unos diez kilómetros.

Su casa era como todas las casas japonesas: una pared pequeña de piedras grises detrás de la que se encontraba un pequeño jardín con árboles cuidados y una casa de madera y de tejas. El conjunto era sobrio y bien ordenado. Koshiro, excusándose, me precedió en el sendero que conducía a la puerta. Una mujer sin edad nos abrió y reconoció a Koshiro, nos dedicó una gran sonrisa. Después de los saludos típicos, Koshiro me presentó. “Os esperábamos” dijo ella gentilmente “¡entrad, os lo ruego!” Después de dejar nuestros zoris delante del escalón, pasamos dentro. El interior estaba muy limpio y sobre todo muy silencioso, en contraste con el alboroto incesante de coches en el exterior. Después de ofrecernos el té, la mujer desapareció discretamente y el maestro apareció.

De primeras lo que más me impresionó fue su cara. Los pómulos salientes, los ojos muy oblicuos y sonrientes, el **maestro Takeuchi** era del tipo ascético, delgado

pero desprendiendo una gran fuerza. Fui atrapado por sus ojos fijos y penetrantes y noté que me sondeaba. Su voz era extremadamente suave. Sin embargo pensé que era duro, incluso violento, sin sentimientos humanos, juicio puramente subjetivo y sin nada que ver con la realidad como el tiempo me iba a demostrar. La suavidad de su voz contrastaba con su mirada penetrante, pero el conjunto estaba armoniosamente acorde con gestos de una gran sensibilidad y de una gran precisión. Todo respiraba en él con la fuerza tranquila del que sabe. Ninguna agitación nerviosa agitaba su cara que, como una máscara, parecía fijada para siempre.

No parecía particularmente interesado por la presencia de un *gaijin* (extranjero) que pretendía querer buscar la verdad. Durante más de una hora, Koshiro llevó la conversación pues conocía bien mis preocupaciones y le expuso al maestro lo mejor que pudo lo que yo hacía y deseaba. Esto me dio mucho tiempo para observarle con discreción para tratar de percibir todas sus debilidades ¡deformación marcial de la que debería deshacerme algún día! Pero tiempo perdido, el maestro, permaneciendo muy jovial, no expresaba nada que no fuera una gran indiferencia. En algún momento no parecía consciente de mi presencia, y llegué a preguntarme si Koshiro habría cambiado de tema. Mi japonés en esta época no me permitía seguir la conversación de dos autóctonos hablando entre ellos, así que no podía seguir más que vagamente el tema de la conversación.

Durante este tiempo, la mujer del maestro vino a ofrecernos té y *sembei*, especie de galletas secas y duras a base de arroz. Aproveché discretamente la ocasión para cambiar de posición. Al fin, el maestro se levantó y se excusó por no haberme hablado mucho y después nos fuimos a visitar la parte de atrás de la casa que era verdaderamente espléndida: lámparas, jardín, peceras con peces rojos, árboles, había de todo, incluso un bonito césped bien cuidado. Todos los jardines japoneses me hacen el mismo efecto. Me quedaría horas contemplando su belleza, en ver el movimiento de los peces en el agua, en escuchar el encantador canto de los pájaros y en gustar las delicias de la armonía que se desprende del arreglo de los árboles y de las piedras.

El maestro Takeuchi nos acompañó a la puerta y convinimos otra cita.

Mientras volvíamos, Koshiro me explicó que el maestro quería verme a solas en cuanto yo tuviera oportunidad. Esto no sería fácil, pues mi agenda estaba bastante cargada. Tenía cursos regulares de karate, de aikijutsu, de iai, de ken, de naginata y de bo en el **Yoseikan**, de aikido y de kuydo en otros dojos. Felizmente había decidido dejar dos disciplinas fatigosas, el judo y el kendo. Un primer dan no es nada, pero permite conocer las bases de las disciplinas diferentes a las tuyas de siempre, esto se confirmó en muchas circunstancias. Además de mi dedicación al budo, yo tenía que asumir el problema de mi supervivencia y trabajaba haciendo de todo: en una fábrica, vendedor de “french bread”, ayudar en una farmacia, barman, profesor de francés, conductor de camiones, etc. Y esto fue una experiencia enriquecedora. Y para completar todo esto tenía mi búsqueda espiritual que acaparaba el 80% de mis pensamientos cotidianos. Enriquecido con todo lo que había tragado en Francia en cuanto a movimientos tradicionales e iniciáticos, tenía la impresión de saber de esto lo suficiente como para tener una conversación con el maestro. En realidad, lo que iba verdaderamente a aprender es a hacer tabla rasa de todos estos conocimientos intelectuales. Lo que iba a recibir ahora iba a transformar profundamente mi vida, no en lo inmediato, sino casi diez años después. Esta transformación sería sin embargo el

resultado de los muchos granos que habían sido sembrados tiempo atrás. El maestro Takeuchi les hizo desarrollarse y madurar lentamente.

Recuerdo nuestro segundo encuentro. El maestro Takeuchi me esperaba y, todavía más que de costumbre, fui exactamente a la hora de la cita. Después de las cortesías al uso, sin ostentación, me sirvió él mismo el té, un te famoso por su gusto y que era el orgullo de los habitantes de Shizuoka. El té y las *mikans* (mandarinas) son especialidades de la región. El maestro quiso saber de mi, sobre mis gustos, sobre las motivaciones que me impulsaban hacia la vía de la disciplina, sobre mis objetivos de vuelta a Francia, etc. Noté que la cosa fluía, y rápidamente se dio una intimidad sutil entre nosotros. El mismo, y no era su costumbre, me explicó las muchas búsquedas que había emprendido en el ámbito de las religiones. Me habló de su padre Akiyama, hoy fallecido, de su profesión de comerciante. Me explicó que su padre había sido un religioso Shinto muy ferviente pero muy simple, que se contentaba, como la mayoría de la gente, de hacer lo que fuese necesario, sin más. El problema de Dios, de la vida, de la muerte, nada de esto le preocupaba lo más mínimo. El maestro Takeuchi había continuado sus estudios, más por satisfacer a su familia que por ambición personal. El resultado positivo era un mal inglés con el cual nos entendíamos bastante bien. Después el tuvo que casarse, lo quisiera o no, y fue el fin de sus esperanzas de viaje. Como sus padres tenían dificultades con su comercio, dejó sus estudios y se puso a trabajar con ellos. Al estar espiritualmente orientado, practicó la religión Shinto, pero no encontraba en ella lo que buscaba. También dirigió sus pasos hacia el Shugendo, las vías budistas del Shingon y del Tendai. Al fin abandonó todos estos movimientos para consagrarse a la vía del Zen. Y fue allí donde encontró amigos que practicaban la vía del Kendo. Vivía entonces en Tokio. Hacia 1.955 había alcanzado un nivel muy alto, sobre todo en iaido (escuela Omori ryu), pero en él se operaron profundos cambios en cuanto a la manera de concebir la finalidad del arte del sable. Fue en esta época cuando dejó Tokio para ir a Shimizu donde se entrenó en un importante dojo de esta escuela. A través del iaido y del kendo buscó la liberación final y el estado de vacuidad. Le impulsaba el deseo de liberarse del sentido egótico de ser un individuo separado del conjunto. Era necesario ir más allá y vincular las leyes que rigen lo infinitamente grande a la práctica del sable. Para alcanzar este objetivo se sometió, paralelamente al entrenamiento, a períodos de ascetismo extremo, incluso peligroso. Desde los ejercicios del Shugendo a las recitaciones mántricas del Shingon, de la meditación Zazen al Misogi, el maestro Takeuchi adquirió capacidades sorprendentes. Su primer objetivo fue purificar sin cesar el cuerpo y la mente. El fin al que aspiraba era llegar a la permanencia del ser real por medio de la contemplación Zen. De las numerosas técnicas e ideas que había descubierto, seleccionó los elementos esenciales a su modo de entender las cosas de la vida y formuló una verdadera doctrina que, en pocas palabras puede resumirse así: “*Prioridad del vacío sobre lo lleno, de lo interior sobre lo exterior*”. Pero, a los alumnos avanzados que comentan esta fórmula, confiesa que más allá de un cierto grado de realización, ya no existe ni vacío ni lleno, ni interior ni exterior!

El maestro Takeuchi habla suavemente y trata siempre de hacer comprender lo que dice a su interlocutor. Comprendiendo que mi japonés no tenía nada de universitario, se paraba a menudo, repetía en inglés, utilizaba palabras corrientes y hacía muchísimos croquis (que he guardado cuidadosamente). Aquel día habíamos hablado largamente. Todavía no sé porqué. Siempre guardando una cortesía exquisita hacia el punto de vista del otro, pero sin tocar jamás los límites de la hipocresía. Con él uno tenía un sentimiento de confianza y de seguridad. Bajo una naturaleza fuerte y

poderosa se esconde una gran dulzura ¡pero me hizo falta tiempo para darme cuenta de ello!

Era ya noche cerrada cuando me despedí. Salí rápidamente para coger el tren de Shimizu a Shizuoka. El trayecto no era largo, pero de la pequeña estación de Shizuoka al dojo había unos buenos veinte minutos en bicicleta. Siempre fiel, ésta me esperaba entre muchas otras. Salté encima y partí a la velocidad de un kamikaze hacia el dojo.

¡Domingo! Un día que, a lo largo de mi estancia, llegó a ser como cualquier otro día. Para todos era un día de descanso, para mí y un amigo que me acompañaba, era un mal trago que pasar. Incluso habiendo dejado el judo, después del paso a cinturón negro en el Kodokan, el entrenamiento de aiki-jutsu del maestro Mochizuki Minoru era penoso y peligroso (¡dejé allí una rodilla!), pues todos los adversarios eran 2º o 3º dan en diversas disciplinas como el judo, el aikido o el karate, y los golpes se daban a fondo. He llegado hasta a tener miedo, en un estado de fatiga extrema los reflejos se resienten y yo temía recibir un mal golpe que diera al traste con todos mis proyectos (¡que en esta época eran muchos!).

Después del aiki-jutsu (hoy el **Yoseikan** budo) estaba el iaido y el ken jutsu de la escuela **Katori Shinto ryu**, pero modificados por el maestro Mochizuki. El bo y la naginata también forman parte del programa. Después de un furo hirviente que se encontraba justo al lado del dojo, uno descansaba hasta la tarde, que estaba consagrada al karate con el maestro Sano Teruo (¡llegué a quedarme dormido de pie!). Hacia las diez de la noche, después de una buena ducha fría, yo salía hacia mi lugar privilegiado, el Abegawa, un río muy ancho que salía de las montañas y venía a lanzarse en el mar muy próximo. Durante la estación de las lluvias, la crecida anegaba las orillas, pero en primavera fluía entre blancos cantos rodados y era un tranquilo río azul ante el que yo iba a meditar. Vivía en esta época en el dojo del maestro Mochizuki, donde había alquilado una habitación, lo que me permitía asistir regularmente a las clases y utilizar el dojo siempre que quisiera. Para mi gran satisfacción, el Yoseikan dojo estaba situado fuera de la ciudad, cerca de los arrozales, de las montañas, de los ríos, de las flores y de un cielo casi siempre azul. Era el sueño de un enamorado de la naturaleza.

Aquel domingo, contrariamente a mi costumbre, falté al entrenamiento de karate, pues tenía la ocasión de encontrarme de nuevo con el maestro Takeuchi, que me esperaba para cenar. En aquel momento, mis aspiraciones espirituales me imponían buscar no un entrenamiento diferente sino un estado de espíritu diferente. En el Yoseikan, el elemento principal era la eficacia y el maestro Mochizuki se reveló como un experto fuera de lo común desde el punto de vista técnico, lo que era natural, puesto que a lo largo de su vida tuvo ocasión de trabajar con los más grandes maestros del budo, tales como Jigoro Kano, fundador del judo y el maestro Ueshiba, fundador del aikido. Sin embargo, una vez asimilada la técnica pura, yo tenía la necesidad de integrarle una dimensión espiritual, lo que me incitó a estudiar con el maestro Takeuchi.

Shimizu al fin... Estaba un poco impaciente por volver a ver al maestro. Me recibió su mujer, parecía particularmente feliz. Una esposa ejemplar, en apariencia muy eclipsada pero de una gran eficacia y que sabía tomar las riendas si era necesario. No se la notaba aparte como en muchos hogares, ella participaba cuando quería en las

conversaciones que podía tener el maestro con amigos o alumnos, nada me hacía creer que estuviera relegada a jugar un papel secundario, lo que no era nada habitual para una pareja de su edad.

De nuevo sentí esa gran atracción que me impulsaba hacia el maestro. Estaba presente y lejano a la vez, e inspiraba a los que no le conocían un sentimiento de respeto mezclado con un cierto malestar en cuanto al comportamiento que uno debía tener ante él. Era todo un bloque de verdad, siempre fiel a sí mismo, directo, inaccesible y terriblemente presente, desapegado del universo de los sentidos. Era el símbolo mismo de ese despertar que te penetra el corazón como lo haría la punta de un sable calentado al rojo blanco. En medio de una compasión infinita, uno podía sentir una consciencia siempre lista, para tu propio bien, para cortar los nudos del apego gracias a sutiles comportamientos de todo su ser, a silencios sugestivos o a preguntas que te devolvía sugiriendo que el que plantea el problema tiene que disponerse a solucionarlo él mismo.

Desde el punto de vista de la razón puramente cartesiana, parecía a menudo contradictorio, pero de esta aparente contradicción fluía una fuente de verdad que se imponía por su simplicidad y su lógica. Era tan espontáneo como un niño lleno de vida, todo en él respiraba belleza y una luz interior que no tenía nada que envidiar a la claridad del cielo ni a la brisa de Awadsu. La dueña de la casa, siempre sonriente, trajo bandejas adornadas con pequeños platos coloreados. Mis primeros años en Japón no fueron fáciles en lo que concernía a la alimentación, y cuando una feliz coincidencia me permitía hacer una buena comida, no dejaba pasar la ocasión. El cuerpo tenía sus necesidades y el maestro debió de darse cuenta de ello, pues siempre fui atendido como un rey. Después del clásico “itadakimasu” que es de buena educación decir antes de empezar a comer, y del “dozo” (se lo ruego) de la esposa del maestro, este budoka un poco subalimentado que era yo devoró aquel día en pocos minutos una muy sabrosa comida acompañada de un buen té. Cuando la mesa del salón estuvo recogida, observé la decoración, que era la misma que en millones de interiores japoneses. Me llamó la atención un pequeño mueble de estilo chino sobre el que se encontraba un pequeño Buda negro. Por encima se elevaba un pequeño altar shinto.

Terminada esta discreta inspección, el maestro fue derecho al grano:

-“¿Qué esperas encontrar exactamente con la práctica del budo?”

Me había tuteado directamente y yo me sentí muy orgulloso de ello. Le expliqué lo mejor que pude lo que Koshiro había debido decirle ya.

-“Suprimir mis deseos, purificar mi cuerpo y mis sentidos, alcanzar el satori, ser dueño de mi mismo, alcanzar la consciencia divina, etc.”

Su respuesta cayó como la hoja de una guillotina:

-“No puedo enseñarte nada, estás ya lleno de conocimientos de lo exterior”

Intenté hacerle comprender que mis estudios anteriores los dejaría a un lado, que no haría comparaciones, que estaría dispuesto a aceptar sin ningún *a priori* todo lo que él tuviera a bien enseñarme. Mi buena voluntad pareció convencerle. Después

de un pequeño silencio, le dije tímidamente:

-“Sensei, Koshiro me ha dicho que hace tiempo usted había practicado el iaido. ¿Sería posible estudiar bajo su dirección?”

-“Me parece difícil”, respondió sonriendo “he dejado de practicar en 1.972 exactamente, y ahora este cuerpo se ha vuelto viejo y prefiero continuar la vía por medio de la pintura (*sumi*) y el arreglo floral (*ikebana*). He escrito algunas veces poesía, pero he abandonado el manejo del sable. ¡Guardo, sin embargo, su espíritu, pues es una maravillosa vía y muy eficaz! ¿Qué escuela practicas?”

-“La **escuela Katori Shinto ryu**, con el maestro Mochizuki Minoru en el Yoseikan de Shizuoka”, respondí.

-“En efecto, la conozco, es una escuela muy antigua y una de las más puras que existen en Japón. Nunca la he practicado personalmente, pero me hubiera gustado”, dijo él.

-“Sensei, Koshiro me ha dicho que usted ha alcanzado varias veces el estado de satori. Este es el motivo real que me ha impulsado a venir a verle. Desearía sinceramente ser su alumno ¿es esto posible?”, insistí.

El maestro Takeuchi me sonrió gentilmente inclinando su cabeza hacia un lado. Reflexionó dejando escapar un “so desu né”, y después, mirándome directo a los ojos, respondió:

-“Si, estoy de acuerdo ¿tienes un iai-to?”

-“Si, sensei, no es muy bonito, pero está bien equilibrado.”

-“Servirá, más tarde te procurarás un verdadero katana, pero de momento esto no tiene importancia.”

El maestro se levantó, la noche ya había caído.

-“Ven por aquí”, me dijo.

Fue delante y me mostró una **pequeña habitación que daba a la sala de estar.**

-“Es aquí donde yo me entrenaba. Ahora es un trastero. La habitación está bien iluminada y comunica con el jardín. Podrás entrenarte aquí. Mi mujer retirará todo lo que no sirva y podrás venir cuando tú quieras, sin necesidad de avisar, pues esta pequeña puerta (escondida tras un montón de cajas) da directamente al jardín.”

El maestro Takeuchi no escuchó los agradecimientos que se agolpaban en mi cabeza y me dio a entender que era ya muy tarde. Algunos minutos después me dirigí al tren. Estaba feliz pues iba por fin a recibir la enseñanza que estaba esperando y que tocaba especialmente al arte del sable.

Cuando volví poco tiempo después, por respeto, toqué discretamente la gran

puerta en vez de pasar por el jardín.

-“El sensei no está”, me dijo su mujer, “entre, se lo ruego.”

Me quedé un poco decepcionado, ¡hacer todo este trayecto por nada! En esta época es cierto que yo estaba muy apegado al factor tiempo y perder algunos minutos me afectaba mucho. Esto me causaba, por demás, un humor tenebroso cuando estaba obligado a plegarme a la manera de vivir de amigos para quienes el tiempo parecía no existir. Yo estaba convencido de que la existencia es una gran oportunidad y de que hay que aprovechar el tiempo al máximo para alcanzar la meta. Comprendí más tarde que ni me equivocaba ni estaba en lo cierto. La señora Takeuchi me condujo al pequeño trastero.

-“He aquí la habitación que sensei le ha reservado, no es grande pero es suficiente. Sensei vendrá dentro de poco, si usted quiere puede empezar a entrenarse ahora.”

Se inclinó y salió dejándome solo y sorprendido. El trastero era una bonita habitación de madera, con el suelo perfectamente encerado. La única decoración era la puerta-ventana deslizante que daba al jardín y estaba orientada hacia el este, en la pared del norte colgaba un pequeño Kamiza. La señora Takeuchi había tenido la extrema delicadeza de quemar un poco de incienso. Era un pequeño pero auténtico dojo, y me sentí a gusto enseguida.

El sol alumbraba con sus rayos las volutas de incienso y parecía dar vida a un alma atormentada. Afuera los pájaros gorjeaban a voz en grito en los árboles floridos, y como el jardín estaba alejado de la carretera, disfruté de la delicia de un silencio que ponía de relieve los múltiples sonidos de la naturaleza. Uno quisiera eternizar esos instantes. Sin embargo, no estaba allí para contemplar indefinidamente la belleza del mundo exterior, sino para abrir la puerta del mundo interior. Me puse la chaqueta (gi) blanca de aikido, un cinturón (obi) ancho y un hakama, especie de falda-pantalón que tradicionalmente visten los ancianos japoneses. Saludé al Kamiza, después a mi iai-to y empecé el entrenamiento.

El ritual es siempre el mismo y comienza por un período de tranquilidad. Después toca el *nukitsuke*, la acción de sacar el sable, seguida de *kiritsuke*, la acción del corte horizontal y después vertical en la mayoría de las formas. Cuando la acción ha terminado, se hace *chiburi*, la acción de sacudir la sangre. Para esto (en Katori), se hace dar una vuelta completa al iai-to con la mano derecha, y después se golpea con esa misma mano con el puño cerrado lo alto de la guarda. Finalmente viene *noto*, la acción de envainar el sable. Durante este último movimiento el practicante se esfuerza en permanecer vigilante, es lo que se llama *zanshin*. El maestro Takeuchi tiene otra interpretación del *zanshin*, pero consideraba que la vigilancia era el primer grado por el cual era absolutamente necesario pasar. Este era el programa del iaido que muchos practicantes occidentales podrían encontrar tan poco apasionante como disparar indefinidamente dos flechas contra un montón de paja, miles de veces sin otra recompensa que la de progresar en calma y en concentración.

La puerta que daba a la sala de estar se deslizó sin ruido. Levanté la cabeza y el maestro Takeuchi me hizo inmediatamente un gesto para que continuase. Se sentó en el rincón de la habitación bajo el *kamiza* y me observó. Esto suele ser muy

desagradable al principio, pero es un excelente medio para aprender a abstraerse del entorno. Hay que saber olvidar todo lo que no es uno mismo en un instante.

Recuerdo haber vivido tal experiencia la primera vez que fui donde el gran maestro Risuke Otake, actualmente jefe de la escuela Tenshin Shoden Katori Shintoryu que descubrí bastante tiempo después, cuando ya había vuelto a Francia. Cuando fui a verle para entrenarme en su dojo, me invitó a hacer mis katas y, durante más de una hora, él y sus alumnos sentados en silencio, me observaron hasta en los menores detalles. Es la única manera de saber lo que un practicante tiene en el vientre, por emplear una expresión de circunstancias. Al día siguiente de este test, que valió más que largos discursos, el maestro Otake me inició definitivamente en la escuela Katori.

“¡Basta por hoy! Ve al furo y luego ven a beber el té.”

Estas palabras mágicas significaban una comida bien merecida, ¡desde mi punto de vista al menos! Había trabajado durante unas dos horas y no estaba acostumbrado a trabajar iai en el suelo, pues aunque el tatami del Yoseikan era muy duro, el suelo lo era aún más, Aquí sentía bastante más las protestas de mis pies, el sonido y las vibraciones engendraban una reacción mental que consistía en sintetizar en una sola unidad los diferentes elementos que constituyen la técnica del iai, el famoso **KI (energía), KEN (sable), TAI (cuerpo)**. Esta era una ayuda preciosa, pero mis rodillas, por naturaleza frágiles, sufrieron las consecuencias durante varios meses, después acabaron por acostumbrarse.

El maestro Takeuchi servía siempre el té con una gran atención. Era una verdadera ceremonia silenciosa, profunda, apacible, llena de serenidad y de presencia.

-“¿Qué tal vas?” me preguntó sin apartar sus ojos del té.

-“Bien, sensei, ¡solo que tengo las rodillas doloridas!”

-“Es normal, se te pasará con el tiempo”, respondió.

-“Sensei, espero no haber hecho demasiado ruido en el momento del kiai. Debe de resonar en toda la casa y no quisiera importunar.”

-“No, no, todo va muy bien. Esto me recuerda la época en que entrenaba mañana y tarde. Mi mujer nunca ha practicado otra cosa que el CHA NO YU (ceremonia del té) y el *ikebana* (arreglo floral), pero le gustaba mucho ver practicar los katas de iai. Producía en ella lo que un baño muy caliente al cuerpo y a la mente después de una dura jornada de trabajo. Sin embargo, sin ánimo de ofenderte, debo decirte que tu kiai no tiene todavía la fuerza del trueno ni la belleza del canto de un pájaro.”

-“¿Qué puedo hacer para remediarlo?”

Sin embargo, yo tenía la impresión de que hacía salir el kiai desde el vientre ¡y en karate lo utilizaba constantemente!

Shin: corazón mental

-“Por el momento necesitas simplemente reforzar tu **postura, iai goshi**. No es

lo bastante estable y no estás verdaderamente sentado en tu *seika*. Veremos esto con detalle la próxima vez. Lo que necesitas saber sobre todo, y es lo más importante en la utilización del kiai, es que todo puede llevarse a *shin*, la mente. Si *shin* es débil, el kiai también lo es. Esto significa que hay *ki*, pero sin el principio de unión de “*ai*”. El *ki* es una energía sutil que se conoce únicamente a través de sus manifestaciones, de forma que está identificado con el cuerpo físico y con la personalidad completa que llamamos “*hito*” en japonés, palabra que quiere decir “*aquel en quien se encuentra la luz*”. El *ki* engendra el nacimiento, la existencia, la decadencia y la muerte. El *ki* es a la mente lo que la sangre al cuerpo. Es un vehículo para el *shin* y ambos se influyen mutuamente. Durante mucho tiempo el *ki* y el *shin* son esclavos de los instintos animales que todo hombre lleva en sí. Después el *ki* se convierte en el maestro del cuerpo. Por fin, el *shin* aparece y se convierte en el maestro del *ki*. Desde ese momento, al hombre se le llama maestro, pues es de nuevo él mismo. De este modo, es fácil de comprender que si la mente es débil, el *ki* también lo es; si duda, el poder del *ki* duda y se debilita; si la mente está dispersa, el *ki* se evade del cuerpo y éste último se desvitaliza, esto es lo que genera fatiga y después enfermedad, de aquí la utilidad de las disciplinas del ritmo respiratorio que tienden a aportar una cierta calma mental.”

-“Sensei, la respiración es muy importante. ¿No sería interesante utilizar técnicas de *kokyū* para favorecer la progresión en *iai*?”

-“Personalmente prefiero actuar directamente sobre la mente. Cuanto más sutil es un principio, más fuerte y condicionante es. Incluso si fuera útil actuar sobre los dos a la vez, es claramente más eficaz utilizar la mente que, una vez dominada, aporta automáticamente la armonización de la respiración. Este método no tiene peligro, es más rápido y, una vez adquirido, lo es para siempre. La respiración, por el contrario, siendo una ayuda eficaz, puede, salvo caso excepcional, estar en cualquier momento dominada por el ego y sus múltiples reacciones. La concentración sobre el *seika* pone a tu disposición la fuente del *ki*. El kiai se libera según la naturaleza del *shin*. Al escuchar un kiai es fácil determinar cuál es el estado mental del practicante, cuál es su verdadero dominio. *Shin* es el principio que no debes olvidar, pues es la clave principal del arte del sable.”

El maestro Takeuchi bajó lentamente los ojos hacia la taza de té y saboreó algunas gotas religiosamente. Fue el silencio más completo. Hubiera debido permanecer así, pero mi cerebro estaba todavía muy occidentalizado, y en vez de dar lugar a la contemplación del Ser en ese momento privilegiado, no pude menos que pensar: “Pasa un ángel”. Qué mente idiota que se impregna de lo mejor y de lo peor. Los viejos hábitos de pensamiento debidos a la educación emergen siempre en estos momentos, y es necesario crear otros más frescos y más fuertes y, sobre todo, más verdaderos. Trato de recordar las últimas palabras del maestro, “*shin*, hay que dominar el *shin*” y he aquí que empecé a divagar en mi cabeza en lugar de aprovechar la lección silenciosa que implica ser, sin razonamientos, solamente “ser”, sin más. ¿Quién se ha molestado sutilmente por este silencio? Ciertamente no el silencio en sí mismo. El ego se agita, se opone a todo esto. Se da cuenta de que uno busca hacerle perder sus prerrogativas y que a partir de ese momento sus días están contados. Se agita nerviosamente de la misma forma que lo hace el caballo que se lleva al matadero. De repente me sorprende rompiendo sin reflexionar el silencio por demasiado profundo, planteando una pregunta cuyo alcance no medía.

-“Según usted ¿el control del *shin*, la mente, es más importante que la integración en el *seika*?”

El maestro no parece molesto de verme romper ese precioso silencio.
Responde:

-“Cuando *shin* está sin control es semejante a un mono. Salta por todas partes, coge todo lo que ve, come todo lo que encuentra. Como la mente, el mono es curioso y está lleno de deseos de los cuales acaba siendo prisionero. ¿Sabes la forma de atraparlos? Hace falta una caja sólidamente atada dentro de la que uno introduce una fruta u otra cosa como cebo. El mono tiene justo un agujero para meter la mano y coger el fruto. Pero con el puño cerrado no la puede sacar. No le vendrá la idea de abrir la mano soltando el fruto. El deseo es demasiado fuerte y el mono queda preso. El hombre que vive de deseos es idéntico a un mono. En tal caso, el *ki* se dispersa a los cuatro vientos y le resulta imposible descender al ojo calmo y silencioso del centro verdadero, el *seika tanden*. Si la mente se hace inteligente, acaba por darse cuenta de las calamidades que los deseos engendran y decide acabar con este juego de alegrías y sufrimientos. Los deseos cesan y la consciencia poco a poco cae en el ojo inmutable del *seika*.”

Esto me recuerda lo que ha dicho un gran realizado:

“Para encontrar las raras perlas de la sabiduría, es necesario sumergirse profundamente y dejar de jugar en la superficie con las olas negando la existencia de las perlas.”

Los deseos son los vientos violentos del tifón que tiene siempre la forma de un embudo. Cuando descendemos a lo más bajo del tifón (nuestro vientre o hara), entramos en un nivel donde podemos descubrir el ojo silencioso del tifón, donde no existe más que la paz. Sumergirse en uno mismo o en las profundidades del mar equivale a descender a tu *seika*. Pero para llegar ahí, la condición *sine qua non* es dejar de vivir en la tormenta de los deseos y de las pasiones. Sin embargo, por cuanto los deseos no tienen quien los controle ¿Quién puede intentar dominarlos? De aquí la importancia de una mente controlada que se convertirá en el guía de los deseos.

Y el maestro Takeuchi continúa:

-“No se puede tener un grado de integración en el *seika* sin haber obtenido un cierto grado de calma mental.”

¡Calma mental! Oh sí, yo sabía bien lo que esto quería decir. Llevaba años persiguiendo este objetivo, tratando por todos los medios de vencer su inconstancia y su ligereza, su arrogancia y su vanidad. Lo había intentado todo, tratando cada vez de fascinarla, de engatusarla, de atraparla por la fuerza, pero en vano. Tan pronto terminaba la meditación volvía a desaparecer bonitamente, saltando, trepando, gritando. Era ciertamente comparable a los macacos japoneses que había visto en la paradisíaca isla de Aoshima, en Kyushu.

El tiempo había pasado más rápido de lo previsto. Me despedí mientras pensaba la manera de calmar la mente y así, sin darme cuenta puse a hervir mi recalentado cerebro. Tenía tantas cosas que hacer, que resolver, que pensar. Aquel día

olvidé mirar los ciruelos en flor, estaba en la inutilidad de las ambiciones que uno proyecta para el futuro y en las hipotéticas realizaciones que uno se esfuerza en alcanzar

“Menos querer y más poder”

Como decía un viejo sabio chino. ¿Pero cómo poder si uno no tiene querer? Esta era la pregunta que atormentaba mi mente este día de radiante primavera.

Estábamos en la primera semana de abril y la fiesta de las flores era especialmente seguida por todos los budistas que conmemoraban **el nacimiento de Buda**. He seguido una ceremonia del templo Insoji del maestro Sano Jushoku. El simbolismo no es evidente para un simple observador extranjero. Solo sé que el rito viene a recordar el nacimiento de Buda niño, representado en un altar alrededor del cual los monjes giran recitando himnos y rociando la estatua. Esta ceremonia se llama *kambutsu-e* y el maestro Takeuchi me precisó más tarde que el líquido recogido después de la unción de la estatua se consideraba que poseía sorprendentes cualidades, y que los niños lo recogían para mezclarlo con tinta china para tener ese día la oportunidad de dibujar magníficas caligrafías.

Tengo el sentimiento muy claro de que el budismo tiene un lugar muy especial en mi corazón y, aunque tuve varias oportunidades de participar en los ritos Shinto vinculados tanto al kyudo como a la escuela Katori Shinto ryu, siento una atracción más fuerte por la doctrina del Iluminado. Sabía que el maestro Takeuchi había sido durante un tiempo un serio estudiante de la **doctrina esotérica Shingon** y Tendai, y deseaba tener la oportunidad de hacerle algunas preguntas sobre este tema.

Después del entrenamiento y de la habitual gran taza de té, confesé al maestro mi interés por el Zen que estudiaba con el maestro Jushoku Sano, responsable del templo Insoji de Shizuoka. Le hablé igualmente de mi atracción por la doctrina Shingon, una forma de budismo esotérico (tántrico) que utiliza, según la vía del Vajrayana, todo un arsenal de mantras, mudras y mandalas. Me había llegado la información sobre esta escuela a través de mi sensei de Kyudo, el maestro Masahiko Tokuda. El maestro Takeuchi me explicó que el Shingo shu era, en su aproximación, muy diferente al **budismo Zen**.

-“Su técnica es totalmente diferente al principio, pero el objetivo, por el contrario, es idéntico. Para alcanzar el despertar, el monje Shingon estudia intelectualmente el mundo que le rodea, utiliza este mundo de símbolos, de formas, de colores, y busca trascenderlo, sabiendo que, en el interior de este mundo de cinco elementos, yace la esencia del despertar. Dios está por todas partes y en todas las cosas. Esta trascendencia se opera por medio de la triple fórmula que compone el *kannen* y que consiste en meditar sobre la ley del Buda. La palabra *Shingon* significa “palabra justa”. Se trata entonces de recitar correctamente ciertas fórmulas. Finalmente, la palabra “*in*” se refiere a la ejecución exacta de los sellos o mudras.

Djo: samadhi

¡Observa!-me dice ejecutando una serie de varios gestos con los dedos- Todo esto tiene una gran importancia, pero cuando el monje, por identificación con este triple misterio, une su triple naturaleza (pensamiento-palabra-acción) con la triplicidad divina (voluntad-amor-inteligencia), estos ejercicios dejan de ser

indispensables. Durante los momentos de contemplación, el cuerpo se olvida, el silencio es total y el contemplativo entra en ese estado de no-mente que se le llama de diferentes maneras, *djo* o *satori*. Es un momento de tranquilidad absoluta, de perfecta pureza mental, llamada DJO KONGO SHIN.

Un kenshi o experto en el arte del sable sólo lo es en la medida en que se acerca a este estado, o busca acercarse al mismo. Pero en nuestros días es raro encontrar a tales expertos. Son muchos los que manejan con destreza el sable o el shinai, pero pocos son los que aceptan la disciplina al punto de dejar de ir cada tarde a perder el tiempo en los bares a beber sake. El Japón cambia, pero, al menos de momento, no en el buen sentido.”

-“Sensei, hay algo que no comprendo. La experiencia del Buda era, estoy convencido de ello, una experiencia única en su género, incluso si se afirma que muchos otros antes que él han alcanzado el nirvana (*nehan*). ¿Pero cómo una experiencia tan única de despertar absoluto pudo engendrar tantas sectas divergentes entre ellas?”

-“En realidad no hay divergencia ni separación fuera de la comprensión y la interpretación de los budistas mismos. Si estudias atentamente las diferentes sectas de Nara, te darás cuenta que cada una de ellas pone el acento en un principio en particular, y que el conjunto de estos principios forma la verdadera doctrina del Buda. ¡Pero qué importa si uno se concentra en un principio más que en otro! En la India, los atributos divinos se simbolizan en estatuas o imágenes de dioses. Cada uno debe escoger y atenerse a esa elección hasta el despertar. En las escuelas budistas es lo mismo: incluso si no son completas permiten a la consciencia trascender la mente.

Además, los seres humanos son como flores de loto. Están en diferentes grados de desarrollo, y, según la comprensión del momento, una doctrina será más accesible al entendimiento que otra. Pero, para responder a tu pregunta, yo creo que hay fundamentalmente dos formas de budismo: el budismo antiguo y el budismo secreto. En el antiguo budismo, los fieles han recogido piadosamente las palabras de Shaka (Shakyamuni), palabras que había dirigido a la muchedumbre en forma de sermones. Esta enseñanza se dio a la multitud de mente a mente, con el sesgo de los sentidos. No era una enseñanza trascendental sino intelectual, pues estas reglas y disciplinas se dirigían sobre todo a la purificación de la personalidad. Incluía moral e higiene. Se insistía en el apaciguamiento de la mente, en el control de los sentidos, en la supresión de los deseos, en resumen, en todo lo que contribuye a hacer tomar el camino del justo medio. Todo esto favorecía en los fieles la condición *sine qua non* que precede siempre al esfuerzo del verdadero despertar.

A la segunda categoría de discípulos ha sido transmitido el conocimiento del budismo esotérico (mikkyo). En la escuela Shingon esto está muy bien explicado. Se enseña la existencia, en el cuerpo visible de Sakyamuni, de otro cuerpo más sutil, más espiritual, a quien se ha dado el nombre de *Dainichi Nyorai*. Este es el buda secreto y real y este cuerpo lleva el nombre técnico de *Dharmakaya*. Así, en un mismo sermón coexisten dos enseñanzas:

1. El primero es el dado a la gente común por Sakyamuni de una manera normal a un nivel objetivo.
2. El segundo fue dado por Dainichi Nyorai de una manera secreta en un

plano subjetivo.

El primero se recibe por los cinco sentidos, el segundo por el Ser divino. La segunda enseñanza se reservaba entonces para los que habían alcanzado ya el grado de despertar que les permitiera comprender el mensaje silencioso, no alterado por las palabras ni por los pensamientos, y que se considera entonces como la única enseñanza que puede llevar al nirvana.”

-“Sensei, a pesar de todo su interés por esta escuela, usted ha escogido sin embargo el Zen ¿es una vía más apropiada para el arte del sable o es lo esencial de la escuela Shingon?”

-“Un poco ambas cosas, pero con matices. La vía del Shingon es más bien la del monje y la del **Zen** la del maestro de armas. En lo que a mí concierne, siempre he pensado que antes de buscar la realización es necesaria una importante dosis de comprensión. El Shingon me ha ofrecido este conocimiento doble, concreto y abstracto. Una vez definidos claramente los mecanismos de la consciencia, me interesé únicamente por la experiencia del despertar inicial y dejé de lado todo lo que no estuviera en el contexto de la realización del Ser. En la época en que aún vivía el fundador, el maestro Kukai, es posible que la doctrina Shingon fuera bastante diferente de lo que es hoy, donde constato en muchos monjes un apego demasiado extremista a los ritos y a los elementos doctrinarios que, de hecho, no son indispensables para la obtención de la luz suprema. En todo caso, reflexiona tú mismo sobre el tema y profundiza en esta magnífica doctrina, pues ciertamente la más bella flor que ha aparecido sobre suelo nipón.”

Desde ese día hice múltiples peregrinaciones al monte Koya, el alto lugar de la escuela Shingon, y cada vez recogí allí perlas de verdad, emociones elevadas, bellezas sorprendentes, ante los budas, símbolos de liberación total del egoísmo, ante estas caras que reflejan la bondad universal para el género humano y la perfecta concentración en Dios. Y me he sumergido en la fuente misma de esta famosa verdad a la que uno aspira sin poder nunca discernirla. En este ambiente majestuoso, lleno de árboles milenarios, de antiguas tumbas cubiertas de musgo, de templos envejecidos por el tiempo y la humedad constante que reina en estos altos bosques dejé que mi espíritu se uniera con la naturaleza divinizada. Me elevé sin pasión, pero con devoción, como se eleva en volutas blancas y azules el incienso que se quema ante el mausoleo del maestro Kukai, y recé para que el ciego sea iluminado para que así pueda ayudar a su prójimo.

-“¿Puedes venir el jueves?” Me espetó el maestro Takeuchi interrumpiendo mis disertaciones mentales.

-“Si, sin ningún problema, sensei”, le respondí.”¿Por la tarde?”

-“Si, así comerás con nosotros y podrás entrenarte justo después”

(Fotografía)

El kendo

El kendo es la escuela moderna de la esgrima japonesa que, en sus orígenes, tenía por nombre ken-jutsu. El sable de madera se reemplazó por un Shinai o sable de bambú menos

peligroso. La armadura protege a los practicantes de los malos golpes. El kendo se practica desgraciadamente con un espíritu de competición y no de realización.

Tuve que volver a toda prisa, pues la velada había sido muy larga y no quería perderme la clase de kyudo. Tenía que correr, pero estaba profundamente satisfecho de todo lo que había aprendido, y sobre todo por el hecho de que el maestro Takeuchi me había dado a entender que comenzaríamos sin demora la enseñanza y la práctica del iaido.

Como era su costumbre, la señora Takeuchi nos había preparado una deliciosa comida: verduras cocidas, alubias rojas, algas, arroz, té. Yo comía moderadamente esforzándome en no seguir los impulsos de mi estómago. El maestro Takeuchi no era un vegetariano estricto en presencia de invitados, pero evitaba cuatro cosas con gran rigor: el alcohol, el tabaco, la carne y los huevos. Antes de que entrásemos al trabajo en el pequeño dojo, el maestro Takeuchi me explicó la **diferencia entre el iai jutsu que yo practicaba, y el kendo.**

Mushin: vacío mental.

-“El ken jutsu es al bujutsu lo que el kendo es al budo. En la práctica del ken jutsu donde el sable de madera (bokken o bokkuto) reemplaza al katana, existe una noción importante de estrategia. Es el arte de vencer a los adversarios, y puede asimilarse a una técnica de autoprotección. En el kendo, por el contrario, y aunque existe el shiai (competición deportiva) ha desaparecido toda idea de combate real (*shinken shobu*) para dejar sitio a una sola noción, la de liberarse de las modificaciones de la mente y de conseguir el *mushin* o vacío mental. El no-ego es el fin a alcanzar, y se puede asimilar a un método de auto-perfeccionamiento que se puede situar en la panoplia del perfecto budoka. Budo, hay que repetirlo, significa literalmente: detención de las hostilidades, cesación de toda idea de combate y de oposición.”

-“Yo deseo llegar a esa meta. ¿Debo en este caso abandonar el ken jutsu?”

-“No, nada de eso, y hasta diría que bien al contrario. El ken jutsu preserva la pureza de espíritu por el peligro que representa. Un golpe puede ser fatal y entrañar consecuencias graves. Implica obligatoriamente una vigilancia real, una concentración más aguda en el instante de la acción. Durante los katas hay poco tiempo para pensar, y los practicantes tienden a realizar con mayor o menor profundidad el estado de no-ego (*muga*). Este estado se facilita grandemente por el hecho de que en el ken jutsu no hay nada que ganar, puesto que se trata únicamente de kata, y que la única victoria que se espera es sobre uno mismo. En el kendo moderno, la mayor parte de los practicantes no llegan a alcanzar el grado llamado de reflejo condicionado, y el estado de *munen mushin* no se puede lograr mientras sea fuerte el deseo de conseguir la victoria y el título que la sanciona. El gran valor del kendo, si se practica correctamente, reside en el hecho de que, habiendo conjurado el peligro por el uso de la armadura, confiere el medio de estar más libre frente al otro y de alcanzar con más facilidad el apaciguamiento mental durante el asalto. Permite expresar más fácilmente el sentido intuitivo y suprime, por consecuencia la noción de tiempo y de distancia (*ma ai*). A causa de la mentalidad competitiva que lo ha absorbido por completo, el kendo no es más que una disciplina de autosatisfacción generadora de ilusión y sufrimiento. Efectivamente, todo lo que está vinculado a la ley de la alternancia pasa de una polaridad a la otra, y la alegría de la victoria dará un día paso al sufrimiento de la derrota. La buena actitud de un esgrimista es la de sustituir el

espíritu de competición por el espíritu de cooperación consciente.”

-“Pero, sensei, ¿no es **la competición** un aguijón mayor de todo esfuerzo?”

-“Antes ha sido una necesidad para el género humano, lo es todavía para el 60% de la masa de la humanidad. Pero para quien trata de seguir **el michi y el do**, tiene que cambiar radicalmente esta manera de actuar y esforzarse en vivir en términos de justas relaciones humanas dejando de oponerse a los otros como si fuesen algo diferente de nosotros. Es esencial que los profesores de budo enseñen a sus alumnos el valor único del individuo y la relación de éste con el todo, con la sociedad, así como la responsabilidad para el individuo de insertarse en el cuadro general de manera constructiva y edificante para el mundo futuro. Los grandes valores morales yacen bajo las cenizas del materialismo, es un hecho observable no solamente en Japón sino también en la mayor parte de los países llamados civilizados.”

-“Usted ha hablado de *michi* y de *do*. No soy capaz de discernir muy bien la diferencia.”

-“El *michi* es la vía que lleva al *do*. Bien sé que muchos de mis compatriotas dan a la palabra *do* una interpretación japonesa. En lo que a mí concierne, considero el *do* el equivalente del Tao chino. El *michi* tiene algunas relaciones con el término japonés *ho*, un concepto budista relacionado con el deber moral que el individuo debe realizar de acuerdo con la consciencia que tenga de su deber en un momento dado. El *michi* es el sendero que, si es seguido con celo y perseverancia, llevará al hombre a la comprensión del **do o tao**. En este tao es donde se encuentra la verdad inmutable cuya experiencia tratamos de alcanzar. Lao Tsé explicó esto perfectamente cuando escribió:

*“Lleno del solo vacío
anclado firmemente en el silencio
la multiplicidad de los seres surgió
mientras yo contemplo sus mutaciones.”*

Todo viene del *Tao* y todo a él regresa. La creación del mundo es una operación espontánea del *Tao*. Se manifiesta por medio de **la interacción del yin y del yang** (en japonés in/yo). El *Tao* es la causa primera, la que existía antes del nacimiento del cielo y de la tierra, la que, de la misma manera, existirá después del fin de este cielo y de esta tierra. La realidad del *Tao* no puede cesar, pues no tiene comienzo, es la causa inicial de la creación tanto como el estado no causal que existe antes de esta creación. De esta manera puedes comprender que el *Tao* o *do* de cada disciplina es la inmutable verdad que cada uno de nosotros se esfuerza en alcanzar, verdad que está completamente vacía de atributos y de calificativos. Como este concepto es demasiado abstracto en el ámbito del budo, se ha traducido el *tao* por el *do* que, en realidad, incluye todo a la vez, el camino y la meta, pues nada existe fuera del *Tao*.”

-“Se habla mucho del *ki* en el budo. ¿Es el cuerpo del *Tao* o es totalmente independiente de él?”

-“Como acabo de decirte, el *Tao* no tiene atributos. Sin embargo, para el ciego que se encuentra aún en el estado de consciencia dualista, el *Tao* es el absoluto del

que ha emanado el *ki*, la gran fuerza cósmica universal. Es este *ki* lo que se nombra como espacio. El *ki* no es independiente del *Tao*, pero el *Tao* sí es independiente del *ki*. No es el *ki* pero lo incluye en su realidad absoluta. El *Tao* no podría hacer nada si no tuviera el *ki*. El *ki* es el vehículo del pensamiento universal. Se habla a menudo del *ki* pues es el motor de toda forma, a la que galvaniza y confiere vida. El *Tao* es el gran testigo de esta vida. Es la consciencia que uno encuentra en el seno de cada existencia. La relación entre el *Tao* y el *ki* es la misma que la de la luna y su reflejo. El primero es real, el segundo no lo es, salvo para el que no está aún despierto.”

-“Se dice generalmente que el *ki* se encuentra en el vientre, lo que ha dado lugar a la expresión “*kikai*”, el océano de *ki*. ¿se sitúa ahí con preferencia a otras partes o simplemente se da en mayor cantidad en este lugar del cuerpo?”

-“El *ki* está en todas partes. Gracias a él funcionan todos los órganos del cuerpo, la digestión, el metabolismo, el ritmo cardíaco, etc. Sin embargo la fabricación de la fuerza vital tiene lugar sobre todo en el vientre, se extrae de la bebida y de la comida. Igualmente en el vientre de la madre se forma el embrión que resulta de la simiente *yang* del padre y de la sangre *yin* de la madre. Igualmente el vientre es el emplazamiento de un importante centro del *ki* solar. De la mezcla del *ki* solar *yang* y de la comida *yin* el hombre adquiere la chispa de vida y de consciencia que se manifiesta en el movimiento alternante de inspirar y expirar, denotando el desequilibrio en que está sumida toda forma material.”

Nuestra conversación fue interrumpida por un discreto “o-cha”. Y después de que la mujer del maestro nos hubiese servido el té, éste último me invitó a prepararme para el entrenamiento. Una vez listo, me hizo algunas recomendaciones:

-“Aunque yo no practico el estilo Katori, los principios de esta escuela no me son desconocidos. Son a menudo idénticos a los de otras escuelas, al menos en lo esencial. Para empezar necesitas asegurar la base. El asentamiento es fundamental, y concierne a tu manera de sostenerte. La posición *iai goshi* es incómoda e incluso muy penosa para los dedos de los pies, pero favorece la vitalización de la fuerza del *ki* en las piernas. Piernas y vientre quedan de esta manera unidos. Es preciso entonces que aprendas a sostenerte bien en esta posición hasta que tengas el sentimiento de estar sentado en tu *seika*. Llamo a este centro subjetivo el ojo de la tormenta de los vientos de la emoción. Dejarse arrastrar por este viento mortal significa que uno se encuentra fuera de este ojo. El *seika* se encuentra encerrado dentro de la fortaleza de las caderas y de los riñones, y es la parte más sólida del esqueleto humano, lo que le ha valido el nombre de “*morada de paz del Buda*”. Tu hara o vientre es la fuerza en acción del tifón, el *seika* es su ojo. Encontrar este centro es uno de los privilegios de la técnica del sable, pues todas las técnicas se construyen alrededor suyo, y todas parten de él y a él vuelven. El ojo es subjetivo, los *waza* (técnicas) son objetivos. De esta manera, el centro se hace discernible, del mismo modo que el vacío de la abertura de una botella se vuelve objetiva por la existencia de la botella misma.

Sin embargo, para encontrar este centro hay dos cosas esenciales: La primera es el desapego, la segunda, resultado de la primera, se llama “*la respiración ventral*”. El desapego de las ambiciones y los deseos que nos ligan al mundo crea un estado de espíritu sereno. La imagen más próxima que encuentro es la de una botella de agua fangosa que se sacude muy fuertemente y que se posa sobre una superficie estable e inmóvil. Puedes fácilmente adivinar lo que va a pasar. Con toda naturalidad, el agua

se calma y las partículas de tierra se posan en el fondo, y el agua se va volviendo clara. Para el hombre es la misma cosa. Desde el momento en que deja de ser sacudido por el torbellino de las pasiones, su consciencia desciende hasta el fondo de su *seika* y la luz aparece. En la postura *iai goshi*, si nada llega a tu mente, si se instala una perfecta actitud de desapego, entonces con toda naturalidad la respiración alta se vuelve baja, la respiración torácica se vuelve ventral, la inspiración y la expiración se apaciguan y la alternancia de tiempo que las separa se espacia al punto de ser imperceptible. El centro real del *seika* se encuentra situado exactamente entre estas dos acciones *yin* y *yang* de la respiración. Cuando se ha encontrado el centro físico, uno se sirve de él para descubrir otros centros, hasta el sagrado día en que el centro de la consciencia divina que se encuentra encima del cráneo florezca para siempre.

Ahora presta atención a los detalles físicos, pues no se alcanza el segundo piso de una escalera sin haber subido los primeros peldaños. Pon atención a la manera de colocar tu cinturón. La funda no debe estar floja ni caer en la vertical. Tampoco tiene que estar demasiado sujeta, pues no podría ser utilizada con eficacia. Una vez convenientemente colocado el cinturón. Generalmente por debajo del vientre y no por encima, va a ser el vientre mismo quien va a controlar el equilibrio entre el sable y el cuerpo. El *Tao-te-king* dice estas palabras que se pueden aplicar al vientre:

*“Demasiado ligero pierde la raíz
Demasiado agitado pierde el control”*

Se necesita el justo medio, que se sitúa, físicamente hablando, entre un vientre echado hacia delante y un vientre caído hacia atrás. Entrénate lo más frecuentemente que puedas en permanecer en *iai goshi*, incluso para meditar, hasta el momento en que puedas sentarte en tu *seika* tan bien como en tu cojín.

Ahora, antes de ir más lejos, necesitas aprender a visualizar o a ver el ojo de la mente. Hay que aprender a crear imágenes, a imaginar acontecimientos tan claramente como si fueran reales.”

-“Pero ¿no reforzaremos de este modo la ilusión dado que la búsqueda principal se basa en el hecho de limpiar la mente de toda modificación?”

Lamenté enseguida esta observación inoportuna. Era de mi parte una descortesía y una falta de confianza. Y mi arrepentimiento fue tan sincero que el maestro lo leyó en mi cara. Siempre sonriente, preguntó:

-“¿Qué diferencia encuentras entre el mundo objetivo que te rodea y el mundo que imaginas?”

-“¡El uno es verdadero y el otro imaginario, luego falso!

-“Pues no, en realidad los dos son falsos, **los dos son creaciones de la mente** que dejan de tener realidad en el momento en que la mente desaparece. En el primer caso sufres la ilusión del mundo objetivo, y en el otro sufres la ilusión de un mundo subjetivo que creas voluntariamente. En un caso tú eres pasivo, en el otro activo. El interés del segundo radica en que puedes tomar tu destino de la mano y convertirte en el maestro de los acontecimientos. Dios imagina siempre en su pensamiento las cosas que quiere crear o destruir. Nosotros somos emanaciones de Dios y tenemos el poder

de crear condiciones que favorecen nuestra evolución. El pensamiento es el poder común y debemos servirnos de él.”

El maestro Takeuchi reflexionó silenciosamente unos instantes. Yo no me había movido ni un pelo de la posición *iai goshi*, y suponía que el maestro era bien consciente de ello. Yo sufría la ilusión del sufrimiento del cuerpo, pero en aquel momento saber que era una ilusión no arreglaba mi problema.

-“En todo caso, en una primera etapa, vas a intentar practicar interiorizándote completamente y olvidando totalmente el dojo. Vas a imaginar adversarios, siempre los mismos, que te agreden de la misma manera, conforme a la estrategia de los *katas*. Visualiza todos los detalles, las caras de los agresores, su personalidad, el sonido de su voz, imagina todos los detalles de un auténtico combate, ve el decorado, el sol, la hierba. Debes de ser como un pintor delante de su tela. Trabaja hasta que se convierta en una realidad y que esta realidad haga nacer en ti verdaderos sentimientos de temor, vigilancia, etc. en función de esta visión interior podrás progresar realmente. Cuando veas el filo brillante y cortante del sable del adversario dirigirse hacia tus rodillas, verás qué pronto se eleva tu cuerpo para evitar el mortal tajo del *katana* de tu enemigo. Sé bien que no es fácil, pero tienes tiempo, todo el tiempo, y además es un medio de hacer la distinción entre el Yo y el no-yo, y al menos acercarse a este concepto abstracto. La toma de conciencia de la luz no puede hacerse más que conociendo su opuesto: la oscuridad. Por medio de este ejercicio mental aprenderás a abstraerte del mundo exterior, y por consecuencia será un medio de controlar tus sentidos. Adquirirás una perfecta concentración (*nyujo*) y aprenderás a penetrar en la vida interior de una manera activa y no pasiva. ¡Ahora levántate!”

Nyujo: concentración

El maestro Takeuchi intercaló el final de su frase con una gran risa y me ayudó a ponerme de pie.

-“Continúa trabajando y no olvides el asentamiento firme y la perfecta visualización.”

Aquel día el entrenamiento fue muy duro, pero tendría en lo sucesivo una precisión importante sobre la manera de trabajar el arte del sable, lo que sin duda redundaría en una gran mejora en mi técnica personal.

Cuando volvía ver al maestro Takeuchi, éste estaba en animada conversación con quien me parecía un amigo íntimo de nombre **Oguro**. Este último llegaba de la región de Adogawacho y había traído para el maestro unas piedras de tinta llamadas *takashima-ishi*. Ambos eran excelentes pintores de *sumié* y hábiles calígrafos. El maestro Takeuchi me hablaba a menudo de Ike no taiga, considerado un maestro en este arte. Oguro san y el maestro estaban también muy enamorados de esta disciplina. El maestro Takeuchi tenía una doble razón para admirar a Kukai. Este último no era solamente un místico, sino que estaba con el emperador Saga y Tachibana Hayanari, uno de los más grandes calígrafos japoneses. El maestro Takeuchi me presentó y luego me dejó libre para entrenarme.

Estaba un poco decepcionado de estar solo, pero sobre todo profundamente apenado por la indiferencia que me había mostrado el maestro al recibirme, él que habitualmente era siempre muy cordial. Notaba claramente que estaba enteramente

dedicado al señor Oguro. Retomé el entrenamiento durante más de una hora sin olvidar el *seika*, la respiración, la visualización y todos los detalles indispensables para una buena técnica. Mis rodillas estaban doloridas, pero este sufrimiento no se podía comparar con el que me causaba el dedo gordo del pie izquierdo que me lo había torcido en un encuentro libre (*ju kumité*) de karate. En estas circunstancias es cuando uno se da cuenta de su debilidad, y siempre es un buen método para permanecer modesto.

El tiempo afuera era espléndido, y yo tenía prisa por encontrarme en la naturaleza. Terminada la clase, saludé al maestro y a su amigo. La esposa del maestro me acompañó excusándose. El señor Oguro era un gran amigo de su marido y las ocasiones de encontrarse eran pocas. Antes de partir me dio un paquetito de *sembei*. Se lo agradecí calurosamente, pues en ella yo encontraba un poco la presencia y el amor de una madre. Nunca olvidaré su gentileza hacia todos. Merecía verdaderamente ser la compañera de tal hombre.

En Shizuoka en esta época del año el tiempo era excepcional. El entrenamiento era duro, pero aportaba tal bienestar en los momentos siguientes que se convertía como en una droga. ¡Uno se acostumbraba tanto al esfuerzo como a los golpes!

La primavera es una estación que pone todo de relieve. El cielo era de un azul puro y el horizonte era visible desde muy lejos, por contraste a la estación de las lluvias en la que todo está envuelto en una extraña y pesada atmósfera vaporosa en la que no se distingue el cielo de la tierra, donde el espacio parece confinado alrededor de uno, y donde, desde luego, el monte Fuji es completamente invisible. Pero ese día yo podía admirar su magnífico sombrero blanco, pues me había acercado a una pequeña montaña situada a pocos minutos a pie de mi domicilio. Iba con frecuencia allí para meditar. Incluso había descubierto un pequeño templo Zen rodeado de mandarinos.

Estaba ante un paisaje sin par. Podía contemplar el río Abe, las montañas salvajes de verdor intenso. Frente a mí se extendía a lo lejos la blanca ciudad de Shizuoka y a mi derecha podía admirar un mar resplandeciente. Grandes rapaces planeaban lanzando gritos estridentes. Me quedaba horas admirando estos paisajes maravillosos. Nunca encontré un clima, un panorama y unas condiciones tan favorables para la paz interior, y nunca olvidaré estos momentos intensos en que mi alma desesperada vivía instantes sublimes aún siendo efímeros.

En este rincón paradisíaco tuve un encuentro insólito: una magnífica culebra de casi dos metros de largo. Era amarilla, con manchas negras y rojas, verdaderamente hermosa y apenas esquiva. La cogí delicadamente y una media hora más tarde era tan dócil como un viejo perro. La guardé cerca de mí durante mucho tiempo, pero yo sabía dónde encontrar otras y no permanecí mucho tiempo sin la presencia de estas amigas que, por poco conocidas, han sido eliminadas sin razón. Tenía también una valiente perra que me había adoptado, además de un mono del que tuve que deshacerme de tan insoportable que era.

Mi reloj marcaba las doce del mediodía, tenía que comer antes de ir donde el maestro Takeuchi. Tofu, bolitas de arroz, buñuelos a la cebolla y algunas mandarinas compradas a un pequeño comerciante cercano, hacían una comida muy completa.

Hacia las catorce horas llegaba a la casa del maestro. Me dijo que estaba contento de verme y que desearía verme trabajar. Se sentó en su lugar habitual y me observó practicar silenciosamente. Pasaron algunos minutos. Me pidió parar para rectificar mi postura, me hizo meter la base de los riñones y modificar la posición de mi cabeza.

-“Tienes que sentir siempre cómo tu espina dorsal va desde la nuca al cóccix. La nuca es el centro de la vida así como el vientre es la sede de la respiración. Mete un poco la barbilla, enderézate y mantén la nuca ligeramente extendida, sin tensión excesiva. La nuca tiene que estar plena y vibrante. Tomando conciencia de la energía a este nivel, tienes que esforzarte en sentir la circulación del *ki* en toda la espina dorsal. Baja los hombros para que tu respiración no suba. El vientre está representado en el *gorin* por una esfera que simboliza una gota de agua. Esta esfera es tu vientre, pues es el lugar en el que el agua se encuentra en abundancia. Se asocia al vientre a una gran marmita de agua calentada en un brasero. Cuando subes la respiración, ésta eleva el agua y el agua del hara acaba por desbordar y por apagar el fuego que está en el *seika*. Para atizar convenientemente el fuego, el aire no debe venir de lo alto, sino de abajo. Este es un principio que debes recordar.”

-“Sensei, usted me ha explicado ya que la mente tiene más importancia que la respiración. Sin embargo tengo a menudo dificultades en respirar convenientemente con los movimientos. ¿De verdad que no hay un **método respiratorio**, fuera del *iaido*, que facilite mi concentración?”

-“Cuando la mente está adecuadamente sometida al Ser, la respiración se organiza por sí misma, ¿entonces porqué perder el tiempo? Muchos de entre los alumnos que venían a verme en la época en que yo enseñaba, llegaban con pocos recursos espirituales y con muchos malos hábitos. Para estos principiantes son adecuados los ejercicios de respiración. Los efectos que se engendran a este nivel son puramente psicológicos, pues el motivo subyacente raramente sale a la luz. Si el deseo del alumno es otro distinto al de perfeccionarse espiritualmente, la respiración se convierte en un método peligroso. Si el pensamiento es egoísta, el *ki* que siempre sigue al pensamiento, irá a reforzar al ego, de ahí el riesgo. Si por el contrario el motivo es elevado, el *ki* se pondrá al servicio del alma y servirá para unir en un todo armonioso al hombre con el universo. Te he dicho ya que la respiración es el símbolo del desequilibrio. No es nada por sí misma. Sólo cuenta el pensamiento divino que está detrás. De este modo, el primer esfuerzo a hacer en *iaido* es el de pensar justamente.

Cuando el pensamiento ha sido convenientemente reorientado, entonces el alumno puede poner en práctica ciertas formas de respiración con el fin de operar una fusión más completa entre la luz del *ki* y la luz del espíritu. La respiración que sube, la respiración que baja, la respiración que une, la respiración en espiral y la no-respiración son las diferentes etapas y métodos. Pero esto queda cuidadosamente guardado para algunos de mis mejores alumnos quienes desde hace años han seguido la vía y están ahora libres de ciertos hábitos que calificaría de “hábitos de masa”.

-“¿Tiene el *kiai* otras utilidades además de la concentración mental y la exteriorización del *ki*?”

-“La utilización del **kiai** se remonta al arte de utilizar los sonidos primordiales y creadores. Es el arte de cantar la verdad y de materializarla. En el principiante, el

kiai es un grito, un sonido que sale del cuerpo físico y que expresa su fuerza. Su efecto es destruir lo que es malo e inútil. Para el alumno avanzado, el kiai se convierte en un canto y entonces su cualidad es la de crear, de coordinar, de integrar. Esto significa que el *ki* y el *ai* están unidos y denotan al hombre preparado para cantar el sonido divino liberador.

Todo esto se le infunde al alumno progresivamente; sin esta enseñanza no podría tener lugar ninguna transformación profunda y definitiva y el practicante permanecería jugando en la superficie de la verdad sin poder alcanzar nunca las profundidades de la felicidad.”

Dicho esto, el maestro me dejó solo. Me esforcé en guardar en la memoria sus muchos consejos. Pero de ahí a ponerlos en práctica había una distancia que sólo el tiempo me permitiría cubrir.

Me acuerdo muy claramente de este día de primavera de un sol ardiente que hacía insoportable el pequeño dojo. Mis manos estaban sudorosas y mi chaqueta empapada. Yo continuaba entrenándome muy fuerte, mis golpes de pie y mis kiai resonaban en toda la casa. De pronto, el sable se escapó de mi mano derecha. El maestro Takeuchi no dijo nada, se levantó a atender sus ocupaciones favoritas y no volvió a ocuparse de mí durante varias otras sesiones. Adivinaba que mi error había sido una mala concentración. La fatiga general y el calor se habían apoderado de mi mente, y esto el maestro no lo toleraba. Además, cuando intervienen condiciones diferentes como cambios de clima, el cuerpo reacciona de otra forma, y la **manera de agarrar el sable** debe adaptarse. No había tenido en cuenta esto y el sable se deslizó entre mis dedos húmedos. Me sentí terriblemente contrariado, y en lo sucesivo estuve muy atento para que nunca más me ocurriera tal torpeza.

Cuando decidió que la lección había terminado, me explicó la manera de sostener el iai-to y el ken. Tomó el sable con la mano izquierda y lo sacó de su funda:

-“Cuando cojas el sable, tómallo siempre con tu mano izquierda, el lado del corazón. El agarre se hace en el borde de la funda (*tsuka kashira*). Ahí se encuentra la tierra, en el otro extremo está el *kissaki*, la punta, que representa al cielo y señala la dirección esencial. En cuanto a la mano derecha, viene a ponerse en el centro, es decir, justo detrás de la guarda o *tsuba*. Esta mano derecha está ahí sólo para equilibrar y no tiene la importancia de la mano izquierda que, representando al elemento tierra, está más firmemente fijada en el puño. La mayor fuerza viene de la impulsión izquierda, pero la que controla es la mano derecha. La unión armoniosa de ambas manos es lo que imprime calidad a un buen tajo.”

En la posición *iai goshi*, la mano izquierda permanece siempre en contacto con el sable. La palma sujeta la funda mientras que el pulgar y el índice rodean la guarda (*tsuba*). La salida del sable comienza en cuanto uno presiente un ataque inminente. En lo que respecta al maestro Takeuchi, el sable debería de salir solo, sin intención, por lo menos para quien domine el iaido. Además había hecho una magnífica caligrafía que decía más o menos esto:

*“Querer sacar la espada es la técnica del principiante
Poder sacar la espada es la técnica del experto,
Ser la espada misma es lo que te convierte en maestro”*

Sin embargo no estamos todavía ahí. También, cuando ha llegado el momento de **sacar el sable**, la mano derecha se sitúa con la palma hacia arriba en el extremo de la empuñadura y se desliza hasta la mitad. Allí, esta mano se vuelve para agarrar la empuñadura, el pulgar de la mano izquierda ejerce una presión sobre la *tsuba*, lo que hace salir ligeramente la hoja de la funda. Al mismo tiempo, la palma de la mano izquierda gira la funda hacia el exterior, de manera que la hoja del sable quede plana, con el filo dirigido hacia la izquierda. Casi todos los pasos empiezan de esta forma, lo que hace que el primer corte sea horizontal.

En la posición de pie, el sable se sostiene delante al nivel del cinturón, con la punta dirigida hacia el cuello de un supuesto adversario. Esto se llama *seigan no kamae*. Mientras la mano izquierda se adhiere sólidamente al extremo de la empuñadura, la mano derecha viene a colocarse justo delante con mucha más suavidad. Todos los practicantes saben que un sable bien sostenido permite colocar un huevo de pie sobre lo alto del puño entre la guarda y el pulgar e índice de la mano derecha. Si la postura es buena, el huevo permanece fijo, si no, cae.

Esta posición se llama *Nigiri Tamago no te no uchi*. El maestro Takeuchi insistía sobre la manera diferente de sostener el katana y el ken. El agarre del katana se basa en el número dos y la del ken en el número tres. Según él, la palma que sostiene la empuñadura del sable debe adherirse completamente sin llegar a crisparse. No hay ningún vacío entre el sable y la mano. Aquí está la diferencia con el ken, en el que la mano no está apretada contra la empuñadura, sino separada por un cierto vacío. Puntualizo bien “un cierto”, pues se refiere a una sensación y un observador exterior no encuentra diferencia.

En cuanto a la fuerza al sostener el sable, es lo mismo que un judoka al agarrar el judogi de su adversario: más en el meñique y anular (la tierra y el agua), equilibrada en el dedo medio (el fuego) y muy poca en el índice y el pulgar (el aire y el vacío). La calidad de los cinco elementos es fundamental, pues ningún elemento está separado de los otros y de su armonía mutua se engendran resultados positivos.

-“Cuando tenemos el sable en el cinturón, hemos de aprender a sentir el lugar donde se encuentra la fuente de irradiación del *ki*. Según las instrucciones que yo mismo he recibido, existe un rayo de fuerza que se irradia naturalmente desde el vientre, por lo menos en quienes tienen el vientre bien colocado. Cuando sacamos el sable, tiramos de la empuñadura justo delante de nosotros en la dirección de este rayo, que se utiliza para ganar velocidad y potencia. Para llegar a utilizar este rayo eficazmente, la primera idea es la de empujar el vientre hacia delante con el pensamiento de extraer el sable de la funda. Si esto se hace bien, el *kiai* baja y la fuerza se puede sacar con más facilidad. Sabiendo que la consciencia vuela sobre los hombros del *ki*, podrás quizá comprender cuál es realmente la utilidad de exteriorizar toda la energía hacia el exterior. Un último consejo, debe de salir tanta fuerza de las manos como del vientre. Todo esto es indispensable para practicar de una manera más eficaz en todos los planos.”

En otra ocasión el maestro Takeuchi me explicó la diferencia entre sostener el *iai-to* y el *ken*.

-“Adherirse al sable quiere decir ser uno con él. Debe ser la prolongación del

brazo y de la mano, a tal punto que debiera de ser posible enviarle nuestra consciencia y sentir el frío y el calor en el extremo del sable.

Con respecto al ken se observa una movilidad mucho mayor, y en el transcurso del kata unas veces es necesario sostener el ken con mucha fuerza y otras apenas hay que sentirlo en las manos. Por ejemplo, los contraataques se hacen siempre o casi siempre según el ataque, y para sentir esto hay que percibir la información que transmite el adversario. Esta información se transmite por el vacío que existe entre el ken y la mano.

Cuando percibes una debilidad en la mente del otro, o cuando notas que ha llegado el momento decisivo del ataque del otro, una de las estrategias es la de penetrar dentro del ataque en el mismo instante y con todas nuestras fuerzas. En este caso particular, el vacío entre el ken y la mano desaparecen y ambos se unifican.

Estar lleno puede querer decir muchas cosas. Puede significar estar objetivamente consciente o estar en esfuerzo muscular. Estar vacío quiere decir estar muscularmente relajado, estar subjetivamente consciente, estar presente entre el espíritu ofensivo y el espíritu defensivo. Desde luego, se encuentra en la incapacidad de responder en el tiempo requerido a un ataque por sorpresa. De la misma forma, una mente tensa no significa una mente bloqueada por el esfuerzo de querer ser receptiva. Ahí está la mejor manera de entrenar congestión e inhibición. La práctica no debe de ser diferente del practicante. Cuando se habla de una mente tensa, se quiere decir justamente ser UNO con el objeto observado, ser consciente de un solo objetivo. Es una tensión flexible, no dispersa, y totalmente disponible, precisamente por estar en el presente. De nuevo, también tendrás ocasión en ken jutsu de observar el principio del vacío y del lleno, y de probar suerte en tener el cerebro vacío y el espíritu lleno durante el combate. Esto es de cierta importancia para vencer el ego.”

Yo tenía algunas horas libres en este magnifico día primaveral, y esperaba reencontrarme con el maestro Takeuchi, pues se me habían ocurrido muchísimas preguntas a partir de entrevistas anteriores con él. Pero el maestro había salido y tenía que esperar a la tarde. Aproveché para visitar un agradable lugar en Shizuoka que, es esta época, era un magnífico paseo. El sitio se llama Shizuhayama. Es un conjunto de pequeñas montañas cubiertas de bosques, de bambúes (e incluso de palmeras) así como de centenas de cerezos (sakura) en flor. Se sube a la cima por medio de un funicular o por un largo sendero. Desde arriba se tiene una vista inexpugnable del campo lejano y de la parte escondida del río Abe y de su nacimiento. Conocía bastante bien la región y enseguida me aparté de los senderos más concurridos por donde paseaban regularmente grandes (y ruidosos) grupos de escolares de menos de diez años. Me metí, para escalar la cima, por un sendero a la derecha que se internaba en bosques de bambúes. Como estaba en la cima de las montañas, tuve que bajar hasta una terraza natural que daba a los jardines del templo Rinzai ji. Allí reinaba el silencio de la naturaleza y por ese día instalé allí mi lugar de meditación y de lectura. Tomé nota de las últimas instrucciones del maestro Takeuchi, sobre todo referente a ese aspecto importante que representan los ojos y la manera de mirar en budo. El maestro había insistido sobre el hecho de que el ojo está condicionado por la mente, pero que mucho antes de conseguir dominar la mente, era deseable educar la mirada. *Me tsuke* es la manera de colocar no los ojos, sino la mirada. Si el ojo mira a un objeto o a un adversario, queda afectado por el movimiento o por la irradiación. De modo que no hay que mirar, sino ver. Para esto hay que fijar los ojos en la línea del horizonte, de manera que lo que está en primer plano no tenga influencia en los ojos. Dice el maestro Takeuchi que la vista es el medio para diferenciar el Yo (nuestro mundo individual) del no-yo (el mundo que nos rodea). La verdadera comprensión del

sentido de la vista es lo que lleva a la realización.

En un primer momento, los dos ojos (símbolo dualista) van a servir para observar los detalles del paisaje y del adversario. Este es el aspecto puramente estratégico del combate. En ken jutsu, por ejemplo, cuando entrenamos en el campo, y hay que retroceder (por exigencias del kata), puede haber agujeros, suelo deslizante, montículos y otros inconvenientes que nos impidan movernos adecuadamente, entonces es indispensable, sin perder de vista el sable del oponente, adivinar la situación de los obstáculos después de haberlos visto en una fracción de segundo. La observación atenta de las cosas que nos rodean es una fuente de constante enriquecimiento.

Recuerdo que en Francia me habían dicho que en karate había que observar la pupila del ojo del adversario. Si ésta estaba dilatada, es que tenía miedo. La contracción, por el contrario, significaba que va a atacar. Cuando le hablé de esto al maestro Takeuchi, se rió mucho. De tales detalles se puede accidentalmente sacar información, pero tratar de observar sistemáticamente tan ínfimos detalles sería reducir la estrategia del sable a su más simple expresión.

-“El detalle no cuenta, dice, sólo tiene importancia el conjunto de detalles, la sensación intuitiva aporta siempre una enseñanza indiscutible para vencer, el detalle nos confunde, pues se refiere a un solo aspecto del problema.

Cuando te encuentres frente a un adversario real, el pliegue de su nariz sugiere la cólera, un rictus en la barbilla denota temor, una contracción en los bordes de los ojos la duda, pero sean cuales sean los detalles percibidos, la mejor actitud es la de permanecer perfectamente calmo e indiferente, y esperar el momento favorable”

Los ojos no deben dirigirse nunca hacia lo alto, pues se dice que podrían cegarse con la luz del sol. Tampoco hacia abajo pues perderían todo contacto y se hundirían en la sombra. Tanto en uno como en otro caso, los ojos estarían cegados. La buena actitud es la mirada dirigida hacia el horizonte, bien derecho hacia delante, como si uno mirase al sol naciente cuando aún está rojo y resplandeciente.

-“Observa los ojos del señor Buda, no están ni abiertos al mundo objetivo ni completamente cerrados a la irrealidad de este mundo. Están medio cerrados, y en esta línea de demarcación es donde puede encontrarse la justa visión del discernimiento. Ni muy alto ni demasiado bajo. Tienes que aprender a situar bien tu mirada, como el Buda.

En este punto de tu entrenamiento necesitas utilizar tus ojos físicos y tu ojo espiritual. De ahora en adelante vas a realizar un ejercicio que consiste en intentar percibir más allá de la vista. El ejercicio comienza en el momento en que haces *chiburi* para sacudir la sangre cuando cambias de mano para coger la funda, hasta el momento en que enfundas el sable lentamente y que llegas a ese estado llamado *zanshin*. El ejercicio consiste en mantener la vista fija ante ti y al mismo tiempo intentar con todo tu empeño ver lo que ocurre en la zona no visible. La zona visible forma un semicírculo delante de ti, del cual tú eres el centro. La zona invisible está detrás de ti, es el otro semicírculo. Delante es el símbolo del no-yo, detrás el del Yo. Tienes que reunir los dos semicírculos para hacer un círculo completo y plenamente conseguido. Solamente entonces, manteniéndote presente en el centro de esta unidad encontrada, serás capaz de ver la verdad. Para alcanzar este resultado has de

esforzarte en percibir con el ojo del espíritu lo que pasa en ese medio círculo invisible que está detrás de ti. Has de intentar percibir hasta el mínimo detalle y permanecer perfectamente concentrado en esta intención. Esto despierta el ojo del espíritu que el budismo esotérico sitúa muy exactamente en la base del cerebro. Existen otros medios, como el de adivinar lo que se encuentra en el corazón de un brote cerrado, o saber la hora sin mirar el reloj, etc. Los resultados son sorprendentes y un día se establece el círculo completo de visión alrededor de ti. Sin embargo, se trata menos de prolongar tu campo de visión que de llevar a éste a tomar consciencia de un universo más sutil de fuerzas y de pensamientos. Es un trabajo menos horizontal que vertical, y un medio de sumergirse en la realidad subjetiva que late en el corazón del mundo que nos rodea.”

Al caer la tarde el gong resonó para los monjes. Se me hizo la hora de ir al entrenamiento. La tarde estaba bien avanzada, lancé una última mirada a los árboles cargados de flores perfumadas, y con el corazón tranquilo me dirigí a Shimizu.

Después del *keiko* , el maestro Takeuchi me invitó a cenar.

-“Bueno, ¿Qué has hecho hoy de interesante?”, me preguntó sonriente.”¿Karate, aikido, kyudo?”

Me parecía que empleaba un tono un poco burlón. Le expliqué lo que había hecho exactamente, en realidad, poca cosa mas que descansar, reflexionar, leer, meditar y escribir.

—” ¿Qué naturaleza tan hermosa! Shizuoka es de verdad bonita en primavera. Las chicas japonesas son hermosas ¿verdad?”

No supe qué responderle, y me puse a preparar una respuesta acorde a lo que yo creía ser la idea que podía hacerse el maestro Takeuchi de este tipo de cosas, pero antes de que tuviera tiempo de responder, él barbotó:

—” ¿Cuántos prejuicios! Los japoneses son muy diferentes de los occidentales aún no siendo perfectos. No tienen este excesivo pudor cuando se trata de las relaciones hombre-mujer. Hay que estar fuera de comportamientos estereotipados, hay que estar mentalmente libre, capaz de abordar cualquier problema, no importa lo delicado que sea, sin por ello protegerse a la manera de las mujeres que utilizan su sombrilla para evitar el sol en su piel.”

-“Estoy totalmente de acuerdo con lo que usted dice, pero confieso que es un asunto que he dejado totalmente de lado para concentrarme mejor en el entrenamiento.”

-¿Qué has venido a entrenar? ¿Tu cuerpo o tu espíritu?”

-“¿Mi espíritu, sensei!”

-“¿Y crees que cuando uno busca la unión con lo absoluto es posible tomar ciertas cosas y poner de lado otras? No, todos los temas que se refieren a la relación entre los seres humanos tienen su razón de ser y más vale descubrir la ley que subyace en ellos antes de verla despertar un día en el que quizá no estés tan vigilante.”

“Es verdad, no había pensado en esto...”

“¿Estás seguro? ¿Ni siquiera este magnífico día de primavera te ha hecho sentir la fuerza de la renovación en tus venas? ¿No has sentido entonces la alegría de la nueva vida vibrar en todo tu cuerpo? ¿No te has estremecido al contemplar los árboles en flor, su perfume no te ha emocionado? ¿La belleza de las mariposas, de las flores, de los niños, de las chicas, del cielo, del templo, todo esto te ha dejado indiferente?”

-“Claro que no, he sentido todo esto muy fuerte. Pero ¿no se dice que todo esto no es más que una gran ilusión y que no hay que dejarse llevar por su atractivo?”

Después de unos instantes de reflexión, se puso muy serio y respondió:

“Hay que vivir las leyes, hay que conocerlas bien antes de poder decir, como lo hacía el maestro Ueshiba fundador del aikido, “*yo soy el universo*”. Escucha también esto:

“En primavera las flores, en otoño la luna, en verano la brisa refrescante, en invierno la nieve. ¿Qué otra cosa puedo necesitar? Cada hora me resulta una alegría.”

¿Comprendes lo que quería decir el sabio Mumon?”

-“Ser siempre fiel a uno mismo, supongo”

-“En cierto modo, pero es ante todo el hecho de reencontrarse con uno mismo sean cuales sean las circunstancias que nuestra consciencia experimenta. Hay elecciones que están en función de nuestros antecedentes y de estos antecedentes sacamos los materiales para construir nuestra manera de ser de hoy. El cuerpo con que nos encontramos en el nacimiento es el resultado de los esfuerzos y de los errores cometidos en existencias pasadas. Y dentro de nosotros se encuentran reunidas una consciencia que busca elevarse y una fuerza de inercia que intenta condicionarla según nuestras propias tendencias y limitaciones. No podemos escapar de esta fuerza oponiéndole otra fuerza. El único medio consiste en retirarse de este conflicto y observar, pues el Ser no está sometido a las actividades de la personalidad en cuyo seno tiene lugar el combate entre el bien y el mal. Mumon ha tomado conciencia de esto. Se acepta como es y no busca ser esto o aquello sino simplemente “ser”, aprovechando y observando tranquilamente las condiciones cambiantes del mundo exterior a su Ser. Lo que querría hacerte entender es que no hay que rechazar nada *a priori*, al contrario, hay que aceptar este cuerpo y sus necesidades si las hay y sus debilidades. Esta aceptación es tanto más fácil de realizar que que dejemos de identificarnos con los acontecimientos de fuera y que permanezcamos perfectamente desapegados de todo lo que no sea el Ser. Aceptar el sufrimiento es desprenderse del deseo de huir del mismo. No se trata de que el sufrimiento tenga que gustar o que haya que buscarlo neciamente, no, se trata de aceptarlo cuando se presenta. A la inversa, la alegría no debería ser deseable en si misma, sino cuando esté ahí, hay que aceptarla modestamente, con mucho reconocimiento y sacar de ello ventaja para progresar más adelante hacia el Ser.

La aceptación de no ser en este momento otra cosa que el Ser te aportará a su debido tiempo un sentimiento no-conflictivo que favorecerá tu sentido profundo de

ser el Ser inmutable que subsiste para siempre más allá del sufrimiento y de la alegría.

Necesitas entonces estar presente, en tu realidad, en el corazón mismo de esta casa, de este paisaje, de un sufrimiento agudo o de tu propio cuerpo. Si comprendes y cumples esto, llegarás a estar tan bien dispuesto como el monje Zen Seigen, que un día fue asaltado por unos Ronin. Estos le amenazaron con cortarle la cabeza. Calmado y sonriente les respondió:

“Ni el cielo ni la tierra son mi refugio, cuerpo y alma son ilusión, vuestra espada, como un rayo, va a cortar el viento de la primavera”

La mirada del maestro se quedó vacía de expresión. Pero emanaba de su rostro como una alegría, como un sentimiento de gracia. Sus ojos fijos estaban sumergidos en otro mundo, en alguna parte en el interior de sí mismo. Respeté este silencio que me parecía sagrado. Después el maestro pareció volverse consciente de mi presencia.

-“Sensei ¿Cómo dejar de estar sometido a los deseos? Aunque ya he hecho en este sentido un cierto trabajo y me esfuerzo por permanecer vigilante, y estar vigilante implica, creo yo, una cierta noción de dualidad. Entonces ¿Cómo ser verdaderamente libre, incluso de la vigilancia? ¿No es el deseo una consecuencia natural de las necesidades del cuerpo?”

-“Hablaemos con detalle de todo esto un poco más adelante. Pero sea cual sea el problema que uno se plantee, hay que saber que surge del hecho de que el hombre se identifica con el cuerpo. El mayor pecado del hombre es creer ser el cuerpo que habita. El pecado nace en la mente a partir del momento en que ésta dice “soy un tal o una tal”, a partir del momento en que aparece el sentido separador del ego. El arte del iai es el arte de poder liberarse de todo egoísmo. No es porque la naturaleza y nuestro cuerpo sean ilusiones que debemos dejar de lado u olvidar. La ley del tiempo, inherente a la vida de la materia, está al servicio del desarrollo humano. Un fruto no madura sino por la gracia del espejismo del tiempo y de los ciclos estacionales. De la misma forma, cuando evocábamos la nueva vitalidad de la primavera y yo te hablaba de las relaciones entre hombres y mujeres, yo tenía en mente la gran ley de atracción, de vasta aplicación en la práctica del ken jutsu o en cualquier otro tipo de combate. ¿Cómo esperas convertirte un día en un experto en el arte de ser uno con tus adversarios si rechazas o ignoras la ley de atracción y de repulsión! Esta ley se conoce mejor por sus efectos sobre el cuerpo y que se llama vida y muerte, siendo vida sinónimo de amor. De ahora en adelante necesitas reflexionar seriamente sobre el hecho de que el amor está siempre subyacente en la ley de atracción, y que por lo tanto ésta es esencialmente divina, incluso si se manifiesta en el universo temporal. Gracias a esta ley el cuerpo y la mente permanecen unidos, y es la que rige el proceso de integración coherente que produce las formas y los cinco elementos sagrados que son la base de la formación del mundo. Por último, la misma ley provoca el desequilibrio que, en la naturaleza, produce la muerte y la desintegración.

El espíritu, el *tamashii*, no puede vivir eternamente bajo una sola y misma forma, pues no está sometido a las leyes de la materia y porque esta materia progresa sin cesar. Cuando *shiki*, la consciencia, se eleva y se identifica con el absoluto (*mu-shiki*), la muerte de la forma es la consecuencia de esto. La consciencia se libera y puede de nuevo revestir una forma superior. Si la consciencia rechaza esta muerte necesaria, hay sufrimiento. Si por el contrario abandona voluntariamente su forma

apremiante, la muerte se vuelve un medio de liberación.

Esta ley de atracción se aplica en el ken jutsu, y de forma patente cuando uno “se pega” mentalmente al compañero, hasta el punto en que los sables mismos tienen la impresión de estar atados el uno al otro. Mushashi llamaba a esto “*adherir*”. Por esta misma ley, es posible mantener en torno a uno a los adversarios y controlarlos de la misma manera que el sol controla a los planetas que gravitan en torno a él.”

-“Según sus palabras ¿se podría concluir que todo es ley?”

-“Sí, absolutamente todo. Por ejemplo, la ley del amor que mantiene la vida en el cuerpo está en estrecha relación con la existencia y por tanto con el tiempo. Te recuerdo que el tiempo no es más que un concepto de la mente concreta y que en realidad es más que relativo. De hecho es inexistente en el estado del iluminado. Sin embargo, como el cuerpo es la vestidura de la ilusión, el factor tiempo interviene en tanto dura la ilusión, y es así como nace la ley del ritmo. Esta es la ley que permite establecer una relación armoniosa entre las formas en sí mismas y el espíritu que las anima. La enfermedad y el sufrimiento resultan del total desconocimiento de las leyes divinas que gobiernan las leyes materiales. El hombre preocupado por lo que no es divino no está en posición de comprender las leyes, analiza sus efectos y muy a menudo los sufre. El hombre que por el contrario se diviniza, que vuelve a ser él mismo, alcanza el Ser o la Ley misma, y con toda naturalidad participa armoniosamente del conjunto de la creación.”

-“Sin embargo no comprendo muy bien la manera de pensar y de actuar de los maestros de armas del pasado, como Miyamoto Mushashi, Tsukahara Bokuden, Yagyū Tajima no kami, Iko Aizu, o Choisai Lizasa. ¿Qué tenían en común estos personajes que de igual modo no vacilaban en matar en lugar de renunciar a la violencia y en dejar actuar a la naturaleza?”

-“Tenían en común el hecho de que eran hombres y que fueron al encuentro de sí mismos. Había en ellos una cierta realización y que acabaron por abandonar toda idea de egoísmo, de miedo, de deseo, en una palabra, alcanzaron todos ellos un cierto estado de realización. En cuanto a dejar ciertas cosas en manos de la naturaleza ¿Qué es el hombre? ¿Qué es la naturaleza? La cuestión no se plantea en esos términos. Algo que no osó nombrar sobrepasa y trasciende las leyes de la naturaleza, no oponiéndose, sino cooperando. Este es el espíritu que, en el hombre, proclama la existencia de otra ley, la del sacrificio. Pero este es un tema del que hablaremos más tarde.

De momento, y para retomar el comienzo de nuestra conversación en que preguntas muy justamente la manera de matar el deseo, yo diría que ante todo habría que reconocer lo que en nosotros desea. El cuerpo tiene sus necesidades y estas necesidades provocan deseos. El Ser real que está en nosotros no es este cuerpo, los deseos vienen entonces de nuestra ignorancia. La visión de las cosas engendra el deseo de poseerlas ¡y no puede esperarse ningún resultado positivo mientras uno se identifique con lo que ve en lugar de ser simplemente quien ve! La memoria puede ser buena consejera para recordarnos cómo nuestros múltiples deseos han podido aportarnos pequeñas alegrías alternadas con grandes sufrimientos. La actitud que necesitas tener es la de reflexionar pausadamente sobre la naturaleza del deseo cuando emerge, la de imaginar sus consecuencias y definir su causa real, todo esto como observador desapegado y no como actor. Hay que considerar las cosas del exterior con la distancia necesaria. La dificultad viene del hecho de que todos los elementos de la naturaleza están en nosotros, y para el hombre identificado con su cuerpo existe

una resonancia particular entre el deseo del cuerpo y el que, en la naturaleza, ha suscitado el deseo. Uno de los medios puestos a tu disposición para liberarte de los deseos es utilizar el *dai ye to*, el sable de la gran inteligencia que destruye las malas acciones. Por medio de esta inteligencia aprenderás a servirte del sable del conocimiento, *chi no ken*. Por medio de este conocimiento podrán ser cortadas las raíces del ego y te será entonces concedido el derecho de utilizar el *goma no ken*, el sable que suprime los demonios. Quien ha alcanzado este punto es idéntico a *Fudo*, se convierte él mismo en una espada de sabiduría, *e-ken*. En otras palabras, el hombre que se da cuenta de que está llenon de deseos no debe esforzarse en suprimirlos por la voluntad, esto sería utilizar fuerza contra fuerza, todo lo contrario al budo, debe simplemente dirigir a otra parte la atención mental, desviar de este modo el objeto del deseo, e impedir consecuentemente que la atención alimente el deseo. Pues allí donde estén nuestros pensamientos allí está nuestro ki, y el ki ya sabemos que es un gran vitalizante.

Escucha esta anécdota: uno de mis amigos era un gran amante del sake. A lo largo de los años su monótona vida estaba condicionada por dos cosas: el sake y el trabajo. Hasta la familia había dejado de acaparar su atención, y por ello ésta sufría enormemente. Varias veces tuvo graves problemas de salud y un día acabó por tomar la única decisión que se imponía, la de suprimir el alcohol. Pero fue tiempo perdido, lo único que consiguió es hacer más fuerte su deseo. Desesperado, vino a vernos a mi mujer y a mí en busca de ayuda. Tenía lo esencial para conseguirlo, unas verdaderas ganas de curarse. Nuestra conversación fue corta. Le propuse ayudarle a condición de que hiciera todo lo que yo le dijera. Aceptó y se convirtió años más tarde en un gran experto de kyudo.

El maestro Takeuchi rompió a reír, cruzó las manos tras la cabeza y durante unos instantes se sumergió en sus recuerdos. Después continuó:

-“Se convirtió en un gran experto, pues le impuse que, apenas saliese de trabajar, fuera a entrenarse a un pequeño dojo de tiro al arco muy próximo a su casa hasta que cerrara, que era bastante entrada la noche. También debía de participar en todas las demostraciones, competiciones, etc. que tenían lugar los fines de semana. Entrenaba y estudiaba tanto que apenas tenía tiempo de hacer sus más elementales deberes. Se metió en el juego y, seis meses más tarde estaba completamente curado de este mal hábito. Sin embargo aún hoy, después de más de diez años de práctica intensiva, todavía permanece muy vigilante, pues sabe muy bien que no está al abrigo de los impulsos interiores. El hombre está condicionado por tendencias profundas heredadas del pasado, y la mente debe controlarlas del mismo modo que a los cinco sentidos. Para esto el intelecto, enriquecido por sus estudios, debe tomar la decisión inteligente que se impone en estos casos, mientras que la mente, fuerte y firme, la lleva a cabo.

En Japón, los cinco sentidos son objeto de una atención muy particular. Es inútil hacer los mil días del *Kayhogyp* para llegar a calmarlos. La exquisita belleza de los jardines, los interiores sobrios y refinados de nuestras casas, los vestidos tradicionales, el arreglo floral en el Tokonoma, el incienso que se eleva, el sonido del agua que fluye por la pequeña cascada del jardín, todo esto forma un ambiente de tranquilidad que contribuye a la calma de la actividad mental y a una mayor agudeza de los sentidos, o incluso a la obtención de una percepción resultante del conjunto de los cinco sentidos gracias a la cual se vuelve posible percibir la esencia y la causa de lo que se encuentra detrás del sentido y del objeto percibido. En una palabra, es el

Ser, he aquí porqué uno trata de alcanzarlo por medio de una delicadeza extrema de las cosas que forman nuestro ambiente inmediato. En efecto, el Ser es de una sutileza tal que los sentidos, en su estado primitivo estarían siempre ciegos a la Presencia.

Cuando los sentidos están educados, los deseos se purifican y la mente se calma. Desde ese momento, el Ser puede irradiar su propia naturaleza a través del espejo de la mente que se convierte entonces en *bodaishin* o mente iluminada. En un primer tiempo, el hombre iluminado alcanza el estado de *dji kaku*, es decir que alcanza a la comprensión del Ser. Finalmente alcanza el estado de *ta kaku*, estado que confiere al esgrimista la capacidad de comprender las cosas que están fuera de los sentidos, del espacio y del tiempo. A esto se llama *kan*, la intuición. Cuando *kan* aparece, el *kenshi* (el experto en la práctica del sable) se convierte en *Tatsujin*, el que ha alcanzado la perfección no sólo técnica sino también espiritual, siendo la primera consecuencia de la segunda. La clave secreta para alcanzar esta elevada meta es el dominio de la mente. Esto es alcanzar el estado de *FUDO SHIN*. ¿Has comprendido bien?”

-“Si, en fin, lo intento, sin embargo la naturaleza es atractiva. Me pregunto cómo no sufrir, aunque sea un poco, la atracción del canto de los pájaros, la caricia cálida y luminosa de un rayo de sol o, como dicen los japoneses, la puesta del sol en el puente de Seta, o incluso el gong de la tarde en el templo de Midiera. ¿Cómo no tener el deseo de disfrutar de todas estas bellezas?”

-“Simplemente descubriendo una belleza más intensa y más permanente. Las bellezas de las que hablas sin duda lo son, pero durante el tiempo de un relámpago. Como el alba, parecen surgir de la noche. Son sólo un soñar despierto y nada más que las imágenes de la antesala de la belleza del Ser. Es necesario contemplar estas cosas con el ojo interior y desarrollar el poder de la discriminación. Cuando sales de buena mañana ¿Qué ves en las proximidades del templo? Un jardín resplandeciente completamente cubierto de rocío. El alba, el follaje, la arena de oro, el cielo azul, todo esto puesto dentro de cada gota de rocío en tintes maravillosos. En cuanto llega el mediodía, el sol evapora todas estas perlas de rocío y el fulgor desaparece. Hay que admirar el jardín por lo que es y no por lo que parece en un breve instante. Aprecia lo que va a cambiar, adora lo que es eterno. De este modo nunca quedarás decepcionado. Es necesario, dice el monje Zen, “*ser el viento que pasa cuya voz escuchamos*”. Las maravillosas formas de la naturaleza, las flores, los insectos, las piedras, las montañas, las nubes, todo esto es provisional. Son factores de angustia y turbación si nos apegamos a ellos. Observa a un niño pero déjalo convertirse en hombre. Contempla las nubes pero déjales seguir su curso, contempla las flores, pero no te apenes cuando sus pétalos sean arrastrados por el viento. Quien está despierto no ve otra cosa más que lo que tú ves, pero lo ve diferentemente. La ilusión es el mar del que debe curarse el practicante de esgrima. Nuestro venerado maestro Kukai pronunció estas maravillosas palabras:

“La enseñanza de Buda no está lejos, está en nuestro propio corazón, está muy cerca. El satori no existe fuera de nosotros. ¿Dónde entonces podríamos encontrarlo sino en el interior de nosotros mismos? Se trate de ilusión o de iluminación, siempre será ilusión o iluminación de nuestro propio corazón”

Cuando Kukai hablaba de corazón se refería al Ser, el centro fundamental de toda existencia y de toda realidad. Por medio de la disciplina y de la meditación, *bodai shin kan* se desarrollará en ti, y por medio de esta facultad se te permitirá

percibir más allá de las apariencias. Podrás discernir a Dios en acción en todas las formas vivas a través del velo de la naturaleza tras el cual se esconden la voluntad y el amor del Todopoderoso.

Intenta ver más allá de las apariencias, desarrolla el brote de la intuición (*kan*), y esta intuición una vez abierta liberará los pétalos del *satori*. El *satori* pone fin a la guerra, pues pone fin a la diferencia que parece existir entre los hombres. Hay que ver a Dios por todas partes, estar lleno de compasión y tolerancia por las formas enfermas pues son jóvenes, inexpertas e ignorantes de su naturaleza real. Si puedes ver a Dios en cada hombre, entonces no estás lejos de poder ver a Dios en ti mismo.”

-“La observación de lo que hay en este lado y más allá de las formas ¿puede ser de algún interés en la visualización de los adversarios y del paisaje en la práctica del iai-do?”

-“Es un trabajo paralelo que aporta sus propios beneficios, pero tanto en uno como en otro caso se desarrolla una forma de subjetividad. En la visualización de imágenes interiores se desarrolla un cierto poder creativo, lo que permite convertirse en objetivo lo que no lo es todavía. Esto hará emerger en su momento, y por la aplicación de ejercicios definidos, una idea de lo que es el no-yo, idea que se infiltrará hasta niveles concretos de tu mente. El trabajo de la visualización tenderá a crear un pensamiento concreto, algo susceptible de ser utilizado ulteriormente como base de la meditación. Pero no estamos todavía ahí, practica y medita sobre todo lo que hemos hablado. La teoría es el diagnóstico, la práctica es el medicamento, decía el maestro Kukai, toma la semilla de todo esto.”

Hacía ya mucho tiempo que hubiera debido de marcharme. Me excusé de haberle acaparado durante tanto tiempo y saludé a esta pareja que parecía considerarme como a un hijo de regreso a su país después de una larga ausencia.

En Japón la acogida hacia el invitado no se descuidó con el tiempo, pero en casa del maestro Takeuchi no era asunto de simple protocolo. Estaba de hecho igual de atento con todo lo que hacía, se tratase de conversar, de cuidar el jardín o de beber el té. Estaba intensamente presente y esto era lo que trataba de inculcarme. Al menos esta fue mi conclusión a bastantes años vista.

Era todavía pronto y el dojo de kyudo del Budokan estaba cerrado. Aproveché el tiempo libre para dar una vuelta en bicicleta por las grandes ruinas del castillo de Sempu. Sempu es el antiguo nombre de Shizuoka. El parque interior estaba también florido, aireado y muy agradable. Alrededor de parte de las murallas de este gran bastión se encontraba aún el tradicional foso que impedía el paso al enemigo. Me entretuve algunos instantes en este pasado lejano imaginando los duros combates de los soldados de la época. Esto que veía no era hoy más que un vestigio, pero en otra parte y de otra manera la guerra continuaba haciendo su carnicería de siempre. Me quedé mirando un rato el agua clara en la que se reflejaba la inmensidad del cielo. Recordé un poema:

“La luz de la luna penetra hasta el fondo del agua, pero no deja en ella ninguna huella”

¿No estaba cometiendo un error reviviendo un pasado al cual debe cerrarse

todo aquel que busca el instante presente? ¿No es un error salir de mi mismo en las alas de mi memoria y olvidar por un tiempo la inmediata realidad del Ser?

En este parque sombrío, bajo la claridad solar tamizada por las ramas de los árboles que era todo un juego sutil de matices y de sombras que se superponían o se fundían, escuché las palabras del maestro resonar en mi cabeza:

“En la adversidad, el alma debe de estar tan desapegada como el polen de las flores en primavera”

El agua estaba inmóvil y yo veía reflejada mi propia imagen Cayó una hoja y la superficie temblorosa del agua hizo desaparecer esta imagen frágil. ¿No era esto el no-yo? ¿una simple imagen, un reflejo que puede apagarse en cualquier momento según los caprichos de “dama natura”? ¿cuál debe ser el objeto de nuestra atención, el agua que refleja o el reflejo mismo? El agua estaba quieta como un espejo, imaginé los cambios de estación y los cambios de reflejo. Sin embargo, la superficie del agua no quedaba afectada. Esta era la enseñanza del maestro, y el manejo del sable no podía ser más que un medio para alcanzar esta inalterable serenidad. ¡sin embargo qué difícil es desatarse de lo que el mundo nos ofrece en cuanto a suavidad, belleza, gentileza, ternura...! Pero como se dice aquí:

“El esplendor de Nara ha pasado, como pasan todas las cosas”

Pues la impermanencia es la ley de este mundo. Después del grito del bebé viene inexorablemente el grito del viejo agonizante, y para ir más allá de esto, para que el grito sea un grito de victoria, es necesario que nuestra mente, como esta agua tranquila, sea indiferente a los colores del cielo, sean azules o tenebrosos.

Sumido en estas reflexiones, el tiempo fue pasando, y cuando estuve de vuelta en el dojo ya algunos alumnos habían comenzado a tirar al *makiwara* . El tiro me parecía ahora más atrayente, más útil. La flecha ya no me preocupaba. El único sentimiento que debía tener era el sentimiento de estar ahí, presente, de manifestar el Ser, sin más, sin esperar ni ambicionar nada, sin rechazar tampoco nada, sin pensar en el tiempo que corre, sin intentar otra cosa que no sea “ser”. No me quedaba más que invocar a este Ser y dejar que él se ocupe de liberar la flecha. Para esto, el autor de la acción debía desaparecer, o bien debía de hacerse totalmente ignorante del que suelta la flecha o saca el sable...

De vuelta a mi habitación, me pasan un mensaje del maestro Takeuchi. Estaba invitado a ir con él y su esposa al festival de Nikko. La cita estaba fijada para la semana siguiente, a mediados de mayo.

Nikko es un magnífico santuario rodeado por un parque nacional natural que sólo él merecía el viaje. Allí es donde se encuentra la tumba del Tokugawa Ieyasu, que falleció en Shizuoka y fue enterrado provisionalmente en el Kunozan, donde se encuentra un magnífico jinja. . Ya había ido allí algunas veces con amigos franceses y japoneses para degustar fresas en todas las estaciones. Estas fresas tenían la particularidad de crecer en bancales en un gran invernadero muy soleado. Por una suma módica uno podía comer cuanto quisiese.

Al entrar en este santuario de otra época, el camino pasa muy cerca de un

ponte al que llaman “divino”, pues según la leyenda cuando el sacerdote shodo se disponía a cruzar el río aparecieron dos enormes serpientes que le sirvieron de puente. El maestro y su mujer, que parecían conocer bien el lugar, se dirigieron hacia el templo Rinno-ji de la secta Tendai. Después de una corta oración, salimos a deambular por los alrededores del Tosho-gu, el santuario principal. Era sin duda ninguna una obra de arte realzada por colores tornasolados, pero que, a mis ojos, no ofrecían el encanto más sombrío, más profundo de los templos Shingon. Tomé de todos modos muy buenos clichés. Por la tarde, perdidos entre una multitud inmensa, asistimos a un desfile de mil personas vestidas a la antigua. No es fácil formar parte de los figurantes. Por una parte se toma el nombre con años de antelación, por otra había que pagar una suma que no estaba al alcance de todos. (Sin embargo, tuve el honor de formar parte de un desfile parecido algunos meses más tarde, en Shizuoka. En efecto, los responsables de la villa, sabedores de mi deseo de encontrar la vía a través del alma del Japón, me invitaron a formar parte de los samuráis ante el gran asombro de los japoneses que asistieron al desfile.)

Después del desfile, el maestro Takeuchi nos condujo hasta un lago de origen volcánico, después a la famosa cascada Kegon de noventa y seis metros, que se hizo particularmente célebre no sólo por su belleza sino por ser escenario del suicidio de muchas parejas. Después, por caminos apartados, visitamos el parque y su magnífico bosque. El maestro amaba la naturaleza, lo cual no me desagradaba. Decía que tenía una fuerza secreta e invisible pero sin embargo casi palpable. Caminaba durante horas sin decir nada, después se paraba para admirar una flor, un pájaro, un claro del bosque, y entraba en un estado de contemplación silencioso en el que todo su ser parecía transfigurarse. Conocía muchas cosas tanto sobre la fauna como sobre la flora, y era un enriquecimiento permanente escuchar su enseñanza.

Más tarde, encantado de este primer viaje, volví a Nikko, concretamente para asistir a un yabusamé, tiro con arco a caballo. Menciono este viaje porque fue el único que hice en compañía del maestro. Estos momentos pasan rápido y en la tarde del día siguiente me encontraba de nuevo en el pequeño dojo donde debía vivir el presente, olvidar el pasado incluso si se tratase de Nikko. Repasé varias veces las series de *katas* siempre consciente de estar en mi mismo aún mientras visualizaba en los menores detalles el campo de batalla, y sin olvidar la respiración en el *seika*, las energías concentradas en la nuca, la sensación de unión entre la parte alta y baja de la espina dorsal, los ojos semicerrados y la mente casi libre. ¡Cuántas cosas a condicionar hasta que lo estén verdaderamente! Esperaba en *iai goshi* el momento favorable en que el otro iba a atacar. Esperaba pacientemente a que cualquier cosa desencadenase las hostilidades. En los comienzos de esta práctica de visualización yo sabía ser el maestro de escena que ordenaba al adversario atacar. Con el tiempo y el hábito, el adversario parecía moverse por iniciativa propia. El maestro Takeuchi parecía estar satisfecho del resultado y me recordó los principios esenciales de la estrategia: desenvainar muy rápido pero sin precipitación, caminar con pequeños pasos rápidos, dirigir bien el vientre respecto a los golpes y a los adversarios, permanecer bien derecho. Tenía la impresión de olvidar la mitad al ser tan rápida y corta la ejecución de un *kata*. Mi *kiai* no estaba todavía perfectamente dominado.

-“Tu *ki* es débil y demasiado alto, pues olvidas *ai*, lo esencial. En este canto retumbante como el sonido de un trueno, debes unir todas las partes de tu cuerpo en un solo movimiento hecho de la unión de la forma y del espíritu. Si se cumple esto, aunque sea por una fracción de segundo, el absoluto se manifiesta en ti. Cuando estás,

sea delante o sea detrás, quiero sentirte en el centro, presente, en el interior de esta ínfima porción de tiempo. En este no-espacio exactamente localizado entre el pasado y el futuro se encuentra el germen liberador del ego. Busca bien y comienza de nuevo con más seriedad ¡como si tu vida dependiera de ello! Y no olvides estar ahí en el momento del *kiai*.”

Después de algunos minutos, me paró en pleno movimiento con un rugido sordo e incisivo:

-“Damé (¡mal!) Tu respiración es fría, hay que estimular la respiración y la potencia espiritual, tienes que poner en marcha tu fuerza vital y mantenerla en ti para que no se disperse a los cuatro vientos. No crees en lo que haces, de ahí tus resultados mediocres. ¡Más seriedad, más concentración! Sigue la ley de la economía natural, pues es la que gobierna toda la naturaleza instintiva, pues en este momento se trata de esto: conocer y controlar el instinto. Venga, vuelve a empezar y no olvides lo esencial, la fuerza a la que apelas es tu propia fuerza ¡ninguna ayuda te llegará del exterior! Puedes seguir.”

Sin ninguna compasión en apariencia, con los ojos tan impenetrables como el diamante, el maestro me demostraba que lo molestaba mucho el apiadarse de uno mismo y que solo cuenta el resultado. Yo estaba al borde del agotamiento. Un día en Nikko no había sido más que un demasiado corto descanso para retomar la forma. Mi *keikogi* estaba empapado, mis rodillas echaban fuego y mi brazo completamente tembloroso. Estaba al límite y entonces vi con alivio que el maestro se levantaba y me señalaba el *furo* con el dedo.

Después de ponerme el yukata que encontré cuidadosamente doblado al lado del baño, me reuní con la pareja en el cuarto de estar.

La señora Takeuchi me cumplimentaba y el maestro parecía no oír nada, pero vi un relámpago de satisfacción pasar por sus ojos y esto llenó mi corazón de alegría. Cuando hube recuperado la calma y bebido un gran té bien caliente, el maestro Takeuchi me mostró el magnífico ramo hecho por su mujer que se encontraba sobre la pequeña hornacina mural, el tokonoma. Esta representaba una rama de pino, sin más, pero había sido deliciosamente modelada de manera que el acento estaba puesto sobre el elemento tierra (*gyo*), la pesada rama estaba inclinada y salía del vaso en la horizontal, las otras dos ramas, más finas, representaban al hombre (*so*) intermediando entre la tierra y el cielo (*shin*). El pino, me dijo la señora Takeuchi, es el símbolo de la potencia y de la perseverancia. Por esto *gyo* predomina “Si usted medita sobre el corazón de esta rama, alcanzará la fuerza necesaria para llevar a cabo lo que usted se ha fijado...”

Después de algunos instantes de silencio con los ojos amorosamente fijos en el arreglo floral, ella continuó, como para convencerse a sí misma: “*Hanna no kokoro* es importante –dice ella poniendo la mano sobre el corazón- hay que encontrar el *do* en el propio *kokoro*.”

Nunca he podido saber lo que significaba a ciencia cierta el término japonés *kokoro* tan a menudo utilizado. el diccionario nos dice: corazón, alma, espíritu, pensamiento, sentimiento, voluntad, intención. El maestro Takeuchi me explicó que *kokoro* se refiere a todos los sentimientos que emergen en el pensamiento y que son

inspirados por el Ser mismo. Esto fue lo que emergió en mí al contemplar esta rama de pino. Este arreglo era mágico, aportaba una gran paz.

-“¡Si, y la merecen los que no la enturbian!”- dice el maestro.

¿Había enturbiado yo la paz que florecía en el silencio de nuestras tres sombras? Pensar, incluso pensar, el veneno de la mente había resurgido. Me sentí apurado y culpable por haber roto la armonía del silencio nada más instalarse éste. Miré en dirección del maestro, pero él, con los ojos cerrados y la cara resplandeciente de alegría, parecía bien lejos de mis preocupaciones. Dejé de argumentar en mi cabeza y gocé durante un indefinible momento de la alegría de “ser” el alumno de un maestro del silencio.

VERANO: EL FUEGO

-El aniversario de Kobo Daishi (Kukai). –Discípulo aceptado (uchi deshi).
–La estación de las lluvias. –El astrólogo, el monje Chinen Takoshi. –
Predicciones. –Bodaishin. –En el templo zen del maestro Sano Jushoku. –
Sacar el sable (nukitsuke). –La acción de cortar (kiritsuke). –Simbolismo
del cordón (sageo). –La espada de Fudo. –Esperar el fudoshin. –El frescor
de la tarde. –Indiferencia. –Egoísmo. –Debilidad. –Intolerancia. –
Liberarse del karma. –En la carpintería. –Mirar a la verdad de frente. –
El poema. –El ideal del soldado. –La guerra. –La libertad. –Liberarse del
fruto de la acción. –El arte del no-hacer. –Mushin. –Competición. –Gorin
no to. –El accidente evitado. –Munen muso. –Saber cortar. –Rigor y
disciplina. –La intuición (kan). –Discernir lo vacío de lo lleno. –Unirse al
ki. –La no-violencia. –El festival de las estrellas. –Simbolismo de las
diferentes partes del katana. –Ri y Chi. –Las tres joyas. –Voluntad, amor,
inteligencia. –Los Kamis. –El no-ego. –Explicación de la palabra geijutsu
(arte). –La unidad en el seno de la acción. –La no-identificación. –Fudo
Myoo. –Fudo nuestro Ser. –Rapidez e ilusión. –El satori. –La estética.

El 15 de junio era un día excepcional para mí, como para muchos japoneses fieles a la escuela Shingon. Era, en efecto, el **aniversario de Kobo Daishi (Kukai)**. Esta forma de budismo esotérico tiene sus orígenes en la India. Después, en su paso por China, fue importada al Japón por *Kukai*. El maestro Takeuchi había estudiado profundamente esta doctrina, y, por lo demás, todo en su enseñanza está impregnado de los preceptos y símbolos de esta escuela de pensamiento.

Para la ocasión, la esposa del maestro había realizado un magnífico arreglo floral, y se había levantado un pequeño altar sobre el que se encontraba una imagen de *Dainichi Nyorai*, el Buda adorado por la escuela Shingon. Al lado se encontraban unos platitos con ofrendas. Pasé una parte de la mañana con la pareja. En esta época ignoraba casi todo de esta forma de budismo tántrico y debo al maestro haberme hecho conocer mejor esta maravillosa escuela. El ambiente era agradable. Unas barras de incienso (senko) se quemaban en el altar, así como dos velas colocadas a cada lado. El maestro Takeuchi saludó, con la frente al suelo, al pequeño altar, desenrolló un viejo manuscrito compuesto de kanjis muy antiguos y se puso a recitar sutras durante más de una hora con breves pausas para saludar y desgranar un rosario. Ante esta imagen de Buda que simbolizaba la bondad, la liberación total del egoísmo, ante este incienso que se elevaba sin fin para disolverse en el absoluto, ante estas flores y ante este rostro enigmático y apacible del maestro más allá de lo explicable, ante esta faz simplemente iluminada por el débil resplandor de las velas, me traía a la memoria las ceremonias del culto Shingon. Todo un arte de actitudes y gestos evocadores, simbólicos, entre los objetos de oro, los vasos preciosos, en un juego de sombras y colores. En este ambiente irreal y perfumado, cerré los ojos y me asocié totalmente a las recitaciones, perdí consciencia, probando una paz, como diría más tarde el maestro, que es el umbral del santuario del no-pensamiento. Ignoro cuánto tiempo permanecí fijo en esta sorprendente experiencia contemplativa, pero supuse que el maestro había provocado este estado de conciencia excepcional por su presencia y por su verbo. Apenas había acabado de pensar en esto a la vuelta al estado de vigilia, cuando el maestro, observándome discretamente, me respondió:

-“No es nada. Las condiciones son las responsables de ello. Tu te has confiado y te has abandonado completamente sin ningún temor ni retención.”

La respuesta del maestro demostraba que había seguido mis pensamientos. Era la prueba de que era capaz de leer en el corazón de los hombres con tanta seguridad como si de un libro se tratase. Pienso también que en este día sagrado él se abrió y me hizo el inmenso privilegio de darse a mí como yo mismo me di a él.

Me sentí a partir de ese momento plenamente aceptado como *uchi deshi*, un alumno íntimo del maestro, y tuve por ello una gran satisfacción. Ignoraba todavía en ese momento lo que esto iba a representar en lo sucesivo, pero este día siempre representará un momento memorable de mi estancia en Japón. La estación de las lluvias había comenzado ya e iba a durar cerca de un mes, con cortos períodos claros. En Japón, los campesinos esperan el agua con impaciencia, pues los arrozales deben de inundarse antes del repicaje del arroz. Los granos, plantados a comienzos de mayo, han germinado, y el trabajo consiste entonces en replantarlos en los arrozales de agua tibia. Esto da lugar a ritos y fiestas que pueden observarse por toda Asia. Ciertamente, el arroz es tan indispensable para los japoneses como el yak para los tibetanos.

Las casas y los templos suelen estar contruidos de modo que se puedan habitar confortablemente en cualquier estación del año, sobre todo en **la estación de las lluvias**. Durante este mes tiene lugar en todos los hogares una limpieza general para proteger los objetos frágiles de la humedad y del moho.

Personalmente no apreciaba mucho este incesante monzón, pues tres veces por semana yo trabajaba en una gran carpintería situada justo enfrente al Yoseikan, y la mayor parte de mi trabajo consistía en colocar planchas unas sobre otras separadas por cuñas de modo que se pudiesen secar correctamente durante varios meses. Era un secado en profundidad, y estas planchas servirían para la fabricación de pianos y de otros instrumentos musicales en los que la madera era necesaria. Este trabajo se hacía bajo una lluvia que caía sin parar, pero que felizmente era tibia.

Me entraron ganas de ir al otro lado del Yoseikan para disfrutar del Abegawa que ahora era un torrente desatado de agua fangosa impulsado por no sé qué antiguo dragón venido de las montañas que se descargaba a lo largo de todo el lecho del río. Un año, la fuerza del agua fue tal que se llevó por delante uno de los pilares del puente. Era un espectáculo tan fascinante que me quedaba allí pegado. El único problema era cuando cogía la bici para ir al dojo de kyudo, tenía que conducir con la mano izquierda mientras con la otra sujetaba el arco, las flechas y un paraguas negro enorme que me tapaba entero.

En Japón, la lluvia no es como en Francia. Aquí evocaba en mí el Japón antiguo y tradicional. Los colores y detalles de la primavera desaparecían, la bruma envolvía en un manto gris al verde campo, las calles estaban desiertas y cuando la lluvia se decidía a parar caía un pesado silencio sobre el campo. Sólo se oía el ruido de pequeñas cascadas. Los árboles, los pequeños santuarios y las casas estaban chorreando de agua. Para mí era un momento privilegiado, pues aquí, como en todas partes, el silencio era cosa rara. Gozaba intensamente de este momento de paz absoluta. Los arrozales se habían convertido en grandes espejos en los que la naturaleza se miraba.

Llegaba el momento de partir. Cogí la bolsa y el sable; el maestro Takeuchi me esperaba y su puntualidad era intransigente. Hablamos largamente, el maestro parecía hacer conmigo una excepción, pues normalmente hablaba poco, pero cuando yo le preguntaba algo parecía querer transmitirme todo lo posible con arreglo a lo que yo pudiera entender. Supuse que eso era debido a que yo era extranjero y que no tenía el privilegio de permanecer indefinidamente en Japón.

La conversación de ese día giró en torno al asunto de las cualidades que debía tener un estudiante que buscaba la vía por medio del sable. Entre las principales, el maestro Takeuchi consideraba como primordiales la ausencia de vanidad, la indiferencia al juicio de los demás, la sinceridad, la constancia. La ausencia de egoísmo y de deseos, la búsqueda de la soledad (en la idea del maestro, soledad significaba sobre todo interiorización y abandono de los atractivos del mundo exterior), la ausencia de miedo y de duda, la ausencia de indecisión.

Quisiera hablar de pasada de un encuentro que el maestro Takeuchi tuvo con uno de los muchos personajes con los que se relacionaba, un monje budista que se llamaba **Chinen Takoshi**. Este hombre era muy conocido en los alrededores del templo de Asakusa en Tokio por sus conocimientos de astrología. Era también vidente y utilizaba para esto una caja de pequeñas varillas de bambú. Supe más tarde que se trataban de varillas *shue ki* utilizadas en la adivinación según los preceptos del *Eki kyo*. Ya sabía que el maestro Takeuchi se interesaba por todas las ciencias aunque parecía no utilizarlas nunca. Su vida era simple y sin problemas, pero su conocimiento aparecía cuando abordaba con interlocutores eruditos temas tan abstractos como la religión o la filosofía. Su comprensión era tal que sus interlocutores se volvían increíblemente modestos. Mis conocimientos de japonés no me permitían sondear el contenido de sus conversaciones, pero varios amigos del maestro me han asegurado que tenía conocimientos en todos los dominios de la ciencia y de la filosofía.

Aquel día el maestro me llamó a la sala principal y me presentó a su amigo. El monje, reconocible por su cabeza afeitada, vestía a la manera europea y tenía muy buena presencia. Su cara sonriente era muy simpática. No tenía ese aire forzado de los religiosos que se creen en la necesidad de guardar las apariencias protocolarias cuando están fuera del templo. Este estaba más bien distendido y franco. El señor Takoshi era un gran conocedor de los antiguos textos japoneses como el *Kojiki*, el *Nihon shoki* o el *Kogoshui*. El maestro Takeuchi me explicó sonriendo que era un hombre muy tolerante, salvo en lo que concernía al espíritu actual de la secta Nichiren, lo que tuvo por efecto una explosión de risa general.

Después de haber hablado largamente a su amigo, el maestro se volvió hacia mí y me preguntó si deseaba aclaraciones sobre mi pasado o mi futuro. No sabía qué responder, pues el maestro Takeuchi insistía que sus alumnos se concentraran y no vivieran más que para el presente. Además yo era por naturaleza desconfiado y prudente si no escéptico hacia todos los que pretendían ser adivinos. El maestro debía conocer sin embargo bien a su amigo, y mi confianza en él era total. Acepté recibir entonces, no sin una cierta curiosidad, informes acerca de mí mismo.

El señor Takoshi, después de ensimismarse un momento, hizo una pequeña manipulación con la ayuda de sus varillas, las cuales yo dejaba caer varias veces encima de la mesa. A cada vez él daba una interpretación que anotaba rápidamente en

un carnet. Después me pidió la fecha de nacimiento incluida la hora. Hizo unos cálculos. Durante este tiempo, más de un cuarto de hora, el maestro aprovechó para preparar el té al estar su mujer ausente desde la mañana. Al fin, el señor Takoshi dejó de lado sus papeles y me hizo un informe completo sobre mi personalidad, cualidades y defectos. Me abstendré de hablar de esto. Afirmó al maestro Takeuchi que veía en mí la reencarnación de un samurai muy conocido en Japón del que me dio su nombre. Al ver mi asombro, me tranquilizó confesándome que la opinión popular nipona había magnificado las hazañas de este samurai que no era tan recto como normalmente se creía. Según el señor Takoshi, este samurai se había hecho el seppuku y esto tenía que pagarlo en esta vida de una forma u otra. Yo estaba en el colmo del asombro y de la duda. Sin embargo el maestro no parecía sorprendido en absoluto de lo que su amigo estaba diciendo. Después de hacerme muchas puntualizaciones acerca de mi vida presente, me honró con predicciones de mi futuro próximo, tanto profesional como sentimental. Le pregunté sobre todo precisiones sobre lo que el destino me reservaba desde el punto de vista espiritual.

Doy mención de este encuentro poco común para un occidental, pero muy corriente en Japón. Aquí el menor acontecimiento se considera muy vinculado a influencias astrológicas. Incluso las artes marciales se relacionan íntimamente con esta ciencia. Por otro lado, dejando aparte la historia del samurai, deba admitir que todas sus **predicciones** resultaron exactas.

El señor Takoshi finalmente se marchó, y el maestro me dio su opinión. Consideraba a la astrología como una ciencia del mundo de las formas. Para él era útil exclusivamente en el mundo de la acción y de la energía, pero que no tenía razón de ser cuando uno había alcanzado la realización del Ser. En cuanto a la ley de la reencarnación, tan cara a las hindúes y a los budistas, estaba convencido de su realidad. Cuando le pregunté acerca del astrólogo, debió percibir en mí un cierto escepticismo, pues me dijo del modo más serio:

-“El señor Takoshi es un *kenjin*, un hombre sabio, así como un *shijin* (poeta) de mucha reputación. Ha alcanzado la realidad del *satori* y le tengo un gran respeto. Este hombre es un modelo de generosidad y de honestidad desde que le conozco, y esto se remonta a nuestra infancia. Recuerdo que en la escuela ya había hecho el voto de guardar en su corazón la poderosa aspiración de alcanzar la iluminación, a esto se llama *bodaishinkai*, y gracias a esta aspiración incesante, la luz ha inundado varias veces su corazón.”

-“Sensei, ¿por medio de qué práctica puede uno hacer llegar la luz?-no pude menos que preguntar.

-“No es cuestión de hacer venir algo. El hombre está ya plenamente iluminado (*hongaku*). Lo único que debe hacer es tomar conciencia de ello. Nada más fácil. Los medios son múltiples, recitación y realización del sutra del corazón (*hannya shingyo*), la práctica del zazen hasta que se alcance el *zenjo*. Pero en realidad estos no son más que medios, no para hacer brillar la luz, sino más bien para retirar lo que la oscurece, es decir, la mente.

El hombre es como una bombilla cubierta de varias capas de pintura. La luz está allí, pero las diversas capas de pintura impiden que se irradie. Ni somos las capas de pintura ni la bombilla de cristal. Únicamente somos la luz. Los medios para llegar a iluminar la oscuridad son los medios que podrías utilizar para limpiar esta lámpara.

Podría ser un trozo de jabón, en cuyo caso se consiguen pocos efectos, yo llamo a esto la vía lenta, la de la mayoría de las personas poco evolucionadas. Cuando digo “poco evolucionadas” no me refiero a la luz de la cual son portadores sino a la comprensión que han adquirido concerniente a la existencia de esta luz. La vía directa que te enseño es la vía rápida. Es un poderoso detergente que reemplaza al jabón y con el que la lámpara podrá al fin expresar su naturaleza que es la de alumbrar.

Si la inteligencia ha madurado, a poco que *bodaishin* se haya convertido en realidad, el hombre comprende el sentido de la vida y llega a encontrar la vía justa. Y a partir de ese momento, si quiere, si siente en si motivaciones suficientes, puede alcanzar la iluminación en esta existencia (*sokushin jobutsu*)”

-“Todo esto me parece que está muy lejos del *senjutsu* (estrategia militar)”

-“Sí y no, pues la estrategia militar utiliza las leyes del mundo visible, y estas leyes son el reflejo de las leyes del mundo invisible. Todo esfuerzo en este plano tiene efectos benéficos sobre el otro plano. La estrategia militar puede ser útil para servir al país, para defender la justicia, proteger al oprimido así como la propia existencia. Se puede comparar a los anticuerpos y a su acción frente a la enfermedad. Sin embargo te confieso que la mejor estrategia que existe es la que consiste adquirir *mushin*, pues conseguido esto el técnico ya no puede fallar.”

De regreso a Shizuoka di un rodeo para visitar a mi amigo **Sano Jushoku**, maestro del templo Zen “Cho gen in”. Como de costumbre me enseñó su magnífica colección de maquetas de aviones que le había valido un programa de televisión. Era también un amante de las pipas y le hice llagar algunas de Suiza. A pesar de su atracción por lo “moderno”, no era menos un amante de la naturaleza. Tenía en un rincón del corral del templo un gran invernadero donde se encontraban las plantas más bellas y las más raras, incluso plantas carnívoras. Con varios amigos he constatado que cuando él entraba en el invernadero por la mañana, un raro estremecimiento parecía animar a las plantas. La cosa era sutil pero objetivamente observable. Cada planta tenía su nombre y el maestro Sano les hablaba a menudo. Hablábamos de cosas diversas, de la vida en Francia, de la vida en Japón, del arte en general, de las plantas, y, por supuesto, del Zen. Algunas veces el maestro Sano me autorizaba a quedarme en el templo para hacer zazen. Su jardín era magnífico y las horas pasadas en su compañía me han aportado mucha luz y alegría.

El entrenamiento se reanudó a más y mejor. Temía un poco el fin de la estación de las lluvias, pues sólo los que han vivido durante años el entrenamiento intenso durante los grandes calores húmedos y sofocantes del verano saben hasta qué punto puede ser penoso. El menor esfuerzo, aunque fuese llevarse a la boca una taza de té frío, te inunda de pies a cabeza. En el pequeño dojo del maestro, el aire parecía todavía más irrespirable. El *keikogi*, después de practicar algunos *kata*, se te pegaba a la piel, y el *tenugi* (banda de tela para la frente) no era suficiente para que el sudor no te quemase los ojos. El maestro Takeuchi observaba todo esto con intransigencia, rectificando constantemente lo que no iba bien. Aquel día me aconsejaba sacar más rápidamente el sable de la funda. Me explicó que se debía desenfundar lentamente al principio y cada vez más rápido hasta el momento en que la hoja, completamente afuera se extendía de una manera fulminante hacia su objetivo. **Sacar el sable** exige muchos años de trabajo para que todos los detalles se ejecuten juntos e instintivamente.

En la posición de cuclillas (en *iai goshi*), el pulgar y el índice sujetan la guarda (*tsuba*) por cada lado, con el filo dirigido hacia arriba. En cierto momento, cuando se presiente un peligro, la mano derecha, que reposa tranquilamente en el muslo derecho, va a colocarse sobre la empuñadura (*tsuka*) con la palma hacia arriba. Hasta ese momento nada ha pasado aún, no hay ninguna agresión a la vista y la mano está vacía. La visualización no debe llevar a la mente a la discusión. El cielo es el símbolo del vacío y en este instante la mente debe estar vacía de todo pensamiento. Es la única forma, dice el maestro Takeuchi, de sentir en el corazón el momento justo para actuar.

Decenas y decenas de veces tuve que repetir hasta el momento de sacar el sable. El maestro me hacía parar y empezar de nuevo, hasta que llegaba el momento en que acababa por no decir nada, lo que significaba que podía pasar a la segunda etapa, la de sacar completamente el sable.

En esta segunda acción pasan muchas cosas. En primer lugar, la mano derecha gira sobre la guarda y agarra la empuñadura. Al mismo tiempo, el pulgar de la mano izquierda despega la hoja de la funda, la gira para ponerla en la horizontal con el filo hacia el exterior. Esta acción de sacar un poco la hoja de la funda era en otro tiempo importante, pues un samurai encontrado muerto sin que tuviera el reflejo de despegar la hoja de la funda era deshonrado por no haber siquiera sentido el ataque. A partir de este momento de intensa visualización, el sable sale con la sensación de ser empujado por el vientre, lentamente y cada vez más rápido y fluye como un relámpago hacia los ojos del adversario. Este corte horizontal se hace con el extremo del *kissaki*. La precisión de este corte es tal que un maestro digno de este nombre debe poder cortar las pestañas del oponente sin tocarle los ojos.

He repetido este movimiento miles de veces. Los múltiples detalles técnicos y mentales me impedían estar en sintonía con el “buen momento”, y el maestro Takeuchi gritaba entonces “¡unidad, unidad!” A veces era como un buen abuelo que juega con los nietos irradiando amor, pero en otros momentos daba la impresión de ser la encarnación viva del mismo *Fudo* y notaba que retumbaba en él una tormenta que a menudo estallaba en la forma del imperativo “*damé*” (¡mal!). Y yo entonces volvía a empezar desde el principio sin una palabra y sin una mirada *nukitsuke* (la acción de desenfundar), *kiritsuke* (la acción de cortar). Pero rara vez llegaba más lejos. Lo que le interesaba al maestro era la unidad psicoemocional que hay que realizar entre el sable (*ken*), el cuerpo (*tai*) y la energía (*ki*). Todo esto debe de estar unido en el momento supremo en que el brazo extendido se supone que va a cortar los ojos del adversario.

-“Tu mente está dispersa. Una sola acción, una sola sensación, un solo pensamiento, un solo grito, un solo ki, ¡la unidad!”

Siempre era la misma cantinela, pero lo único importante para el maestro era que en una sola acción estén reunidos todos los elementos indispensables para un buen tajo.

-“Si todos estos elementos no están ahí, o no están en armonía, es imposible cortar nada de nada, el sable rebota, se rompe, se desvía de su curso o se estrella.”

Cuando el cuerpo se cansa, la mente tiene tendencia a seguir el mismo camino, pero yo no tenía ese derecho. Era necesario que constantemente extrajera de dentro de

mí mismo la fuerza necesaria. Si la tensión bajaba, la indiferencia del maestro se convertía en cólera sorda como una tormenta a punto de estallar, el aire estaba totalmente electrizado. Veía mi fatiga en la falta de fuerza de mis ojos y en la manera de sostener mi cabeza, que tenía tendencia a irse hacia atrás. Yo le oía entonces sin osar mirarle estas palabras que me lanzaba como dardos de shuriken:

-“¡La nuca más fuerte! ¡Contén el diafragma! ¡Entra en ti mismo, permanece derecho, mete los riñones, aprieta los dientes, recoge los codos, baja los hombros!...”

Después de dos horas de tal ejercicio, mis piernas estaban tan temblorosas como las de un viejo y mi garganta más seca que el desierto del Gobi. Pero el maestro Takeuchi sonreía y eso me compensaba de todos los esfuerzos. Después de este entrenamiento intensivo tenía derecho a un furo bien caliente seguido de una generosa comida. Era su manera de ayudarme a comer convenientemente sin querer dar la impresión de que me estaba haciendo un favor. El maestro, como todos los japoneses tenía mucho tacto. Después de la comida retomábamos nuestras conversaciones y como siempre era yo quien hacía las preguntas. Y el maestro Takeuchi reflejaba instantáneamente como un espejo la respuesta.

-“Sensei, ¿para qué sirve el *sageo*, pues en ciertas escuelas ata la funda al cinturón y en otras queda simplemente bajo el cordón del hakama y en sentido estricto no sirve para nada?”

-“Todos los ryus tienen su propia forma de utilizar el cordón de la funda. Unos han hecho de él un arma de estrangulamiento. En otros casos servía para atar al enemigo o a otros múltiples fines. Para nosotros es diferente. Por su forma no puede identificarse más que con el *kensaku*, la cuerda que lleva la divinidad tántrica *Fudo Myoo*. *Fudo* es una divinidad muy querida por los expertos del iai, y en el pasado muchos grandes maestros del sable hicieron grabar en sus hojas la espada misma de *Fudo*. *Fudo* se representa también como un dragón que envuelve a una hoja de sable, el *kurikara*. También queda representado este dragón que envuelve la hoja por la funda rodeada por el *sageo*.

Las estatuas de *Fudo Myoo* lo representan con una espada en la mano derecha y una cuerda en la mano izquierda. En el budismo Shingon, esta cuerda representa el amor del Buda (*Butsu*) y de los Bodhisattvas (*Bosatsu*) por todos los seres humanos que atrapan y atan con el fin de salvarlos. ¡Esto no tiene nada que ver con el arte de atar al enemigo para matarle mejor!

La cuerda tiene tres atributos. En un primer momento te sirve para ser fuerte. Los viejos samuráis sólo conocían esta significación. El *sageo* era entonces el símbolo de la fuerza que les unía a su *katana* en la que ponían toda su fe. Para un maestro de armas, esta fuerza era motivo de autodisciplina, un medio para imponer la ley, de proteger a los más débiles y sobre todo de castigar a los culpables. Desde este punto de vista, el cordón era el símbolo de los preceptos (*kai*) del budismo, por medio de los cuales los seres humanos pueden dirigirse hacia la verdad.

En un segundo momento, el cordel debería servir para atar a los enemigos de la ley por la acción justa, la palabra justa o el silencio. Gracias al símbolo del vacío inmutable que representa la cuerda de *Fudo*, los demonios de la ley, es decir, los vicios, serán subyugados, dominados y dirigidos por la concentración hacia el apaciguamiento y el vacío mental. Los actos de que se trata son menos actos de bravura sobre el campo de batalla que de ejemplos de coraje, de grandeza de alma, de amor y de fuerza moral. De esta manera el maestro de armas atrae discípulos y los

conduce a la disciplina gracias a la cual éstos pueden alcanzar la victoria final sobre su naturaleza humana.

Para el practicante de iaido de nuestros días, la cuerda simboliza el medio de atar sus pensamientos y de alcanzar, por medio de la concentración, el estado de *mushin*.

Finalmente llega un último símbolo, el del tercer estado, resultado de los dos precedentes. En este sentido, el cordón se convierte en una representación de la sabiduría trascendental, la que mata definitivamente al ego. La mente queda atada por el *sageo*, el ego muere y el sable puede entonces revelarse en toda su gloria, en toda su belleza, y convertirse definitivamente, no en un arma de muerte sino un arma de vida.

La espada de *Fudo*, que es uno de los tres tesoros nacionales del Japón, ha inspirado mucho a los constructores de sables. Se encuentra en la mano derecha de *Fudo*. La espada es yang, es la acción sabia que no engendra ningún efecto. Una acción vacía de deseo que anula todos los efectos. Esta espada es el símbolo de este conocimiento particular y silencioso que lleva al hombre hacia la otra orilla de la que no se regresa jamás. Por eso lleva el nombre de *e-ken*, la espada de la sabiduría.

En las imágenes y estatuas del panteón Shingon, la espada tiene a menudo un mango en forma de cetro o vajra (*kongo*), que igualmente se encuentra grabada en la hoja del *katana*. Un sable grabado así se convierte en un símbolo de pureza inalterable, tan inalterable como el diamante, pues el absoluto es indestructible como el diamante.

La espada de *Fudo* debe ser manejada con discernimiento. Sus dos filos representan la oposición entre bien y mal, la luz y la oscuridad. La punta es la decisión equilibrada, la vía del justo medio. El sable que tú llevas sólo tiene un filo. Indica que no puede haber otra cosa que la vía recta que lleva al practicante a cortar un día u otro todo lo que le ata a lo temporal. Gracias a este afilado *ha*, el nudo del más insoluble de los problemas o del más profundo de los misterios será cortado. Y el mismo destino tendrá las raíces de la duda, de la inercia y de la ignorancia.

La funda es el cuerpo, en el que se encuentra la naturaleza del vacío representada por el cordón. Por medio de la funda el espíritu se despierta. Tu Ser no es sino esta hoja de magnífico acero que corta en un relámpago la raíz de la ignorancia. Por esta razón la ceremonia de saludo al sable es un acto piadoso, noble y lleno de respeto. Cuando actúas en el mundo de la ilusión y de la acción, la espada se saca y actúa para que prevalezca la justicia y la verdad. Cuando vuelve a su funda, regresa a la unidad, que es su naturaleza real. Así que, cuando devuelvas el sable a su funda, no olvides nunca ser el observador inmutable y testigo tanto de la acción como de la inacción del Ser. Observa la espada que actúa y la espada que duerme. Pero tanto en un caso como en otro ¡Sé! Trabajando con esta nueva comprensión, el “yo” estrecho y limitado desaparecerá, el ego se hará cada día menos fuerte, y un día “*el alba y la aurora se harán una sola cosa*”, tuya será la experiencia de no-dualidad. Tú eres *Fudo*, la funda exterior, el no-ser, el vacío de la funda, el Ser. El cordón es la verdad inmutable y la espada es el medio para llegar a ella. No olvides nunca esto, medita constantemente sobre estos grandes principios, sobre estos símbolos. Descubre lo que está velado y alcanza la consciencia de una sola cosa, la de tu ser real. *Ahora* puedes comprender mejor lo que el *katana* puede representar para los japoneses y qué instrumento excepcional Dios ha colocado en tus manos. Ahora dispones de un verdadero objeto religioso por medio del cual te será permitido descubrir el verdadero sentido del “*HEIHO*”, vencer sin luchar. Pues la única victoria que cabe esperar es sobre la muerte y la ignorancia, y el único adversario a vencer eres tú mismo.”

Necesité mucho tiempo para comprender todo lo que el maestro me había transmitido. Y necesitaré mucho más todavía para cumplir y realizar este conocimiento, para hacerlo mío.

-“¿El *Fudoshin* se refiere al medio para alcanzar esta vacuidad?”

-“Por supuesto. *Fudoshin* quiere decir mantener la mente exenta de cualquier modificación. Para esto hace falta dejar de identificarse con la mente y controlarla y saber diferenciar el pensador del pensamiento. Luego llega la voluntad de controlar la mente. La idea que subyace a *Fudoshin* es la de “cabalgar” la mente, pues a menudo se la compara con un caballo fogoso e indomable que es necesario adiestrar.

Cuando el caballero ha calmado a su montura, ésta puede ser utilizada para alcanzar el objetivo deseado, *shin* montado por el caballero *Fudo*. Cuando esto se ha cumplido, *shin* se vuelve inmutable y permanente. Se dice también que manifiesta el espíritu de *Kongo* (*cho kongo shin*). El practicante se convierte en lo que se llama *tatsu jin*, hombre realizado.”

El maestro Takeuchi acababa de comunicarme algo cuya esencia ya no olvidaría jamás. Desde ese día el ken, el iaito y el *katana* tomaron en mi consciencia una dimensión hasta entonces desconocida, una importancia que nunca había supuesto y que, desde este momento, me permitió progresar más plena y eficazmente en la vía escogida que poco a poco se iba desvelando a mi oscurecido espíritu.

En Japón el verano es un horno, un baño diario de calor. El sudor corre por todas partes. Es insoportable, sobre todo en la ciudad donde la tasa de humedad te impide respirar.

En el dojo del Yoseikan el calor era tal que después de media hora de entrenamiento se hacía una pausa. Nos quitábamos las chaquetas y nos poníamos de dos en dos para retorcerlas y sacar de ellas un chorro de sudor nauseabundo. Los japoneses parecían pasarlo aún peor que los occidentales para soportar este pesado calor húmedo. Fuera del entrenamiento era también la estación menos satisfactoria para sacar fotos del paisaje, el vapor se eleva por todas partes y todo parece desaparecer en una niebla blancuzca. Tampoco era cuestión de contemplar un monte Fuji que ha perdido su manto blanco. Los ventiladores se ponían en marcha por todas partes, y cada una se armaba con su abanico y se las arreglaba como podía.

Después de días tan penosos, anhelábamos el descanso, la meditación, el frescor y el silencio. El río Abe estaba tranquilo, su cauce había vuelto a la normalidad. Retomé la costumbre de pasearme por allí. Era un poco mi jardín secreto. Casi nadie venía por allí y podía recitar sin miedo los mantras en voz alta.

El mejor momento de estos largos días de verano era el crepúsculo. Después del entrenamiento de la tarde tomaba un baño y una comida frugal, y recuerdo todavía aquellas noches dulces y perfumadas en que, vestido con un yukata y armado con un iaito, caminaba sobre las dunas que bordeaban el río para entrenarme con el sable, alumbrado apenas con el pálido resplandor de la luna. En momentos tales, el espíritu adquiría tal sensibilidad, tal quietud que de forma natural la mente se desapegaba de todo lo que no sea el Ser y, como dice el poeta “*la gran paz del Buda descendiendo sobre las almas inmóviles, penetraba las almas*”. Sacar el sable de la funda se convertía en tales momentos en una auténtica delicia, la sensación del tajo recto, la

precisión del impacto, el instante en que cuerpo, mente, energía y sable son una sola cosa, la luminosidad de la luna reflejada en la hoja del sable, tantas impresiones subjetivas que conducían a mi alma a la embriaguez de una felicidad sin igual.

Después de una hora de comunión con la naturaleza y sus elementos, yo salía en dirección de una pequeña montaña muy cercana y me instalaba en un pequeño claro rodeado de un arrozal y de un bosque de bambú. Entre ambos había una pequeña escalera de piedras que llevaba al templo Zen. Aquí era donde yo disfrutaba de las delicias de un ambiente extraño pero que permanecerá para siempre grabado en mi memoria. Esto quizás lleve a sonreír, pero yo estaba hechizado por el canto de miles de ranas a ritmo del croar de los sapos. Lejos de molestar mi meditación, este concierto de batracios me llevaba rápidamente al estado deseado. Enseguida dejaba de oír y con la mente apaciguada podía entrar más profundamente en los misterios de la consciencia divina.

Durante el día había otro canto que tocaba mi corazón. Era el de los insectos, grillos y cigarras. Los niños de la región se divertían atrapándolos, los metían en una caja pequeña y luego trataban de venderlos. Su cristalino sonido da a quien lo oye un sentimiento de agradable frescor, y en las ciudades uno tiene la impresión de que está en el campo. Desgraciadamente, este pequeño insecto verde es reemplazado cada vez más por unas campanillas que se cuelgan en las corrientes de aire. El papel pegado al cascabel se sacude y entonces emite un sonido suave y relajante que calma la mente y protege de los malos espíritus. El poder del sonido es muy utilizado en Japón. Del mismo modo, los arqueros hacen vibrar a menudo la cuerda de sus arcos antes de tirar con el fin de eliminar los malos espíritus, esto se llama *meigen*.

El jardín del maestro Takeuchi estaba espléndido. Unos iris de preciosos colores emergía entre un roquedal y un pequeño espacio de agua límpida en torno al cual algunos árboles sabiamente podados y un impecable y verde césped conferían al conjunto un halo de paz y armonía. El sol estaba ya bien alto cuando llegué al pequeño dojo. Supe que el maestro estaba ocupado y que no tendría tiempo que dedicarme, peor esto no me impedía trabajar. A la hora de marchar fui a saludar al maestro, que me lanzó una mirada distraída, hizo un gesto con la cabeza y sin más se sumergió de nuevo en sus escritos. Era la primera vez que se portaba de esta manera. Fue un golpe terrible para mí. Su frialdad contrastaba demasiado con el calor que siempre me había testimoniado hasta entonces. Incluso su mujer parecía distante y, aunque siempre amable y educada, la notaba distante.

¿Había cometido algún error? ¿Había mostrado falta de educación? Mi alegría se evaporó de golpe, y mi inquietud no hizo sino aumentar pues, durante más de un mes se repitió la misma escena. No pude aguantar más y tomé la decisión de ir a hablar con el maestro para saber qué es lo que no iba bien.

Habiendo terminado el *keiko* más pronto de lo previsto, tomé una ducha rápida y decidido a aclarar este misterio, pedí permiso para hablar con el maestro. No sabía como plantear la cuestión. Pero no fue necesario. Guardó tranquilamente su pincel y arregló sus papeles y luego me dio una magistral lección:

-“Es inútil hablar. ¡Te equivocas al inquietarte por las apariencias! Te he observado atentamente cada vez que has venido. Tu comportamiento ha cambiado desde el día en que dejé de prestarte atención. Tu paz te ha abandonado

frecuentemente y te has vuelto inestable y agresivo, tu mente no ha conocido descanso y tu iai ha sido el de un principiante. ¿Quieres saber la razón de todos estos conflictos y sufrimientos?”

Yo asentí con un aire tímido.

-“La razón es tu egoísmo, tu debilidad y tu intolerancia.”

Me quedé tocado en lo más profundo de mi amor propio y apenado a más no poder. Mi primera reacción fue la de intentar justificarme. Pero el maestro no me dio tiempo y me agarró de la mano con una sonrisa que parecía decir “ya sé, ya sé”.

-“Cuando digo intolerancia, egoísmo y debilidad, quede claro que hablo de los sentimientos que has tenido a mi modo de ver únicamente. Pero si miras bien lo que ha pasado en tí, te darás cuenta de que nadie es responsable sino tú mismo de ello, y que no se puede acusar a ninguna causa exterior salvo al silencio entre nosotros.

Todo esto en realidad no es más que el juego de las reacciones del ego. Egoísmo ya que tu ego se ha apropiado de mi amistad al punto de querer limitarla a ciertos comportamientos que pueden satisfacer tu necesidad de seguridad afectiva. ¿Es esto lo que se debe enseñar a un practicante de iaido? Ciertamente no, aunque el iai sea un ejercicio solitario (*tandoku renshu*) no es egocéntrico.

Tu mente se cristaliza a menudo cuando debería ser constantemente como el agua, el agua que toma la forma del recipiente en que se encuentre sin oponerle ninguna resistencia. Por el contrario, has sido como un bloque de hielo cuya forma fue la de tu propio ego, la de una relación entre tú y yo condicionada por la costumbre. Si esto hubiera continuado, el lazo que nos une se hubiera roto y no hubiera podido protegerte.

Has sido intolerante, pues muy bien pudiera haber tenido alguna razón seria para permanecer silencioso. Es una falta de intuición y de respeto decidir los sentimientos de quien te guía. Es una afrenta pues es testimoniarle una total falta de confianza. El ego no acepta ser excluido, no ser nada. Trata siempre de atraer la atención sobre él, busca siempre ser apreciado y recompensado. No quiere morir y se agarra desesperadamente a las formas y a los sentimientos que le relegan a su limitado universo.

Igualmente has sido débil, pues ¿qué te importa quien te guía? Tienes tu sable ¿no es suficiente? ¿Dónde vas a encontrar los medios para tu liberación si no es en tí mismo? Nada fuera de tu Ser tiene importancia. No busques nunca ayuda ni consuelo fuera de tu Ser o te arriesgas a quedar profundamente decepcionado. ¿Hace falta hablar de inmutabilidad cuando a la menor prueba tu mente se enturbia como una niña miedosa? ¡Nunca olvides lo que acaba de ocurrir!”

-“Gracias sensei. Estoy desolado por no haber reaccionado mejor. El apego es una cosa sutil que actúa imperceptiblemente. Me he dejado atrapar. Intentaré en lo sucesivo no actuar más con tan poca vigilancia.”

-“Es buena cosa reconocer con franqueza los errores. Es con toda seguridad un buen medio para construir un espíritu nuevo. Pero ¿porqué estar desolado? Es todavía una reacción del ego que se apiada de sí mismo. El pasado es un sueño muerto que no tiene mayor interés una vez aprendida la lección. Retoma entonces tu calma y tu sable, no cuentes sino contigo, sé indiferente a todo lo que te rodea y trabaja.”

-“Sensei, el error que se comete trae consecuencias kármicas. ¿Cómo entonces ignorar el pasado y permanecer sereno y sin inquietudes?”

-“El efecto se engendra tanto tiempo como el autor del error persiste en el mismo dejando penetrar en él un sentimiento de culpa. El gran *kami Sama* (Dios) ayuda al hombre a liberarse del sufrimiento colocándole ante el resultado de sus acciones y equilibrando sus malos actos por medio de pruebas dolorosas. Esto se denomina, como sabes, *karuma* (karma). Es como la mano que nos socorre y que despierta nuestro espíritu y nos muestra que estamos bogando a contracorriente del ritmo universal y divino.”

En esto, el maestro me hizo comprender que tenía trabajo y que debía marcharme. Esta vez quedé con el corazón no alegre pero si sereno. Comprendí con un dolor profundamente vivido la ilusión de los falsos sentimientos del ego. Estaba firmemente decidido a cortarlos hasta en sus menores raíces. Pero todo esto no era tan simple, y la lucha no había hecho más que empezar.

El ambiente de la carpintería era muy agradable. El aire estaba siempre caliente y húmedo, pero trabajaba en plena naturaleza. Nuestra ocupación de apilar planchas no tenía mayor responsabilidad y esto me daba ocasión para pensar largamente en las enseñanzas de mi amigo Sano, maestro del templo Zen, de mi profesor de kyudo, el maestro Tokuda, y del maestro Takeuchi. Nada en sus enseñanzas se oponía, por el contrario encontraba en ellas una complementariedad. Su síntesis me permitía hacer progresos en mi comprensión de entonces. Durante la hora de la siesta, en la que los obreros aprovechaban para dormir a la sombra de los mandarinos, yo prefería devorar maravillosas y apetitosas mandarinas (*mikan*). Eran gordas como naranjas, frescas, jugosas y perfumadas. La obra estaba completamente rodeada de mandarinos y esto cubría mis carencias alimentarias. Por la tarde tenía un poco de tiempo libre e iba a visitar al maestro Takeuchi.

Esta vez me recibió personalmente. Estaba excepcionalmente vestido con un kimono de verano que le iba muy bien. Dimos algunos pasos en dirección al jardín.

-“Un día muy tranquilo” dije con desenvoltura, pero me di cuenta enseguida de que de nuevo había roto el silencioso encanto del jardín.

El maestro no pareció reparar en mis palabras. Hizo un movimiento de cabeza y respondió sin apartar los ojos del tiovivo que hacían los peces rojos del estanque.

-“Un esgrimista serio que quiere progresar en su disciplina debe de ser capaz de permanecer calmado cualquiera que sea la circunstancia. Debe poder observar los peores acontecimientos sin estremecerse, oír gritos de agonía sin desfallecer, y hacer lo que debe ser hecho sin reaccionar respecto de sí mismo. Tal era la divisa de mi viejo sensei. Antes de llegar ahí hay que afanarse en mirar a la verdad de frente. Esta verdad no puede ser percibida más que si abrimos las murallas de nuestro no-yo, de nuestro cuerpo, de nuestra personalidad temporal. Si quieres alcanzar la vacuidad, empieza por observar en ti tus principales defectos con el fin de poder eliminarlos con la ayuda de tu sable. Y sobre todo no te enorgullezcas de las cualidades que puedas descubrir en ti. Haz todo lo que esté bien según tu criterio, evita todo lo que te parezca malo y conserva un corazón puro y no turbio. Esta actitud nos conduce a ser auténticos ante nosotros mismos y ante los demás, y nos permite alcanzar la calma

perfecta que nace de la indiferencia que tenemos hacia todo lo que no es el Ser.”

-“Pero sensei, la calma se rompe a menudo, pues nunca estamos seguros de hacer lo correcto, de estar en el buen camino y dudamos de alcanzar alguna vez el objetivo. En tales momentos ¿Cómo encontrar la calma de la que usted habla?”

-“Mi honorable padre, que era un fiel seguidor del Shinto y devoto de los preceptos de la secta Shinshu, ha compuesto un poema que dice así:

*“Cuando la duda llene tu corazón, ¡oh peregrino!,
toma refugio en la promesa divina.*

*Cuando la confusión llene tu espíritu, ¡oh peregrino!
toma refugio en el centro perfecto.*

*Cuando el sufrimiento viene a inundar tu cuerpo, ¡oh peregrino!
toma refugio en la armonía celeste.*

*Cuando al fin sacrifiques tu no-yo, ¡oh peregrino!
toma refugio en el vacío del Supremo Buda.”*

-“Es bonito”, dije

-“Si, a mi padre le gustaba mucho escribir, y algo me ha quedado a mí de esto. Cuando la ocasión es propicia y mi espíritu se encuentra en su sitio, algo me impulsa a escribir. Es muy rápido, justo el tiempo de un suspiro, después todo desaparece. A veces ni tengo tiempo de echar mano del material de escritura, la inspiración ya ha desaparecido. ¿Cómo van tus visualizaciones?”

Necesité algún tiempo para acordarme de que estaba allí para entrenarme:

-“Es difícil, me molesta admitir el combate aún siendo irreal. Desenvaino a tiempo y hago los tajos, pero en cuanto he terminado el *kata*, algo se revuelve en mí, incluso he pasado un período de tal desánimo y duda que llegué a pensar en abandonar las armas.”

-“Está bien, tienes que decir lo que sientes sin rodeos. Busca en lo profundo la causa de este deseo de abandonar el uso del sable, ahonda sin descanso dentro de tu mente y encuentra las causas de esta reacción. De esta manera las raíces del mal serán descubiertas.”

Diciendo esto, el maestro salió dejándome solo. Acabado el entrenamiento, yo buscaba sin éxito la causa de mi turbación. La guerra, según mi parecer, era algo malo, y la paz algo bueno. ¿Dónde puede entonces estar el problema?

Dos días más tarde tuve de nuevo la ocasión de hablar con el maestro Takeuchi. Parecía bien dispuesto. Hacía mucho calor y un gran ventilador eléctrico nos enviaba un viento tibio a la cara. La señora Takeuchi nos ofreció coca cola bien fría que acepté con placer.

-“Sensei (empiezo siempre así, nunca pude ser más directo, y además es para mí una fórmula de cortesía), siendo un practicante de artes marciales aspirante al ideal del budo, ¿no sería mejor para mí abandonar esta vía y escoger un arte más pacífico como el *shodo* o el *ikebana*?”

-“El ideal del samurai no es algo nuevo. La caballería occidental tenía, si no me equivoco, un ideal espiritual elevado, al menos en lo que concernía a una cierta élite.

La humanidad estará siempre en mayor o menor conflicto, y aún será así por muchas eras. Estos conflictos se afinarán, se volverán más sutiles, pero existirán hasta el fin de los tiempos. Siempre habrá en esto entonces un campo *yang* y un campo *yin*, y, como digo a menudo, aunque se trate de un mundo relativo e ilusorio, lo importante para el hombre no es abstenerse de participar en él, sino de realizar en él una actividad a sabiendas de que esta actividad es fugitiva como lo es el mundo en que esta actividad es ejercida.

Si el destino te lleva a estudiar artes marciales, o incluso si este mismo destino te hace convertirte en soldado, considera esto como una oportunidad y un deber. Acepta este papel como lo acepta un actor. El rol de soldado ofrece tantas ocasiones de progresar como el de un monje en un monasterio. Tú que aprecias tanto el maestro Uyeshiba, no olvides que era fundamentalmente no violento y lleno de amor, y sin embargo nunca se derrumbó ante su deber. Combatió por su país y por sus ideales, y por los que, como yo, han tenido la suerte de ver algunas de sus demostraciones, se puede afirmar que no estaba habitado por ningún sentimiento de pasividad, tibieza o sensiblería, esto porque había realizado la naturaleza del Ser y quien ha alcanzado este estado nunca más estará sujeto a desear ser esto antes que aquello o aquí antes que otra parte. Acepta plenamente su papel e intenta desempeñarlo lo más divinamente posible. Se somete a la ley que le ha hecho nacer en cierta familia y en cierto país, y se esfuerza en ser el garante de la paz y del bienestar de su familia, de sus amigos y de su país.

Quien está en el Ser, y por tanto iluminado, respeta al más alto grado las leyes de la naturaleza, y tu sabes que estas leyes pueden ser tanto constructivas como destructivas. Aquí está el juego natural del cambio sin el cual la evolución no existiría. Por su intuición e inteligencia, el iluminado se coloca siempre en el campo que corresponde al “*camino del progreso luminoso*”, como a menudo decía mi padre. El combate para un soldado es ante todo una oportunidad de luchar contra la injusticia o de defender a su país o a una idea. Es entonces necesario aceptar el lugar que es el nuestro y no contravenir la voluntad del Ser. No hay nada malo en hacer la guerra. Solamente cuando uno provoca esta guerra, cuando uno la desea, o cuando se guerrea con odio. Rechazar la guerra cuando es justa e inevitable sería tener la actitud de un cobarde que rechaza por miedo o egoísmo tomar las responsabilidades que le corresponden.”

-“¿Es entonces la guerra justificable?”

-“¡La cuestión no se plantea cuando la guerra ya está ahí! Es un proceso natural ligado al mundo de la forma y a la ley de la desintegración y del tiempo. Quien mora en el Ser no hace diferencia entre la vida y la muerte, entre un muerto y miles de muertos, incluso si está llamado a destruir una o varias formas, ningún pecado podrá manchar su alma, pues sabe que destruyendo la forma libera la vida.”

-“Me cuesta comprender el sentido de lo que usted propone. Parece sugerir que las cosas son como son y que nosotros no podemos hacer nada por cambiarlas, ¡que hay que aceptar los acontecimientos sin más! En este caso ¿dónde está el libre albedrío? ¿Dónde está el espíritu creador? ¿Para qué sirven todos mis esfuerzos?”

-“No es tan simple como eso. Nuestro sentido de los valores es diferente y

nuestro lenguaje no está equilibrado, pero, para simplificar digamos que sólo un hombre maduro espiritualmente se expresa en cierta medida por el libre albedrío y el discernimiento. Lo que llamamos independencia, libertad de pensamiento, de tomar decisiones y de elegir, todo esto forma parte de los atributos del libre arbitrio humano, una facultad que le permite actuar según su propia voluntad. Esta voluntad opera a partir de criterios basados en el conocimiento intelectual del ego, y no tiene nada que ver con la libertad divina tal como yo la entiendo.”

-“Según usted ¿podrían entonces existir dos formas de libertad?”

-“¡En efecto! Desde el momento en que la mente aparece y el hombre se vuelve inteligente, le es ofrecida la capacidad de elegir en cuanto a su manera de vivir y de pensar. Esta capacidad de elegir ha estado y está aún condicionada por la experiencia que tiene del mundo exterior, por sus tendencias profundas resultado de su pasado lejano, de afinidades o de inhibiciones o conceptos procedentes de la educación recibida, de la raza, de la edad, del sexo. Todo esto impone una restricción a lo que se llama el libre arbitrio del individuo. Y su libertad queda reducida en la misma medida en que la consciencia se identifique con este individuo.

Actuar libremente es la prerrogativa del hombre liberado de los condicionamientos, de las funciones instintivas y mentales de la naturaleza humana. Esta libertad se obtiene cuando desaparece la voluntad limitada del pequeño ego, cuando las acciones son realizadas sin ningún deseo y cuando el autor de las mismas ha desaparecido.

Cuando un hombre despierto emprende una acción, ésta es el fruto espontáneo de una voluntad divina no sometida a los razonamientos del ego. Es resultado de la búsqueda de unidad de la entidad separada con el todo, y se realiza siempre en favor de la comunidad.

Ha de hacerse lo que se debe, no lo que uno juzga que debe hacer. Aquí es donde reside parte de la dificultad para quien, sin estar definitivamente liberado del ego, ha percibido una voluntad más grande. Para tal individuo se impone poderosamente un sentido de dualidad a su consciencia de lo que se derivarán muchos conflictos ¿Debe utilizar el juicio del no-yo (el intelecto) o el impulso intuitivo del Ser? Es verdad que durante este período crítico y delicado, el estudiante necesita frecuentemente de un guía, sea bajo la forma de una escuela religiosa, de una abundante literatura o de un instructor. Para responder con más precisión a tu inquietud concerniente a la responsabilidad del soldado, he aquí lo que yo pienso: si el hombre que parte para la guerra no está iluminado y se identifica con su rol, que se cree y se siente el autor de las hazañas que va a realizar, sin ninguna duda será el ego quien recibirá la recompensa de esas proezas. Y del mismo modo será el ego quien sufrirá las *consecuencias* negativas del karma que ha engendrado matando. Este karma deberá pagarlo algún día y es lo que le atará a la tierra y le impondrá un renacimiento. El samurai instruido en la doctrina sin ego del Zen sabía todo esto. Su mente estaba inerte y el hombre sabía que este papel no era su realidad. Iba al combate y dejaba a su cuerpo combatir. El no era más que un simple testigo. Cuando sacaba su espada de la funda para abatir a uno o varios adversarios, esto ocurría tan espontáneamente como la caída de un kaki maduro de su rama. El guerrero no estaba ni agresivo, ni feliz, ni atemorizado ni con odio. No tenía ningún sentimiento en particular, salvo quizás el de ser el canal de una voluntad superior. Acabada la batalla, volvía calmadamente olvidando totalmente la escena en la que había estado, el tiempo de un relámpago, el testigo. En su corazón no subsistía ningún desconcierto, ninguna alegría de haber vencido, ningún temor de haber podido perder. Ningún pensamiento

ni sentimiento puede fluir por esta mente tan inmutable como la cuerda de *Fudo*. Está desapegado del mundo de la acción, y de este modo puede actuar libremente. Si llegas a comprender esto, entonces podrás comprender lo que se llama *iaido*.”

-“¿Es éste mi deber, sensei? ¿Mi manera de trabajar con el sable?” Pregunté.

-“Si, seguir audazmente y sin ningún temor tu propio *do* con el fin de cumplir la voluntad del Ser.”

-“Sensei, ¿Cómo estar seguros de que nuestra vía es la buena y de que subimos la pendiente del progreso? ¿Cómo saber entre miles de acciones a realizar cuáles son útiles?”

-“Escogiendo entre las acciones útiles las que consisten en fijar la atención en el Ser divino y que permiten tener una constante devoción por él. Hay que esforzarse en ver en todas las experiencias penosas o felices que el destino pone a nuestra disposición una oportunidad de progresar y el resultado de lo que nosotros somos en ese momento. En verdad nada llega por azar. Esta aceptación de vivir como un testigo de lo que nos ocurre, sin deseo de disfrutar de la experiencia y sin rechazarla si se vuelve dolorosa, hará que el ego se funda tan seguro como de que el agua funde el azúcar. Uniéndonos lo más frecuentemente posible con nuestra naturaleza divina, con la presencia de lo que somos realmente, todos los deseos, actividades, ambiciones, todo esto pierde su razón de ser, y nos volvemos capaces de poner en práctica una de las claves de la liberación, la renuncia, la renuncia de lo temporal por lo eterno, y de la muerte por la inmortalidad.”

El maestro Takeuchi pareció perderse en algún pensamiento lejano. Como guardé un obstinado silencio, levantó la cabeza y me miró fijamente con sus ojos brillantes y profundos.

-“Así como un hombre culpable debe rendirse un día u otro a la razón, del mismo modo el hombre debe darse cuenta de que la vía no puede ser encontrada más que siguiéndola, perseverando en ella diariamente, viviéndola plenamente.

Un soldado es más útil vivo que muerto, y para alcanzar un objetivo puede ser llevado a perder su libertad dejándose capturar. Este es frecuentemente un sacrificio más valeroso que el de dejarse matar en el campo de batalla. Quien busca la realización y no un propósito militar sino el Ser, debe también para lograr su objetivo rendirse, abdicar y dejarse atrapar por el enemigo, pues para él el verdadero enemigo es el ego. Para vivir en la realidad necesita abandonar todos sus deseos. Para no ser más un esclavo de la consciencia egocéntrica, necesita soltarse de sí mismo y convertirse en “esto” de una vez por todas.

La naturaleza humana desea demasiadas cosas. Siempre quiere más y se olvida de ser. Uno adquiere el derecho a todas esas cosas del mundo cuando se ha librado del deseo de poseerlas. Sólo librándose de los deseos el hombre podrá actuar libremente, pues entonces ya no es el autor de sus actos. Esto se llama en nuestra filosofía EL ARTE DEL NO-ACTUAR.”

-“Creo haber comprendido, sensei. Sin embargo ¿se puede decir que el fin justifica los medios? ¿Matar siempre será un acto contra natura, incluso si se hace libremente en la naturaleza sin intervención de los hombres! ¿No es preferible dar la espalda al combate y educar a los demás por la no-violencia y el amor?”

-“La finalidad de una acción necesita encontrar los medios para realizarla. Lo importante no es tanto escoger los medios que la finalidad en sí misma. Es necesario encontrar el justo motivo que impulsa a la acción. Cuando se ha descubierto, nace de manera completamente natural el justo medio que permite cumplir la acción justa, y este medio es lo que diferencia al hombre valeroso, leal y bueno del hombre cobarde, falso y malo. Los medios para cumplir nuestras acciones están en función del grado de integración del individuo, de la fusión entre *shin* y *bodai*. Para algunos, los medios están en función de sus deseos, para otros los medios están sometidos al control de la ética, para el iluminado el problema no se plantea, pues él no es el autor del acto, los medios empleados son automáticamente los mejores pues están determinados por la inteligencia iluminada e intuitiva del Ser.

Guardas aún en ti el deseo de escoger una vía antes que otra, sin embargo la que ya has escogido, y que se ha escogida ella misma hace tiempo, se revela como la mejor para tus progresos personales. Es una trampa del ego que obstinadamente trata siempre de dar la espalda a sus obligaciones, o sea a beneficiarse del resultado de sus actos. En cuanto al deseo de instruir a tus compañeros de camino... ¿el ciego puede instruir eficazmente a otros ciegos? ¿El universo es diferente del Ser? ¿Y el universo te ha escogido para instruir al mundo? He aquí de nuevo al ego, esta vez identificado con un nuevo personaje, ¡el del instructor!...

Retoma tu sable, y dices bien que el arte del sable puede convertirse, si el motivo es válido, en un medio de instruir a tus compañeros mucho más eficazmente que todos los libros juntos. El arte del iaido es uno de los medios de los que acabamos de hablar. Tu, que utilizas este arte, debes convertirte en un simple instrumento de la consciencia del Ser. Si tu motivo es el de librarte de tu ignorancia, el sable será el medio más eficaz para hacerlo, y la recompensa será el despertar.”

-“Sensei, ¿no hay un peligro? ¡Todo el mundo podría matar y pretender que no es sino el instrumento del destino o del Ser!”

Con una sonrisa paciente, el maestro pidió a su mujer que nos sirviera una bebida fresca. Después respondió lentamente, como para marcar bien los puntos esenciales de la doctrina:

-“Según tu punto de vista ¿quién pretende tal cosa?”

-“¡El soldado!”

-“Muy justo. Ahora bien, en este momento te estoy hablando de ser un instrumento, sin más. Qué importa lo que pretenda el ego. En el ser se encuentra la justificación de todos los actos. Sobre todo no hay que confundir las justificaciones del ego y la realización del Ser. En lo que concierne a quienes, creyéndose algo diferente del Ser, se imaginan ser los autores de calamidades o de actos heroicos de guerra, se puede afirmar que, al no estar en estado de abandono al Ser, actúan desde su personalidad temporal con sentimientos egoístas y separadores. Tienen deseo de vencer, sienten odio hacia el enemigo, orgullo cuando ganan y amargura y frustraciones cuando pierden. ¡Con tales sentimientos, el soldado haría bien en abandonar inmediatamente el campo de batalla, pues te seguro que ya esta muerto, aunque regrese vivo!”

-“Sensei, ¿Existe un medio para el soldado o para el hombre moderno

comprometido con la vía para poder actuar, sin que se trate de matar, lo que es un caso extremo, sin incurrir sistemáticamente en la ley kármica? En una palabra ¿Se puede actuar sin engendrar efectos? Pienso también en la visualización que usted me ha aconsejado practicar durante el *keiko*. ¡Yo también hiero y mato aunque no sea más que con el pensamiento! Sabiendo que el pensamiento engendra efectos idénticos a los actos físicos ¿Soy igualmente culpable y kármicamente condenado a sufrir los efectos de ello?”.

-“En lo que concierne a tu práctica, no, por el simple hecho del débil poder de tu visualización. Tus imágenes no tienen bastante realidad para engendrar en ti sentimientos sean cuales sean. Sin embargo, en el campo de batalla de la vida cotidiana, que, entre nosotros, no es más real, todos los actos vuelven bajo forma de ondas positivas o negativas a quien los ha engendrado, es decir, al individuo, al ego, al no-ser. Para no convertirse en el receptáculo de estos efectos es necesario que la consciencia quede completamente libre del deseo de disfrutar de recompensa alguna por la acción que emprende. Desea el fruto de tu acto y te conviertes inmediatamente en esclavo de ese deseo. Renuncia a ese fruto y estarás salvado. Al no estar el ego para recibir la recompensa ¿sobre quién iban a poder actuar los efectos? Esta era una regla fundamental entre los samuráis budistas. E igualmente lo es en el iaido y sobre todo en el kendo en el que permanece en segundo plano de la mente el viejo espectro de la victoria. El espíritu competitivo es un veneno. En el bujutsu esta regla se traduce en el estado de no-mente (*mushin*). Esto puede estar condicionado por el tiempo y no ser utilizado más que durante el corto tiempo de un combate. En el budo, por el contrario, es una actitud de cada instante. Si tal actitud es seguida verdaderamente, el resultado (no deseado) será una victoria sobre el ser relativo, sobre la ignorancia y sobre la muerte. Es la victoria de la Vía Única que nunca ha dejado de ser y que retoma la corriente de su eternidad infinita.”

El maestro Takeuchi cerró los ojos y, meditativo, permaneció silencioso durante varios minutos. Yo no tenía más preguntas. Necesitaba en lo sucesivo meditar sobre estas enseñanzas y después integrarlas en mis disciplinas. Ahora me era posible aceptar todas las experiencias de la vida sin ningún temor, e incluso aceptar los combates libres (*ju kumité*) que imponía la práctica del karate, así como los concursos de tiro con arco que tanto me indisponían en un arte tan religioso. Podía al fin vivir y actuar plenamente sin este sentimiento restrictivo del ego.

A partir de este momento hice progresos reales en diferentes dominios, sobre todo en la obtención de una mente apaciguada.

No habían llegado aún las vacaciones. Había encontrado otro trabajo en las afueras de Shizuoka gracias a un amigo bien situado. Me habían aceptado dos mañanas por semana en una fábrica (*marunaka*) donde me iniciaron en el montaje de piezas de máquinas agrícolas. Un arreglo excepcional con el patrón me permitía continuar mi entrenamiento. Por las mañanas era siempre el mismo ritual, la misma música rítmica se difundía tanto en la fábrica como en las escuelas o en todos los hogares. Para todo el mundo de tres a ochenta años había un cuarto de hora de cultura física, y todos estaban obligados a participar. Después el patrón daba una pequeña charla al personal para informarles sobre los resultados obtenidos por los trabajadores de la fábrica. Acababa siempre con buenos consejos que se resumían así: “Se puede hacer mejor, hay que ser más competitivos y más eficaces”.

Ser competitivo, ésta es hoy la palabra clave de todas las políticas económicas de Europa o de Asia. Ser competitivo es engendrar en los empleados el deseo de superar sin cesar un ritmo normal con el fin de acceder a un mejor tren de vida. De esto los patrones entienden mucho, incentivan con primas y ventajas diversas, chantajes en cierto modo. Lo inquietante es que no parece haber límites en esta competición desenfrenada. Como el cáncer o el sida, la competitividad se extiende irreversiblemente por todos los países llamados modernos, y esta nube de veneno mortal consume lenta pero inexorablemente nuestra gran civilización. Japón está bien metido en este proceso, y su autodestrucción se nota en la epidemia de suicidios resultado de la decadencia de las virtudes morales. Esto irá en aumento si no se tienen en cuenta las grandes leyes espirituales, de calidad de vida y de los verdaderos valores que son menos poseer y más compartir.

Trabajar para producir un resultado indispensable para la elaboración de una mejor sociedad es buena cosa en sí, sin la cual la belleza, la imaginación creadora, el valor y todas las virtudes que el hombre debe desarrollar en sí mismo no existirían. El mundo terrestre, las sociedades y las civilizaciones son, después de todo, los medios más eficaces para la toma de consciencia. Desgraciadamente, hoy día se toman estos medios como el fin último de la existencia. Buscar la felicidad en el dinero, el lujo, la apariencias, entraña la necesidad de producir más y más, y cada vez más deprisa, lo que da lugar a unas bien conocidas condiciones de aceleración insensata de producción de toda una gama de artículos inútiles en provecho de unos pocos con inmensas fortunas. El mecanismo está en marcha y será necesario frenarlo un día si queremos evitar una catástrofe sin precedentes.

Como muchos otros amantes del verdadero budo, he leído *Gorin no sho* de Mushashi. En la introducción de la obra se dice que hombres de negocios japoneses y grandes industriales dominan el comercio internacional aplicando los principios de la estrategia de Mushashi. Esto prueba una vez más que los medios son neutros y que pueden ser diferentemente utilizados. Un sable puede matar o proteger a una sociedad, puede servir o esclavizar, todo depende de la mentalidad de quien lo utilice. Por esta razón el espíritu tiene necesariamente más valor e importancia que las formas materiales, por muy atractivas que éstas sean.

Así, según la consciencia que la dirija, la ciencia puede ser liberadora o destructiva. Cada uno tiene que definir lo que prefiere y colocarse en un lado o en el otro. El mal, dice el maestro Takeuchi, es la focalización de la consciencia fuera del centro. La ilusión nos ofrece entonces dos mundos yuxtapuestos. El que emana del Ser y el que parece emanar del no-ser. El uno es observado en uno mismo y el otro fuera de uno mismo. Aquí se encuentra la raíz de la ilusión, pues no existe di derecho ni revés, ni mundo sagrado ni mundo profano. Para salir de este círculo infernal hay que indagar quien es la víctima de esta ilusión, y estaremos inmediatamente seguros de verla desaparecer. Tal era la vía enseñada por nuestro bienamado maestro.

Como ya he dicho varias veces, he tenido pocas ocasiones de encontrarme con el maestro Takeuchi en otro sitio que no sea en su pequeña casa, y tengo pocas anécdotas que contar sobre su personalidad. Sin embargo hay una que quisiera relatar aquí, pues demuestra bien a las claras que, si bien el maestro no era un gran teórico de la filosofía en general (creo yo), había alcanzado un nivel bastante excepcional de realización personal que me demostraba sobre el terreno lo que se llama generalmente el dominio de sí mismo.

El suceso ocurrió un día que, después de llegar a la estación de Shimizu, me dirigía a la casa del maestro para mi entrenamiento habitual. Vi al maestro de lejos, iba vestido con un pantalón y una chaqueta de tela ligera de color beige. Llevaba en su cabeza un sombrero de paja que le daba aspecto de jardinero. Estaba tranquilamente regando los arbustos por encima de un muro bajo. Se encontraba en la acera de la izquierda respecto de mí. De pronto oí un chirrido de frenos y un coche se salió de la carretera frente a mí, en el lado donde estaba el maestro. Por una razón que ignoraba, el coche hizo un giro repentino y se dirigió hacia el lugar en que estaba el maestro. Se enderezó en el último momento, pero el ala delantera derecha se dirigía de lleno hacia la espalda del maestro. Me encontraba demasiado lejos para avisarle, y la cosa pasó tan rápidamente que no tuve la necesaria presencia de espíritu para hacerlo. Vi que el maestro, con la regadera en la mano, dar un salto y esquivar por un pelo al endiablado bólido que continuó su carrera evitándome lo justo. Siempre me acordaré de esta visión. El maestro había dado un salto sin mirar lo que estaba pasando. Lanzó una rápida ojeada y continuó con lo que no había dejado de hacer, regar sus pequeños arbustos. Cuando, después de este susto, llegué cerca de él dando bufidos, lo encontré con la misma calma y la misma sonrisa de siempre. Nada había cambiado en él. El Ser había percibido el peligro y había puesto al cuerpo a salvo. ¿Porqué hacer un drama? Nunca comentamos este suceso, pero su mujer, varias veces después del incidente, mencionó otros casos que probaban la realización del maestro. No tenía ninguna duda de que había alcanzado el estado de MUNEN MUSO, y podía actuar con calma ante los mayores peligros. Este día fue para mí el de una lección prodigiosa de la que guardo un recuerdo imborrable.

Ese año tuve la ocasión de viajar junto a unos amigos al sur de Japón en una visita que incluía Kyushu y Shikoku. Esto me dio ocasión de ir a recogerme en el lugar de nacimiento de *Kukai*, el fundador de la escuela Shingon, y de ver de cerca el gran volcán Aso, siempre en erupción.

Fue un excepcional viaje por regiones todavía vírgenes (o casi) de vandalismo turístico. A mi regreso me apresuré a volver al dojo donde el maestro Takeuchi y su esposa me acogieron con alegría no disimulada. Después de haberles hablado del viaje, el maestro decidió que había que ponerse a trabajar, las vacaciones no debían hacernos olvidar lo esencial. Y retomamos el ritmo a base de bien. Esta vez, el maestro insistió menos en como desenfundar que en el corte. Me rectificaba sin cesar el filo para respetar al milímetro las líneas de corte. Se guiaba del sonido que emitía la hoja del sable para hacerme las correcciones pertinentes. *Kiritsuke*, la acción de cortar, me decía, es importante. ¡Golpear en el vacío no tiene ningún efecto!

Y de nuevo recibía toda una pléyade de consejos que no toleraba que olvidase.

-“Mete los pulgares hacia el interior en el momento del impacto, lanza la hoja con todo tu cuerpo y no sólo con los brazos. Deja venir el impulso del tanden. Hay que estar siempre muy relajado salvo en el momento de cortar, en ese momento toda tu concentración tiene que estar fija en la punta del sable. Más tarde retomarás la sensación de unidad sable, kiai y cuerpo.”

De nuevo era la prueba de los “*damé*”, de las amonestaciones frías e incisivas, de los “otra vez”inacabables.

-“Rigor, disciplina, firmeza, esto es lo que se necesita para tener éxito, no flaquees, corta, corta, corta una vez más”.

Estaba otra vez inundado de pies a cabeza. Hacía todavía mucho calor, y el dedo gordo de uno de mis pies, al que obligué a hacer contorsiones de yoga, me enviaba oleadas de un dolor lacerante. Aliento corto y la garganta en fuego, me sentía al borde del desvanecimiento cuando el maestro Takeuchi anunció fríamente: “Basta por hoy, ve a prepararte”.

Este programa siguió en los días siguientes. Me parecía que estaba pasando un test, y resistía lo mejor que podía. Pero a veces perdía por completo las ganas de entrenar. Sabía de sobra que las otras disciplinas me agotaban, que el calor y una comida mal equilibrada no arreglaban nada, pero él continuaba con su ritmo infernal sin flaquear lo más mínimo. Nuestras charlas se espaciaron y nuevamente me sentí abandonado y desanimado, pero sin olvidar sin embargo la lección recibida precedentemente, de suerte que, exteriormente, yo permanecía marmóreo e impasible. Una vez, después de un merecido descanso, me atreví a pedirle consejos acerca de la manera de practicar el ken jutsu. Me explicó entonces la manera de ser uno con el otro, de controlar su ki, su mente, de pegarse literalmente a él. Cuando esto se logra, los pensamientos del compañero son fácilmente perceptibles. Si él avanza, algo en ti retrocede el mismo paso, el espacio que te separa de él queda entonces anulado. Insistió igualmente en el desarrollo y la utilización de *kan*, la intuición, gracias a la cual la percepción psíquica puede trascender el tiempo y la percepción relativa de los cinco sentidos. Por medio de esta intuición se puede sentir lo que en el compañero está lleno o vacío.

-“Es difícil, afirmó, ver esto cuando se trata de dos expertos de sable. La observación puede ser objetiva en un primer momento. Se pueden detectar en el compañero, sobre todo cuando adopta ciertas posturas de guardia, dónde se encuentran en él los puntos vacíos o llenos. Por ejemplo, en la postura llamada *o-gasumi*, que es un ataque de abajo arriba tiene por efecto que siga un retroceso del compañero. En esta postura, el cuerpo está ligeramente tendido hacia delante y la pierna izquierda lleva más peso que la derecha dirigida hacia atrás. En este caso se puede observar que la pierna izquierda está llena y la otra vacía. En otras posturas como *idali gyaku gadan kamae*, el ken se sostiene con la mano derecha únicamente, aquí no se necesita ninguna sutilidad, se sabe dónde está la mano vacía. Pero no siempre es así de fácil. Tomemos la postura clásica en la que el ken se sostiene con las dos manos delante, con la punta dirigida hacia la garganta del adversario, es *seigan kamae*. En esta postura, la mano izquierda está llena y la otra vacía. En el momento del ataque, mientras el ken sube, se da la situación inversa, y en el momento del ataque, las dos manos están llenas. La observación atenta de la posición de la cabeza o del cuerpo nos puede indicar de forma útil la zona débil resultante de las tensiones *yang* o *yin* que sufre el cuerpo en el curso de la acción. Pero existen otros niveles más sutiles, especialmente cuando lo que está lleno o vacío es la mente. A este nivel, la observación es perfectamente inútil. Todo ocurre fuera del tiempo, y sólo *kan*, la intuición, puede servirnos, de aquí la necesidad de impedir que *shin* se interponga entre tu espíritu y el de tu adversario. Esto se llama *SHINGAN*, la percepción intuitiva.”

En otra ocasión, estábamos en el jardín observando una magnífica mariposa negra que se alimentaba del polen de una flor. El maestro Takeuchi me hizo notar que

también nosotros podríamos nutrirnos de los favores de la naturaleza, en especial del *ki*, que es su misma esencia.

Me explicó que, además de a través de la bebida, la comida y la respiración, también se puede hacer penetrar el *ki* en nuestro cuerpo mentalmente. Se sentó en la hierba delante de un manojo de flores, cerró los ojos e hizo mentalmente el esfuerzo de voluntad de aspirar y de impregnarse de las radiaciones de *ki* que emanaban de las flores. En un caso de enfermedad grave, o de simple debilidad, se puede del mismo modo aspirar la energía de un pino sobre el que aplicamos las manos abiertas. Cuando uno toma un baño en una fuente termal (*onsen*), además de la acción natural del agua, es bueno aspirar por la piel su magnetismo (*jiki*). Lo mismo cabe decir de los baños de mar o de sol. Me explicó que ciertos monjes taoístas practicaban un rito análogo que consistía en exponerse a la luz de la luna para aspirar todo su poder. Esto tenía lugar durante los tres días del ciclo lunar entre el 14º y el 16º y de 23 horas a la 1 de la madrugada. Esta manera de aspirar energía para beneficio de la salud puede también utilizarse contra un adversario para desvitalizarle.

El maestro Takeuchi era un pozo de conocimientos y yo nunca me hartaba de sus explicaciones a menudo a través de imágenes. Un día, en el pequeño dojo, me explicó que el rigor y la disciplina severa, la potencia y el dinamismo no tenían nada que ver con la violencia. Y me recitó entonces estos versos de Lao Tsé que conocía de memoria:

*Un verdadero guerrero no es belicoso
Un verdadero luchador no es violento
Un verdadero vencedor evita el combate
Un verdadero jefe permanece humilde ante sus hombres.*

-“¡Presta atención a tus menores pensamientos, así como a tus menores actos! Actúa de manera que ningún mal humor ni reacción afectiva vaya a perjudicar a tus semejantes. La violencia se basa en el egoísmo y en una actitud egotica, la no-violencia expresa la vía del que realiza en su corazón el sentido innato de la interdependencia entre todos los seres, el sentido de no-separación entre el Ser y los otros Seres, entre la propia vida y todas las demás formas de vida.

¡La no-violencia de nuestros pensamientos debe manifestarse en nuestra manera de hablar, de comunicarnos con nuestro prójimo, de explicar o de amar y guardar el silencio! El lenguaje mesurado es la señal de quien ignora la violencia mental, y sin esta medida el verbo que se manifiesta a través del *kiai* no tendrá más poder que el de gritar en vano la propia desesperación. La no-violencia de pensamiento se expresa por pensamientos justos, pues está basada en un amor inteligente. La no-violencia emotiva se manifiesta después de largos períodos de disciplina severa, de purificación (*misogi*) y de un control absoluto sobre los deseos del cuerpo. Esta forma de no-violencia consiste en convertirse en un perfecto canal de amor hacia los demás. El Ser y el amor solo son palabras, en realidad son una sola y la misma cosa.

La no-violencia de los actos confiere equilibrio y armonía, es lo que da al esgrimista la habilidad en medio del fuego de la acción. Está basada esencialmente en la comprensión y la inteligencia de la ley divina que incluye las leyes de la naturaleza.

Sin embargo, y debes saber esto, la no-violencia nunca es resultado de ninguna clase de debilidad. Nace naturalmente en el corazón de aquel que vive en la

eternidad, de quien se expresa no a través de una mente individualista sino con una personalidad integrada y espiritual. No se puede estar desapegado de las reacciones emotivas del ego mientras que los otros susciten en nosotros reacciones de la misma naturaleza. Para alcanzar *mushin* hay que empezar por preparar la mente para la no-violencia frente a todo lo que nos rodea. ¡Un hombre violento jamás será un buen esgrimista, lo mismo que un árbol de kakis nunca va a dar mandarinas!”

¡Comienzos de julio! Día del festival de las estrellas (*tanabata*). Esta fiesta tiene origen chino como muchas otras tradiciones. Se trata de una bella historia de amor entre dos estrellas que se reencuentran cada año. Vega es la chica y Altair el muchacho. Desgraciadamente esta unión no se hace sin dificultad y sus encuentros no pueden tener lugar más que una vez al año. Esta historia muestra bien lo difícil que es reunir las fuerzas complementarias yin y yang. En todo Japón se encuentran símbolos que evocan esta eterna dualidad, por ejemplo el célebre matrimonio divino del shinto Izanagi e Izanami del que nacieron las innumerables islas japonesas.

A esta búsqueda de la unión entre yang y yin en Budo se denomina *musubi*. Es uno de los puntos más importantes en todas las disciplinas que se dirigen a la reintegración del ser en su realidad. Esta teoría del YIN-YANG ha obsesionado hasta tal punto (¡y no es para menos!) a los sacerdotes japoneses que hasta se ha aplicado a los kanjis que forman los nombres. Las cifras pares simbolizan las fuerzas yin y las impares las fuerzas yang. Estas dos fuerzas están en el fundamento de los conflictos y de los sufrimientos del género humano, pero también es un medio indispensable para separar la luz de las tinieblas. Yo preferiría ver en esta bella leyenda celesta el principio del hombre y de su Ser, de su posible unión al final del gran ciclo anual. Tras cada leyenda se esconde siempre una gran ley.

Al amanecer de este día festivo fui a ver al maestro Takeuchi. Nuestra conversación, sin banalidades, trató sobre el tema de las hojas de sable. Poseía el maestro algunos sables de hojas muy bonitas, que me dejó ver con todas las precauciones que la ocasión imponía. Desmontó una que había pertenecido a un reputado esgrimista y que había heredado de un tío; llevaba el *mei*, la firma del forjador. El maestro aprovechó para detallarme las diferentes partes del sable y su significado.

-“En primer lugar está el pomo (*kashira*), que se encuentra muy a menudo cerca del cuerpo. Es el símbolo del vientre, de la tierra, de la raíz del sable y de la fuerza. El 4 es su número.

Después viene la empuñadura (*tsuka*). Representa lo que puede ser asido concretamente. Es la personalidad a la cual uno tiende y a la que uno se ”engancha”. Es una realidad objetiva y temporal que será necesario abandonar con el fin de alcanzar una realidad libre de toda atadura. Por lo demás, cuando uno adquiere habilidad en la práctica que consiste en desenfundar y enfundar el sable, la hoja no toca nunca el borde de la funda y las manos apenas sienten la funda y la empuñadura. Esto muestra que uno ha alcanzado un cierto grado de desapego. El 2 es su número simbólico.

El tercer elemento es la guarda (*tsuba*). Está ahí para proteger la mano de los golpes del adversario. Simboliza también la dualidad que existe todavía entre agresor y agredido. En la mente del esgrimista, la guarda se identifica con el deber moral. Es la indispensable protección que preserva la vida de nuestro no-ser del que será

necesario un día liberarse. Protege, pero también limita. Así, algunas escuelas de ken utilizan un sable de madera (*bokkuto*) sin guarda. Ahora observa bien el *katana*: la guarda separa el sable en dos partes:

1. La parte que sostiene el samurai y que, en definitiva, le representa.
2. La hoja, que es su contrapartida espiritual.

Vayamos a la hoja. Tenemos en primer lugar el lomo (*muné*), es el principio opuesto al filo. En la escuela Shingon, este principio se denomina *ri*, la razón innata que representa todo lo que es humano, es el modo de la matriz, pero esta razón innata no puede ser asida ni conocida sin la ayuda del principio *chi*, el conocimiento, que, claro está, se encuentra en el lado opuesto representado por el filo (*ha*), símbolo de precisión y de concentración. El ego es definitivamente vencido por la adquisición de este verdadero conocimiento. *Chi* es entonces, por contraste, el mundo espiritual de los budas, es decir, el mundo de los hombres que han despertado a su Ser y que, de alguna manera se han convertido en Budas o Bodhisattvas.

Ri, la razón innata, tiene entonces necesidad de chi, el conocimiento, tan seguro como que el conocimiento no puede ser alcanzado sin el conocedor. Estos dos principios son inseparables, y a esto se llama RICHÍ, la unidad de los dos grandes principios, que está simbólicamente representada por la línea de la acanaladura (*shinogi*) que se encuentra entre estos dos opuestos con el fin de equilibrarlos y de demostrar lo ilusorio de la creencia en dos mundos separados, el material y el espiritual.

La hoja, en su acabada totalidad, es tan pura como un espejo. Y por esto mismo se identifica con el *yata no kagami*, el espejo sagrado de Ise en el que se encuentra el vacío absoluto de la esencia del gran Kami. Este espejo refleja la naturaleza vacía del pequeño ego. Para alcanzar este grado de belleza y de pureza, los forjadores iniciados invocan al Kami del mineral mismo. Por eso algunos *katana* eran considerados “*kami*” (dios).

Finalmente tenemos el *kissaki* que constituye la punta de la hoja. Se dice que su largura corresponde a la distancia que separa el ombligo del *seika*. En la punta del sable es donde se proyecta la consciencia del esgrimista. Ahí se encuentra el alma del sable, su *tamashii*, que desarrolla y protege la vida. En este lugar sagrado es donde se debe transmutar la mente que analiza la acción en una no-mente representada por el *kissaki*, la punta, el espíritu único en el que convergen los diferentes elementos de la hoja para constituir la imagen de la perfecta unidad.”

-“Sensei, en la religión Shinto existen tres tesoros venerables para todos los japoneses. La espada tiene una gran importancia, así como el espejo del que acaba usted de hablar. ¿Qué hay de la joya, el tercer elemento del tesoro?”

-“Entramos ya en un tema que se sale un poco de nuestra actual conversación. Se podría decir que esto forma parte de enseñanzas muy secretas del Shinto ortodoxo. Sólo te hablaré de lo esencial.

La espada sagrada representa el rayo, el fuego del cielo. Este principio en el hombre es la voluntad que debe utilizar para vencer todos los obstáculos. La divinidad que esta espada representa no puede ser desvelada, pero la he sustituido por *Fudo*

Myoo, que encarna perfectamente el principio.

El espejo divino representa el sol, y su divinidad, claro está, es *Amaterasu no kami*. En el hombre este principio corresponde al amor, sin el cual la voluntad por sí misma nada podría. La voluntad rompe con las formas antiguas y superadas, el amor crea nuevas formas.

La joya, a su vez, representa a la luna, y su divinidad es *Marishiten* a la que muchos esgrimistas hacen gran devoción. El principio de *Marishi ten* en el ser humano es la inteligencia. La guía del hombre en su sendero. Por medio de estos tres principios superiores, voluntad, amor e inteligencia se puede realizar a Dios y conquistar el Ser.”

El maestro Takeuchi había tenido la gentileza de escribir ulteriormente esta enseñanza que he hecho traducir al francés.

Entrenamientos y conversaciones habían tomado un ritmo bastante duro. Aquel día durante nuestra entrevista relacioné el arquero que trata de unir a su arco que es una representación de la divinidad *Kannon*, con el esgrimista que utiliza el sable de la misma manera. La cuestión estaba en saber qué divinidad representaba el sable. He aquí la respuesta del maestro:

-“Como ya te he dicho, la forma del sable puede identificarse con *Fudo Myoo*. Sin embargo ciertos amigos míos no budistas prefieren hablar de la unión de vida a vida. En el shintoísmo, todas las formas de la naturaleza tienen un alma viva. Cada forma es así la morada de un *kami*, que se llama también un *ten*. Esta vida tiene su propia individualidad y es responsable de la forma que crea y anima. Los *kami* tienen una evolución paralela a la de los seres humanos y se los debe respetar por medio de la forma que tienen, una corriente de agua, una montaña, un *onsen*, una flor, un pájaro, el viento, el sol o el hombre, todos tenemos en nosotros un *kami*. Cuando el forjador trabaja con la hoja de un sable, busca siempre por medio de la oración y la purificación ponerse en contacto con el o los *kami* del mineral para que les indique o ayude a encontrar uno de buena calidad. Recurre también al *kami* del fuego con el que ha de trabajar su mineral. Después llama al *suijin*, el *kami* del agua, y finalmente al *kami* del aire para activar el fuego.

Para llamar también a los *kami* constructores de la naturaleza, el forjador, iniciado en los ritos secretos del Shinto, debe invocar a su propio *kami* (su Ser), pues es por él y sólo por él que el contacto puede establecerse. Las *norō* o sacerdotisas de Okinawa, o las *rei-dai*, son mujeres médico cuyo rol es precisamente el de dialogar con las jerarquías de los *kami*. El contacto se llama *kamigakari*. Se manifiesta por una inspiración de origen divino, por la llegada a la conciencia de conocimientos muy concretos que pueden ser relativos al tiempo que la hoja de sable ha de estar en remojo, o sobre los diferentes materiales a utilizar para conseguir un buen acero.

Una vez acabado, el *katana* se convierte en un objeto vivo, animado por un *kami* protector formado por el conjunto de fuerzas que fueron invocadas en el momento de la construcción del sable. El ideal del esgrimista es entonces unir su propio *kami* al *kami* de la espada, de ahí el respeto y el amor que profesaban los samurai a ciertos sables.”

-“Veo lógico que dos *kami* se unan si son de la misma naturaleza. ¿Pero cómo puede ser esto tratándose de un arma?”

-“Existen correspondencias entre todos los órdenes de la vida, y en concreto entre las personas y las cosas, por medio de estas correspondencias pueden establecerse ciertas ciencias de unión. En iai este medio viene del hecho de que los elementos materiales que componen el sable se encuentran en la estructura del hombre mismo. ¿De qué se compone un *katana*? De cuatro reinos de la naturaleza, a saber: el reino mineral, el reino vegetal, el reino animal y el reino humano. Encontramos el primero en la hoja del sable, el segundo en la guarda, bajo la seda, el tercero en la piel de raya o de tiburón que adorna la guarda y el cuarto en el *kami* del sable cuya naturaleza es idéntica a la del samurai. De esta manera se hace posible una verdadera identificación.”

-“Entonces si los dos *kami* son idénticos, yo no soy mejor que un simple objeto, aunque sea el sable de samurai ¿no?”

El maestro rompe a reír ante esta ocurrencia.

-“No, el *kami* de los elementos es idéntico, pero el hombre posee además un *kami* superior que no tiene nada que ver con su cuerpo sino con su espíritu. Por medio de éste se transmuta y transfigura aquél.”

Di calurosamente las gracias al maestro Takeuchi, quien me concedió un merecido descanso, pues ya se había hecho tarde. Antes de marcharme, le pedí permiso para venir los tres días siguientes, pues, excepcionalmente, los tenía libres. Aceptó con una sonrisa.

A la mañana siguiente, la ceremonia del saludo al sable fue, por supuesto, muy diferente. Ya no veía al sable como un simple medio sino como a un amigo vivo e inteligente. Era una mezcla de sentimiento de respeto y de veneración. No puedo poner en palabras esta sensación, pues sólo quienes han trabajado con un auténtico *katana* (y con este estado de espíritu) pueden comprenderlo.

El maestro Takeuchi apareció apenas vestido con un paño de algodón blanco alrededor de las caderas, a la manera hinduista. El interior del dojo estaba tan caliente como un horno, y yo sudaba por todos los poros de mi cuerpo. El maestro se sentó en un cojín de paja de arroz trenzada y me observaba atentamente, con una gran vigilancia, pero sin que lo pareciera. Su mirada, feliz y pensativa, contemplaba la belleza del jardín. Yo no me fiaba un pelo, pues el menor error era registrado y comentado al momento. Los progresos eran visibles, pues me era imposible relajar mi vigilancia. El movimiento en el que tenía que trabajar sin descanso era el más duro de todos: *Nuki uchi no ken*. Este movimiento es una esquiva a un ataque a las rodillas. Tenía que saltar y al mismo tiempo desenvainar y cortar antes de caer de nuevo al suelo. Me sentía como un bloque de plomo que pesaba irremisiblemente hacia el suelo. Nunca me había resultado tan penoso despegarme de esta buena y vieja tierra. Viendo que estaba al límite, el maestro tuvo la gentileza de hacerme salir al césped.

-“No hay que hacerlo por costumbre, pero será mejor si quieres continuar por la tarde.”

Hubiera querido pedir algo de beber, pero sabía que tenía que haberlo dicho antes. Así que mis saltos eran cada vez más cortos. El cansancio se hizo tal que en un momento dado perdí el equilibrio y estuve a punto de caer de costado. El maestro aprovechó este momento para invitarme a descansar. Una ducha fría, un ventilador y una coca-cola me pusieron rápidamente de nuevo en pie. Después de media hora de silencio apacible, el maestro miró su reloj y sonrió. Yo comprendí. El entrenamiento continuaba con otras formas de *kata*.

Reconozco que el maestro era el más duro de todos los profesores que tuve en Japón. Pero él decía: "El menor error puede ser fatal". En ken jutsu, después de algunos años de entrenamiento, los golpes se dan a una velocidad increíble, y se dan con el máximo realismo. El menor retraso, la menor distracción equivalen al accidente, por no decir al drama. En la vida, decía, pasa lo mismo.

- "Si uno quiere alcanzar el estado de no-ego, debe reducir al más estricto mínimo sus pensamientos y sus actos, no hacer ni decir más que lo esencial, evitar todo gasto inútil de energía, permanecer tranquilo y sentir constantemente la presencia del Ser. La vida de un esgrimista es una vida de sacrificio y de abnegación. Por esto no puede permitirse ninguna debilidad, comer y beber sobriamente, hablar poco, mantenerse erguido, permanecer en calma y estar siempre presente. El iai y el ken son los dos poderosos brazos que reman para llevar la embarcación a buen puerto. El iaido es la unidad del espíritu y de movimiento, el kendo es la inmovilidad del espíritu en este movimiento. El arte del sable es ante todo el arte de encontrarse a uno mismo, no puede haber otra definición."

- "Sensei, se dice a veces que desde que el *do* se introdujo en el *bujutsu*, el arte marcial se convirtió simplemente en un arte ¿De qué se trata exactamente?"

- "La palabra japonesa *geijutsu* se traduce como "art" en inglés, palabra compuesta por tres letras. A, asociada a la palabra "ai" - amor, y a "agameru" que quiere decir venerado. R se asocia a "rei", la ceremonia, y a "reiko" que significa práctica rigurosa. T se asocia a "tameshii", el espíritu. El arte (del sable) significa entonces algo que nos permite alcanzar el espíritu utilizando la ceremonia y las prácticas rigurosas con la intención de venerar al Ser y realizar el sentido profundo del amor. ¿Ves alguna diferencia ahora entre el "do" y el "geijutsu"?"

No tenía nada que responder. Sonreí al maestro, me incliné y me despedí.

Cuando volví a la mañana siguiente, algunas nubes blancas cubrían el abrasante sol de verano. Estaba lleno de agujetas de la víspera, pero no parecía estar en el programa que el entrenamiento fuera a ser diferente del día anterior.

El maestro me aconsejó de nuevo acerca de la práctica del kendo:

- "Busca la unidad en el corazón de la acción. Busca la fuente de la energía y, desde la fuente, desde el centro, expande la fuerza hacia los pies y las piernas, luego hacia el torso, los brazos y la cabeza. Reúne todas estas partes en un solo todo. Necesitas sentir el todo y no pensar más que en términos de todo. Un movimiento no se reduce nunca a la acción de un solo miembro. El movimiento es el del ser humano en su totalidad. Mientras bloqueas o golpeas, participan tu espalda, tu vientre, tus manos e incluso tus órganos internos. Solo mediante una concentración mental sin

fallos alcanzarás esta sensación de unidad. Intenta desde ahora unir los opuestos, pero atención, lo alto no puede actuar sin lo bajo, ni lo de delante sin lo de detrás, ni lo lleno sin lo vacío. La mente y el cuerpo no pueden ni deben separarse de ninguna manera.”

Al tercer día de entrenamiento, el maestro Takeuchi me hizo trabajar toda la mañana, y después de una ligera comida y una corta siesta, fuimos los dos a caminar hasta el puerto donde un viento fresco y suave hacia el calor más soportable. Mientras caminábamos me llagaban a la cabeza varias preguntas, sobre todo acerca de la necesidad de la meditación. Nunca había abordado este tema y el maestro casi nunca se había referido a ello.

-“Hay una cosa que quisiera consultarle. Se trata de esta actitud mental de no-identificación con los objetos de los sentidos para que se revele el Ser. Para llegar a este resultado ¿no sería interesante, paralelamente a las disciplinas que usted aconseja, meditar para alcanzar más seguramente el objetivo?”

-“¡Depende de lo que se entienda por meditación! Si para ti la meditación es simplemente el hecho de sentarse y hacer el esfuerzo de detener el flujo constante de los pensamientos, entonces sí, esta forma de disciplina es muy buena. Pero en lo que nos concierne, yo pienso que la verdadera meditación debe hacerse desde la mañana a la noche. Meditar es ser consciente por uno mismo de lo que uno es, un Yo, sin más. Reconozco que antes de llegar a esto la mente tiene que ser disciplinada, y para conseguirlo, la meditación clásica es muy valiosa. En este terreno, cada uno debe encontrar su propio camino, religioso o filosófico, la forma de divinidad en la que uno pone altas aspiraciones y con la que podrá identificarse.

El iaido es un arte viril, poderoso, que conviene seguramente al espíritu del soldado. Es una disciplina que no se contenta con disolver suavemente los atributos del ego a la manera mística, sino que corta sin temor emociones o dudas y todo lo que parece ser de naturaleza limitativa. Para el practicante de sable es conveniente entonces una meditación directa y eficaz que vaya al objetivo sin rodeos. El interés de la meditación, como ves, es que permite perder de vista la identidad con que hemos sido disfrazados desde nuestro nacimiento. Hay que perder esta parafernalia de un rol efímero con el fin de que se desvele la verdadera e inmutable individualidad, nuestro ser auténtico que nunca ha nacido ni nunca morirá. Uno puede acercarse a este objetivo “fundiéndose” con algún objeto de contemplación. Para quien no pueda permanecer en contemplación ante la luz sin más, *Fudo Myoo* es una divinidad basada en la fuerza y en la voluntad que sin duda conviene a los estudiantes de iaido.”

-“¿Podría darme algunas aclaraciones sobre su simbolismo?”

-“Estoy convencido de que sería preferible para ti ir directamente a estudiar esto a Koya san o en un templo Shingon. Sin embargo puedo decirte algunas palabras acerca de ello. Después tu elegirás. Existen en efecto otros *Myoo*, tales como *Gozanzé* o *Shozansé*, aunque *Fudo* es el más venerado por todos los practicantes de sable, quizás a causa de sus atributos, la cuerda y sobre todo la espada en la mano derecha de dos filos.

El término *myo* significa el fuego del conocimiento que destruye la ignorancia (*mumyo*) o incluso el brillo de la luz que destruye la oscuridad. Es entonces un rey de la luz terrible con sus enemigos pero benevolente con el fiel de Buda. Es terrible porque refelja los pensamientos y los actos del género humano, y ni un solo error

humano se le escapa, lo que para el culpable entraña una justa retribución. Gracias a él está asegurado el camino directo hacia el despertar. Su fuerza galvaniza nuestros esfuerzos, fortifica nuestra voluntad, nos sostiene en nuestro combate contra el ego y nos asegura unabenevolente protección durante los ejercicios de meditación. Es un amigo fiel aunque intransigente, no admite ningún rodeo o subterfugio desde el momento en que el alma ha decidido emprender la vía directa hacia el centro único.

Supongo que ya te habrás percatado de sus ojos, diferente el uno del otro. El ojo derecho es directo y manifiesta el poder trascendental del espíritu puro, el ojo izquierdo se somete a este espíritu pero sólo representa su personificación; es el ego.

Sus dos prominentes caninos que le dan un aire tan terrible, significan que ayuda al devoto sincero rompiendo todos los obstáculos que se pongan delante de él. Su boca cerrada simboliza la destrucción del aliento. Recuerdas que la inspiración y la espiración muestran el desequilibrio entre el *yin* y el *yang*. Cuando estas dos polaridades se equilibran, cesa entonces definitivamente el gran ciclo dualista del nacimiento y de la muerte, y el hombre alcanza el *nirvana*.

La roca sobre la que se encuentra es el mundo en el cual él vive y del que se ha liberado gracias a sus dos atributos. Nunca olvides que *Fudo Myoo* es un mensajero de Buda lleno de compasión, y el motivo por el que toma tal apariencia es el de salvar al género humano. Es una divinidad que jamás ha defraudado al hombre recto y valiente. Nadie entra en un pozo oscuro y profundo sin una buena cuerda para sostenerse, una buena lámpara para alumbrarse y una espada para defenderse. *Fudo* proporciona todo esto. Antes de alcanzar el “sin fondo” del pozo, es natural e indispensable poder orientar la mente a alguna parte, colocarla sobre algo, y aquí tienes la razón de la existencia de las religiones. Hacen fluir en nosotros ideales elevados, imágenes de belleza y amor. Por medio de las religiones invocamos en nuestra alma sentimientos y cualidades del Ser representadas concretamente por múltiples formas de divinidad del panteón de cada religión.

Algunas de estas divinidades son formas-pensamiento que se pueden utilizar en la oración con el objetivo de elevarse. Pueden también ser verdaderos *kami*, inteligencias celestes. Y hasta pueden ser adeptos que han pasado del estado de ser humano y se han convertido en seres semejantes a dioses. Es necesario, hasta el momento en que se haya superado la edad adolescente del alma, tener la sabiduría y la humildad de reconocer que uno necesita ayuda, y que la meditación sobre una de estas divinidades es una de las más eficaces ayudas que existen. Cuando te hayas identificado perfectamente con las cualidades de la divinidad escogida y el sentido del ego haya tendido a desaparecer, sólo entonces podrás comenzar una meditación sin objeto. Mis estudiantes han alcanzado normalmente este estado, aunque muchos de ellos guardan todavía un apego a su divinidad de elección.”

-“Sensei ¿no hay una paradoja en el hecho de guardar una divinidad en la consciencia y por otra parte desapegarse de todo lo que no sea el Ser?”

-“Visto con los ojos de la ignorancia, hay en efecto una paradoja. Pero visto con los ojos del alma, esta paradoja desaparece, pues la divinidad elegida no es diferente del Ser. Esto está recogido en una sentencia Zen que dice:

“*¡No os entretengáis allá donde está el Buda, y pasad rápidamente por donde él no esté!*”

-“¡Entonces, con un entrenamiento intensivo con el sable y *Fudo* como protector se

puede alcanzar el despertar!”

-“Comprende bien esto: ni las obras, ni los actos ni el entrenamiento intenso (*shugyo*) pueden cortar las profundas raíces del ego. Sólo la maravillosa espada de *Fudo*, forjada por la sabiduría (*e-ken*) y provista de la afilada hoja de la discriminación, puede ayudar al Ser a liberarse del no.ser. la mente, lo repito, es la clave. Es la causa de nuestra servidumbre y debe convertirse en la causa de nuestra liberación. La mente, en un primer momento, se apega e identifica con todos los objetos y condiciones exteriores que encuentra. El cuerpo del que está revestida la mente es también un objeto exterior que disfruta por medio de sus sentidos de las sensaciones del mundo exterior. Ahí es donde está la dificultad. Desde tiempo inmemorial, un fragmento del Ser divino se ha infiltrado en cada átomo del cuerpo con intención de apropiarse de él y de desarrollar una consciencia instintiva e inteligente .la mente, que es un aspecto de la consciencia del Ser, es el espejo que, mal orientado nos revela el mundo exterior y bien orientado el del interior.

La mente, antes de ser bien orientada, está naturalmente expuesta a recibir la influencia del mundo que le es más familiar, el mundo de la forma. La mente percibe los objetos y naturalmente se apega a ellos. La consecuencia es que se ata a este mundo que hasta los científicos materialistas consideran transitorio. Este mundo no puede entonces la base de ninguna verdad permanente. La mente (ojo deformado de la consciencia del Ser), creyendo ser este cuerpo, acaba por quedar sometida a las leyes del cuerpo, y la consciencia es así sometida a los períodos de la forma que son el nacimiento, la juventud, la madurez, la vejez y la muerte. Si quieres escapar a esta gran ilusión y a los múltiples sufrimientos que genera, es lógico que emprendas un trabajo para alcanzar un estado de no-identificación mental (*mushin*), después un estado de identificación con el Ser, el verdadero motor de la vida. A este respecto, Lao-tsé escribió:

“Aunque treinta rayos convergen en el centro, es el vacío del medio lo que hace que el carro se mueva”

No soy este cuerpo, tampoco estas emociones o estos pensamientos... todo esto es valioso, pero no puede uno quedarse ahí, sería tan inútil como discernir las características de una enfermedad y olvidarse de aplicar el tratamiento.”

-“Las etapas parecen largas y los principios a comprender muchos.¿Cómo llegar rápidamente al objetivo?”

-“La rapidez es ilusoria, como también lo es la noción del tiempo que pasa. Es sólo un concepto mental.”

-“Sin embargo, usted me ha enseñado a sacar el sable rápidamente”

-“Sin duda ninguna, pues esto implicaba una técnica perfecta, y solamente a este nivel es importante sacar el sable con rapidez. Ahora, en lo que concierne a la realidad que afrontaban los samurai, se puede afirmar que la rapidez no es esencial, en contra de la opinión de muchos expertos japoneses. Desde un punto de vista relativo, y en una primera fase, desenvainar rápidamente es el arte de no romper la funda por torpeza. Pero en un sentido absoluto, lentitud y rapidez se anulan completamente. Frente a un adversario decidido a tomar tu vida, es antes que hay que moverse, no rápidamente. De hecho sólo es necesario ser uno con el otro, de alma a alma. Un observador te verá

quizás desenvainar rápidamente, pero tú, al no haber mentalizado tu acción ¿cómo puedes decidir el valor de la misma? ¡Si te abandonas al Ser sacrificas tu mente! Necesitas escoger entre los dos. Por medio de la mente quedas limitado por tus sentidos, tus reflejos condicionados, tu técnica y tu buen funcionamiento corporal. Todo esto está más o menos en función del tiempo y del espacio. A través del Ser, por el contrario, este concepto no se anula sino que se supera. Te conviertes en el otro, gracias a *shinkan* no se te escapa nada de lo que el otro pueda tener en lo más recóndito de su mente, y mucho antes de que haya echado mano a su sable, el tuyo habrá hecho lo que debía de hacer. Este es el sentido real del *iaido*.

I tiene el sentido de ser, AI el de unidad, IAI es la realidad y el medio para llegar a ella. El *do* (japonés) es lo que conduce al hombre a esta realidad. En cierto sentido, el *iaido* es un *shin-jutsu*, el arte de controlar la mente.”

-“¡Con usted todo parece fácil, y sin embargo muchos buscan la vía y no la encuentran!”

-¡No se siega el arroz antes de que haya sido bien dorado por el sol! El hombre parece hacer algo para progresar. Es un estado en el que, en realidad, se está dejando dorar por el sol de las experiencias. Observa esta vía directa y continúa su camino lleno de admiración, pero en absoluto preocupado por participar plenamente en la siega del arroz ni de ser quitado de la tierra que le ha hecho crecer. Sus preocupaciones son otras. Quien, por el contrario, está verdaderamente maduro, no tiene que ser convencido de nada. No hay ninguna duda, avanza tan seguro como el campesino quien, a grandes golpes de *kama* (hoz) abate gavillas de arroz. Los caminos se escogen de acuerdo al grado de madurez del alma, en cuanto a la manera de progresar.

Cuando un hombre está maduro y que, a lo largo de grandes ciclos de esfuerzo, alcanza el espíritu de comprensión (*tsu datsu bodai shin*), el natural deseo de los seres humanos de vivir la existencia terrestre da paso al mismo deseo de abstraerse de esta vida que alterna alegría y sufrimiento. El hombre se orienta entonces hacia disciplinas de interiorización, de desapego del disfrute de los sentidos, y , en definitiva, de diferenciación objetiva del Ser y del no-ser. De tal hombre que busca el camino que lleva a la verdad se dice *kannagara no michi*.

La mente es el enemigo de la verdad, pues su función es dualista. Compara constantemente todo, establece sus propias concepciones y reacciona en consecuencia. Se podría decir que la mente es el tifón y que el Ser es el ojo inmutable del mismo. La verdad misma se encuentra siempre en el trasfondo de la consciencia intelectual. No se somete a la lógica, se ríe de nuestras elucubraciones, de nuestras teorías, de nuestros juicios, no necesita justificar nada, ni demostrar nada, está desde siempre dentro del ser, gloriosa e insumisa a las leyes relativas de la materia. Las palabras no alcanzan a hacerte sentir lo inexpresable.”

-“Lo que sobre todo no llego a discernir claramente es lo que diferencia la mente iluminada de la mente intelectual. ¿es el *satori* de hecho una verdadera iluminación de la mente o todavía no es más que una simple concepción mental?”

El maestro Takeuchi sonrió divertido y buscó con la mirada algún objeto para ponerlo como ejemplo. Al no encontrarlo, me miró directamente a los ojos y respondió:

-“Tomemos el ejemplo del agua y el hielo. La mente es el bloque de hielo, es el ego

que limita una parte del elemento líquido dándole una cierta forma y una cierta personalidad. El agua en su totalidad es el Ser. ¿Consideras que el agua y el hielo son diferentes uno de otro?”

-“¡Claro que no!”

-“Pues bien, lo mismo ocurre en cuanto a la diferencia entre la mente y el *satori*. El *satori* es sólo una palabra que significa que el hielo se ha fundido. No es un asunto diferente, se trata del ser verdadero que reencuentra su identidad. Ya es hora de reanudar el *keiko*. Te puedes quedar en el jardín ¡tendrás más aire!”

Dí las gracias al maestro y retomé el entrenamiento en solitario durante una hora, a mi ritmo. Me sentía maravillosamente bien, feliz. Después de la sesión, sabiendo que tenía la tarde libre, me aseguré de que el maestro pudiera concederme su tiempo para continuar nuestra conversación.

Abordé esta vez un tema al que se le da gran importancia en el budo, se trata de la estética como alma del arte. La belleza plástica es el reflejo natural de una armonía más interior. No se la considera en iai jutsu, sino únicamente en iaido, y he aquí cual fue la respuesta del maestro:

-“La adoración del cuerpo es una de las taras del budo moderno. En este sentido, el bujutsu era sin ninguna duda mucho más puro. La estética, en su origen, es una expresión pura de la luz del Ser, de la integración perfectamente realizada entre el “yo” y el Ser, entre el alma y su forma. La estética de nuestros días se basa en criterios materiales a menudo comerciales, lo que es una aberración frente a la realidad de lo que se llama belleza. La belleza no es ni será nunca otra cosa sino la consecuencia exterior de una armonía subjetiva. La belleza, tal como se expresa en el mundo moderno, es una moda que afecta al comportamiento psicológico de una sociedad decadente. Es un medio utilizado por el ego para reforzar su propio poder volviendo el sentido de la belleza hacia métodos de autoadmiración y de autosatisfacción.

La belleza que emana de un ser iluminado trasciende el cuerpo y sus imperfecciones. Está vinculada a un estado y nunca a una forma, incluso si, al permanecer, esta forma presenta a nuestros ojos ciertos criterios definidos en la mente de la gente que la hacen aparecer como “estética” en un momento dado.

Una rama vieja y seca no es forzosamente hermosa, vista fuera de contexto, pero resplandece de belleza en un arreglo floral. El conjunto formal que resulta del ensamblaje de elementos o de colores demuestra a las claras que sólo el conjunto es evocador de belleza y no una forma tomada separadamente. La belleza sólo puede percibirse con la mente. La naturaleza misma de esta mente puede variar hasta el infinito. El concepto de belleza, el objeto y el observador deben entonces ser tenidos en cuenta. Todo esto es relativo en el tiempo y el espacio. En definitiva, parece que lo que se llama belleza sea simplemente el poder que tiene el hombre de percibir el equilibrio y la armonía que se desprende de tal o cual forma, sin olvidar que la mente condiciona y distorsiona la realidad.”

Esto me recordó la etimología de la palabra japonesa “*hito*” literalmente una persona que contiene la luz divina. Sin duda en la percepción de esta luz reside el secreto de la

belleza.

El verano estaba en su punto más caluroso. Tuve la oportunidad de acompañar a unos amigos a Kyoto para asistir a un gran festival, el Gion matsuri. Era un desfile un poco al estilo del de Nikko, pero con la particularidad de que en ellos participan enormes carros (dashi) decorados y consagrados. Su altura era impresionante y tuvieron que retirar los cables eléctricos del recorrido. El 17 de julio por la mañana estaba listo para meter en mi "Minolta" una serie de documentos. Por la tarde tuve ocasión de visitar el viejo y tradicional barrio de Gion. Allí se encontraban nobles y orgullosas *geishas* y encantadoras *maiko san*.

Kyoto, con su gran periferia, era una de mis ciudades preferidas. Es un verdadero museo de arquitectura religiosa, de fantásticos jardines, todo bañado en una mezcla de niebla y de volutas de incienso, de un misticismo todavía a flor de templo, al menos para quien sabe ver con ojos diferentes al del turista. Una vida no sería suficiente para poder visitar los 253 santuarios Shinto y los 1.598 templos budistas. Me propuse visitar prioritariamente los templos Zen y Shingon, lo que era ya todo un programa.

De regreso a Shizuoka, retomé el entrenamiento. Esta vez intenté practicar el karate en lo posible según los preceptos que me enseñó el maestro Takeuchi. El maestro Teruo sabía de mi gusto por el combate libre ¡y no me dejó con las ganas! Los encuentros se sucedían uno tras otro. Era un karate extremadamente duro (Sano ryu) pero que me dejaba una gran libertad corporal y constituía un medio de poner en práctica todo lo que aprendía teóricamente. Lo único que me molestaba era el insoportable calor.

Como cada año, tuvo lugar en la orilla del río Abe una gran sesión de fuegos artificiales, y al contemplar este magnífico espectáculo no pude reprimir un sentimiento de tristeza al comparar nuestras vidas y nuestras esperanzas con estos fuegos multicolores que iluminan el espacio por un instante para desaparecer enseguida en la más profunda oscuridad. Qué gran espejismo este fuego de artificio plasmado sobre un fondo de oscuridad y de ignorancia. ¿En qué se convertirá bajo el radiante sol del mediodía?

Aiki-jutsu en el Yoseikan, aikido en el Budokan, iai-jutsu incluyendo en la escuela Katori katas de bo (bastón largo), de naginata (alabarda), etc., karate y konbo con el maestro Sano, kyudo bajo la dirección del maestro Tozuda, el ritmo apenas había bajado. Por prudencia decidí tomarme algunos días de vacaciones, el tiempo necesario para que descansa un organismo fatigado.

Se anunciaba ya el fin de los grandes calores. Estaba a punto de terminar el mes de agosto. Yendo a casa del maestro Takeuchi, me encontré con un entierro al que asistía uno de mis amigos. Aproveché la ocasión para observar la manera en que se desarrollaba una ceremonia mortuoria que, a primera vista, parecía menos dramática que las nuestras. Aprecié sobre todo la costumbre de incinerar el cuerpo (es más higiénico y economiza espacio). ¡Esto prueba que en Oriente se está menos apegado a su miserable envoltorio!

Como llevaba mi cámara, tomé algunas fotos, y nadie encontró esto fuera de lugar, al contrario, todas las familias posaron para darme el gusto. He notado una

regla general: los budistas se ocupan de los entierros y los shintoistas de las bodas. ¡
Qué ejemplo de cooperación exitosa!

OTOÑO

EL AIRE

**-Experiencia de la vacuidad. –La capacidad de soltar. –El momento presente. –
La vigilancia. –Ejercicio de meditación. –Las tres fases de la meditación. –*Kan* y
Bodai. –Definición de *satori*. –Los dos enemigos de Miyamoto Mushashi. –
Guerra y paz. –Participación sin ego. –El miedo al sufrimiento. –Dejar de
identificarse. –El vacío mental. –Desenvainar el sable sin querer. –Disolver el
ego. –La inmutabilidad de la mente. –Entrevista con tres estudiantes kendokas. –
Ma-ai. –*De-ai*. –*Zanshin*. –*Muga*. –Ser y no-ser. –El ejemplo de la proyección de
una película. –Hacia la vacuidad.**

Una hermosa mañana de otoño, la radio anunció que un tifón acababa de arrasar una región de Japón. Uno se sentía un privilegiado frente a estos desastres climáticos, incluso los temblores de tierra, que se dan con frecuencia, apenas se sienten. Junto con la primavera, el otoño es sin duda la más bella y agradable de las estaciones del año. Para los enamorados de la naturaleza tiene un encanto sin igual. La mayor parte de las fiestas se han acabado y una gran calma parece reinar de nuevo sobre el mundo.

Un ligero viento barría las hojas y los pétalos de crisantemo. ¡Pensé que sería bueno que barriera con la misma facilidad mis ilusiones! La fruta había caído, la naturaleza se transformaba, se vaciaba de su substancia. El largo sueño del invierno se aproximaba inexorablemente. Los árboles abandonaban sus vestidos como nosotros debiéramos abandonar nuestras pasiones de verano. La renuncia final es el invierno, decía a menudo mi amigo Jushoku del templo Zen. Todo esto no me impedía admirar el esplendor de la naturaleza. Los arcos de otoño se miraban en el agua, completamente vestidos de rojo, resplandeciendo sutiles matices. El bosque se llena de reflejos nunca vistos en otro momento por nuestros ojos. En algunos lugares, la tierra estaba cubierta de cáscaras secas y vacías, las *semi* o cigalas. Era la época en que se despojaban de su ligero caparazón. El otoño era para mi una estación de paz, de renuncia, de abandono. Era el momento en que la naturaleza se suelta, y eso me hacía sentir un indescriptible sentimiento de libertad.

El maestro Takeuchi y su esposa me acogieron gentilmente. Me afectó mucho que la esposa del maestro me ofreciera una gran caja de platos tradicionales de una región cuyo nombre he olvidado. Viendo el arreglo floral no pude menos que hacerle un cumplido, y ella, como era su costumbre, cambió de conversación proponiéndonos tomar un té.

La temperatura era suave y yo me sentía preparado para retomar el entrenamiento. Yo había venido con una amiga muy interesada en la enseñanza del maestro, quien incluso aceptó que se grabaran nuestras conversaciones ¡de lo cual me aproveché bastante!...

Había ya trabajado bastante, pero algo me impedía continuar. Había caído la noche y no quería turbar el silencio. Todo se había callado alrededor mío. El crepúsculo era un momento muy particular en el que las fuerzas *yin* de la noche se fundían con las fuerzas *yang* del día. Y en este corto instante de equilibrio en que hasta los animales se callan, es el momento propicio para la meditación.

Me instalé frente al kamiza y permanecí tranquilamente sin hacer nada, sin pensar ni querer nada. Contentarse con estar presente, sin más, presente, presente, repetía incansablemente el maestro. Durante un instante, la mente reaccionaba, no aceptaba fácilmente ser abandonada. Creí entonces comprender lo que quería decir el maestro cuando afirmaba:

“Niego la existencia tanto como la no-existencia, y me sitúo en el lugar preciso en el que estos dos opuestos se anulan”

Era el punto de no-adquisición donde el espíritu se identifica con la vacuidad absoluta. Los matices de la tarde no me permitían distinguir con exactitud los contornos de las formas. Todo se desdibujaba. Las formas se volvían inasibles. De nuevo cerré los ojos para recobrar el silencio perdido y volver a ser consciente de mi presencia aquí y ahora, imponiendo a mi mente que no avanzase ni se retrasase. Y, aunque el tiempo parecía pasar, no venía de ninguna parte ni se iba a ninguna parte. No había otra realidad más que en este presente que no acababa nunca. Mis tensiones desaparecieron y me abandoné completamente con la misma suavidad que los pétalos de cerezo se dejan llevar por el viento, me abandoné al Ser, donde se dice que está todo el poder, todo el amor y toda la sabiduría.

¿Cuánto tiempo permanecí sentado? Lo ignoro. Era noche cerrada y me inquieté por no haber avisado, encendí una pequeña linterna y me dispuse a salir por el jardín. Escuché entonces la voz clara del maestro : “¿Te marchas ya? ¿Quédate a cenar!”

El maestro había estado sentado en una gran silla de mimbre frente al jardín. Sólo distinguía de él unos rasgos: la frente, el fino trazo que esculpía su ojo por encima de sus mejillas ascéticas, y su mentón voluntarioso. El cielo estaba magníficamente limpio, sin una nube.

-“Ya sabes, me dice, que en Japón es una tradición contemplar la luna en septiembre”.

Le mostré mi ignorancia.

-“Es una tradición muy importante, y condiciona nuestra vida mucho más de lo que se supone...”

Después de un largo silencio...

-“¿No identificaba sensei Kukai el astro lunar con la iluminación?”

-“¡En efecto! Y es así como hay que contemplarla. Es una pena que su influencia sea tan ignorada, pues influye poderosamente sobre los sentimientos, sobre

la sensibilidad nerviosa, sobre la inspiración y sobre la mente. ¿Sabías que en la época en que los duelos eran cosa corriente algunos guerreros iniciados en los ritos Shinto sólo aceptaban combatir en luna nueva? Sabían que en ese momento la mente estaba en la fase de menor resistencia y que así les sería más fácil alcanzar el estado de *mushin*. En el extremo sur de Japón se hacen grandes ceremonias durante este período lunar, pues se cree el momento propicio para contactar con los difuntos y con el mundo de las fuerzas invisibles. Para los budistas es algo diferente, la luna representa simplemente la luz pura de la mente iluminada (*bodaishin*) y se alcanza la calma perfecta meditando sobre la forma de la luna tal como la ves esta noche.”

-“¿No cree usted que la soledad es útil para la consecución del *satori*?”

-“En *iai*, la soledad útil es la que resulta del silencio de los sentidos. Y no tiene nada que ver con aislarse en un lugar inaccesible como el monte Mitaki o Iko san, aunque esto sea bueno para los principiantes. La libertad verdadera no impone al cuerpo estar allí mejor que aquí. Tampoco consiste en buscar un remedio en un más allá maravilloso como el paraíso de Amida. No, la verdadera libertad consiste en el hecho de reconocer simplemente el Ser en uno mismo.”

-“El desapego del Zen del que habla el filósofo Herrigel ¿necesita de algún talento especial?”

-“Abandonarse al Ser no es un don, sino una resolución. La capacidad de abandonarse al Ser no es un privilegio de las grandes personalidades de este mundo, tampoco de los eruditos o de personas de alta condición. Es de quienes están maduros y que, habiendo comprendido la fuente de la desdicha, han decidido parar su curso.”

-“Entonces, si comprendo bien, ¿la actitud constante de la mente debe de ser la de un imperturbable observador?”

-“Si, pero sólo en un primer momento, pues la observación es siempre el resultado de un estado dualista. Lo observado implica necesariamente a un observador. Hay que pasar tarde o temprano a la observación del no-ser y finalmente fundirse con el observador mismo. Esto es lo que has intentado hacer hoy.”

Estaba en el colmo del asombro. ¡De modo que el maestro no había dejado de estar presente ni un instante hasta el punto de saber lo que a mi se me había pasado por alto! La inconsciencia no es aún la vacuidad. ¿No decía el Tao te king que “*lo que es sin substancia penetra incluso lo que no tiene fallo*”? Razón de más para una mente como la mía que se guardaría bien de llamarse hermética. Me pregunté impresionado si el maestro tenía otras facultades además de esta asombrosa intuición, al igual que los ascetas del Shingon y del Shugendo. ¡Qué importaba después de todo! La curiosidad no me llevaría a ninguna parte. Y además el maestro Takeuchi lo que consideraba curioso era “la dispersión mental en el mundo de lo irreal”. Necesitaba volver al presente: la noche, el maestro, yo mismo. Pero es poco decir que el presente era tan evanescente como esta nube que, como un espectro, parece atravesar el astro lunar y desaparece como aspirada por las profundidades del cielo estrellado. Esa noche todos mis esfuerzos se dirigían en este sentido: permanecer en el ahora y dejar de creer que yo soy este cuerpo. Los maestros no decían que “creerse este cuerpo el la mayor de las servidumbres y el más abominable de los pecados” yo sabía bien que era de esto de lo que hacía falta liberarse, pero la costumbre está ahí y el ego se agarra a

ella muy fuertemente.

El maestro interrumpió una asociación de pensamientos que hubieran podido durar todavía más tiempo al hablar con una voz tranquila, como si se hablase a si mismo:

-“La consciencia divina es siempre la misma cualesquiera que sean las percepciones recibidas y las experiencias vividas. Puede tratarse de la meditación, del sueño, de este instante en que tú me escuchas. Es siempre la misma consciencia, el mismo Ser que vela eternamente fiel a si mismo. ¿Quién decreta la existencia de los estados por los que pasamos? La mente. A decir verdad, incluso el vacío, si es reconocido, sólo puede serlo a través de la mente. Pero si la mente se abstiene de dar testimonio o de reconocer algo, entonces aparece el despertar inicial, el testigo permanente que nunca ha dejado de estar. De hecho, la consciencia testigo no emerge, pues está presente desde siempre. Sin embargo da la impresión de aparecer cuando el ego desaparece. Retén bien esto y agárrate a esta realidad como un náufrago se agarra a una boya. “Deja pasar el flujo de los acontecimientos y átate al instante presente””

El maestro Takeuchi calló. Y yo ya no tenia necesidad de hablar más. Hablar y pensar era ahora algo penoso. Pasamos así buena parte de la noche contemplando la luna y escuchando el sonido de hojas movidas por una brisa cálida y ligera y sonidos furtivos de animales de la noche, y viendo la extraña silueta de los pájaros nocturnos. El objetivo ahora de mi incesante vigilancia era el no involucrarme de ninguna forma en los acontecimientos exteriores registrados por la mente, permanecer presente en mi Ser fueran cuales fueran las acciones a realizar.

En la siguiente visita, el maestro Takeuchi me regaló un *nenju*, un rosario de 108 cuentas. Acepté con el mayor respeto este útil presente. La no aceptación del regalo, aún de manera cortés, estaba fuera de lugar en la consciencia del maestro, quien consideraba que los comportamientos humanos habituales debían de ser superados, al menos entre maestro y discípulo. Me explicó la utilidad de una buena postura corporal, erguida y tan estable como el monte *Sumí* (el monte Merou). Seguidamente comenzó a darme algunos consejos sobre la manera de practicar el *nembutsu*.

Tenía que recitar una fórmula mántrica al ritmo de la respiración mientras iba desgranando el rosario. Durante este ejercicio debía visualizar el astro lunar.

-“Por medio de esta visualización-precisó- desarrollarás “*dai jo*”, la meditación profunda. Por medio de la recitación de la fórmula alcanzarás “*dai chi*”, el gran conocimiento, y por medio del desgrane del rosario sentirás nacer en tu corazón “*dai hi*”, la gran compasión.

Las 108 cuentas simbolizan los 108 conocimientos que te liberarán de las 108 pasiones y te igualarás a las 108 divinidades del *Kongokai mandala* del Shingon.”

Luego el maestro explicó las tres fases importantes por las cuales pasa la mente del meditante.

-“Para la mayoría de los principiantes, la mente está en un estado *yin* y pasivo. En este estado es receptora de todas las impresiones del mundo exterior y, por medio del filtro de los cinco sentidos, sufre modificaciones constantes engendradas por las

actividades ininterrumpidas del cerebro. Los pensamientos son entonces difusos, vagos y en movimiento incesante. En este período de tranquilización de la mente es necesario escoger las relaciones con cuidado, aislarse de las agitaciones demasiado grandes del mundo decidiendo vivir en un entorno bello y apacible. Como repito a menudo, hay que fascinar a los sentidos y no embrutecerlos.

En un segundo estadio, la mente empieza a volverse *yang*. Elabora sus propias actividades y se convierte en emisora de muchos pensamientos. Es entonces cuando el intelecto aporta su contribución y se convierte en un factor determinante. Aparece la razón y actúa sobre informaciones adquiridas, así como sobre sus propias formas de pensar, registrando también las formas de pensar de otros. La disciplina mental consiste en parar este estado de razonamiento y de comparación constante, que había sido necesario para que la mente hiciera buenas elecciones a favor del Ser. Pero, una vez hecha esta elección, la mente debe aprender la lección del silencio a favor de un principio superior, el del *bodai*.

En la tercera etapa el Ser se va haciendo poco a poco cada vez más dueño de la mente, y tanto la percepción subjetiva como la objetiva serán trascendidas. En este estadio el espíritu impone su voluntad y su propósito a la mente ya mantenida en una firme calma (*Fudoshin*) y en la pura luz (*bodaishin*). El practicante experimenta entonces un contacto inexpresable con el mundo espiritual.”

-“Sensei, *kan* (intuición) ¿es diferente de *bodai*?”

-“Sí y no. *Bodai* es inherente a la naturaleza del Ser. *Kan* es el efecto que resulta de la aparición de *bodai* en la mente.”

-”¿Podría explicarme lo que se llama intuición? Pues a veces suele confundirse intuición con premonición.”

-“La intuición se identifica con el *satori*. Es una comprensión espontánea de lo universal. Esta comprensión, creo que la palabra es adecuada, confiere el sentimiento de unidad y más tarde el de amor, en el sentido elevado del término.

La llegada de la intuición ilumina el conocimiento inherente al Ser y desvela a los ojos del adepto la plenitud de la experiencia del *satori*. La intuición toca únicamente al mundo de la consciencia espiritual mientras que la premonición concierne al mundo de las fuerzas y de las formas. La primera confiere su poder a la segunda, y no a la inversa...”

-“¿La intuición emerge como consecuencia natural de un contacto con el alma después de que la mente ha sido controlada o existe ya fuera de la meditación y de los ejercicios que facilitan su llegada?”

-“La meditación permite medir el contacto logrado con el alma, y la intuición fluye de ella espontáneamente. Pero hay ejercicios específicos que pueden ayudar considerablemente. Por ejemplo, necesitamos adquirir la facultad de descubrir la realidad que se esconde detrás de toda forma, como el monje Zen que medita ante un jardín de piedras. Es bueno estudiar los símbolos y descubrir su sentido oculto. Todo esto despierta la intuición y desarrolla la capacidad de penetrar más allá de toda existencia formal, y llegar al corazón de su realidad subjetiva. El estudio de los símbolos produce un puro rayo de luz por medio del cual pueden alinearse el alma, la mente y el cerebro. Cuando estos tres principios se reúnen, la luz del *satori* es percibida y objetivamente registrada, sin por ello ser explicada.

Es necesario respetar igualmente ciertas reglas de conducta que ahora ya conoces, entre otras una vida ordenada despojada de todo lo superfluo. De esta regla se deriva un justo dominio del tiempo y una síntesis final, con todo lo que ello comporta, una adecuada eliminación de lo secundario, adecuado sentido de las proporciones de donde se deriva la exactitud de un objetivo único. Esto es lo que confiere al filo del sable su gran precisión (*kiri gaeshi*).

El afinamiento progresivo del cuerpo es el resultado de la firme adhesión a las reglas que uno se impone a si mismo, lo que para el iluminado no es un medio para enorgullecerse de su fuerza, sino al contrario un instrumento para ayudar, instruir y conducir a las almas a reconocerse. Todo esto es la consecuencia natural de la puesta en práctica en la vida cotidiana, veinticuatro horas por día, de las reglas y principios del iaido.”

“-¿Ha alcanzado el maestro Miyamoto Mushashi la iluminación?

“-¿Quién puede saberlo? En todo caso ha realizado una cierta sabiduría, pues el sabio no se deja afectar por las distracciones y las tentaciones que se le presentan. Se dice que un héroe es una persona que no se deja turbar lo más mínimo por las rugientes olas de la existencia. Este fue Mushashi, y su mayor hazaña fue vencer a sus dos enemigos gemelos de siempre, la felicidad y la pena.”

Aquella noche me acosté muy tarde, pero mi despertador interior “sonó” a las 5 como era de prever. Yo no conocía el significado de la expresión “pegarse las sábanas” y no me importaba nada. He sido siempre de un temperamento matinal y he disfrutado mucho de ello. En cuanto los primeros rayos de sol inundaban mi habitación no podía contenerme ante tal maravilla. No en vano el sol es símbolo de vida y todas las religiones lo identifican más o menos con su Dios. Cuando le pregunté un día al maestro qué era la realización, señaló con el dedo hacia el sol y respondió:

-“En cuanto el sol sale, la vida vuelve y toda la naturaleza parece resucitar. El sol es el animador supremo, sin embargo no es la causa. No es más que el testigo eterno y no depende de ninguna de sus manifestaciones. La realización es esto: realizar profundamente que tu eres el testigo y no la acción del mundo que se adormece y se despierta.”

Por la tarde cogí el tren para Shimizu. El maestro Takeuchi dormía poco y yo sabía que mi visita le agradaría. También él sabía que los valores espirituales tendían a ser olvidados, y los cursos acelerados que el me daba probaban hasta qué punto era el consciente de la necesidad de transmitir una filosofía auténtica.

En presencia del maestro todas mis preocupaciones desaparecieron y me sentí tranquilo y feliz.

“-Pareces particularmente contento hoy ¿qué novedades traes?”

“-Ninguna sensei, pero aquí en Japón todo es alegría. He descubierto mi verdadera familia. Me siento completamente libre, todo lo que hago me gusta. En una palabra: la vida que llevo no tiene sombra.”

El maestro sonrió con un no sé qué de tristeza.

“-La alegría y la felicidad son resultado de condiciones que no duran. ¡ Permanece atento!”

“-Lo estoy cada vez más, pero ¿debo esforzarme en estar menos contento cuando mi corazón salta de alegría?”

“-No es esto lo que quiero decir. La felicidad reside en el Ser, y no tiene nada que ver con las consecuencias de un contacto de la conciencia con los estímulos exteriores, entre un sujeto y un objeto que desencadena un sentimiento de momentánea alegría. La verdadera felicidad reside en un estado completamente libre de sufrimiento y de placer. Cuando te encuentres en la cresta de la ola, pon atención pues un día u otro irás al fondo, y sobre todo no te impliques en el drama de la vida cotidiana. Observa, sereno y desapegado, las condiciones cambiantes que traen sufrimiento y disfruta plenamente de las que te aportan alegría. Pero permanece igual en ambos casos.”

“-¿Esta actitud desarrolla un espíritu pacifista? ¿y en este caso cómo se puede admitir la actitud de grandes maestros de armas que al fin de sus días terminaron por retirarse de la vida en sociedad?”

“-Todo el mundo grita a voz en cuello que hay que terminar con la guerra. Este es, además, el sentido del kanji “*bu*” de budo. Detener el combate, bajar el brazo, no tocar más un arma, y no tomar parte en ninguna guerra, sea cual sea, es el ideal de algunos. Quienes afirman esto son en general los primeros en quejarse cuando eventuales condiciones desfavorables les impiden vivir tranquilamente y los últimos en esforzarse por remediar la situación. Estoy convencido que hoy, como siempre, la guerra debe ser evitada en lo posible, pero esto no es un pretexto para evitar responsabilidades. Este rechazo a hacerse cargo y a asumir responsabilidades puede enfermar a un país entero: ¡uno deja el trabajo sucio a los demás de otros con el pretexto de ser pacífico! Cuando una enfermedad se declara tanto el pacifista como el soldado llaman al médico y aceptan sin protestar el tratamiento que, de hecho es una verdadera declaración de guerra a los microbios. Aceptamos esto porque sabemos que la enfermedad es un estado de inarmonía y estamos dispuestos a sufrir los efectos del tratamiento. Es un mismo combate por la vida. Y el pacifista, dentro de su pequeño universo cerrado, tiene tanta responsabilidad como si estuviera en el campo de batalla. El combate singular contra el ego en budo o contra los adversarios en bujutsu se puede considerar como el remedio indispensable a un estado de crisis. Todo ello dejando claro que no debemos combatir mas que cuando todos los demás medios “más pacíficos” son ya ineficaces.

Se puede entonces considerar que quienes combaten por una causa noble, incluso si sólo se trata de su propio punto de vista, sin ningún rastro de odio o de venganza en sus corazones, no solo no comenten ningún crimen sino que se santifican por el sacrificio de su vida. Un samurai que mata a un hombre que se apresta a asesinar a un ser indefenso no es un criminal, bien entendido que su acto es fruto de una mente pura y de un corazón generoso. El germen de la responsabilidad se encuentra en el motivo subyacente que impulsa a actuar de tal o cual manera, y el pacifismo, tal como se expresa demasiado a menudo hoy, no es más que la expresión de una civilización decadente, de una mentalidad enclenque y perezosa, de un espíritu materialista y sin ideales que exagera el miedo a morir y a buscar la

autopreservación a cualquier precio del pequeño yo egoísta. Combatir completamente libre del fruto de la victoria no es combatir, y no hay que temer de ello ningún efecto karmico. Esta es la ley. Destruir la envoltura corporal no es destruir la VIDA con mayúsculas.. para quien tiene el espíritu pura, la muerte de un hombre en combate no lleva implícito ese sentimiento de culpabilidad que padece la persona para quien las vestiduras del alma se han vuelto más importantes que el alma misma.”

“-Sensei, hay un punto que me gustaría aclarar, se trata del sufrimiento y del miedo del cual forzosamente se deriva. ¿Cómo puede uno desprenderse de ellos?¿Cómo, por ejemplo, es posible dejar de tener miedo ante la tortura? Parece imposible, sin embargo hay miles de ejemplos en todo el mundo que prueban que el sufrimiento puede ser superado.”

“-Pregúntate quién sufre y una parte de la cuestión quedará resuelta. La causa del sufrimiento es siempre la misma: el apego y la identificación con el cuerpo. El Ser, en cada vida, se identifica con un rol. Si es un médico sufre los riesgos, para bien o para mal, de ser médico. Estos riesgos serán diferentes si se trata de un comerciante, profesor, religioso o político. Lo mismo ocurre para quien juega el rol del cuerpo. A fuerza de jugar este papel desde el nacimiento (e incluso desde antes), acabamos por quedar persuadidos de que somos este cuerpo, y como consecuencia natural sufrimos las consecuencias. En cuanto este cuerpo cae enfermo o herido, el ego, a través de la sensación recibida, sufre. En cuanto el hambre y la sed se dejan sentir, el ego, a través de los órganos del estómago y de la garganta, sufre. En cuanto un hombre desea a una mujer, un coche o cualquier otro objeto de codicia y se encuentra ante la imposibilidad de poseerlos, el ego, a través de los sentimientos emocionales, sufre. Y al fin, cuando el cuerpo envejece y se acerca a la muerte, el ego sufre de nuevo por perderse para siempre.

Deja de identificarte con este cuerpo. Despójate de tu falsa identidad. Deja de pensar en términos de “yo”. Realiza que eres un Ser inmortal, incorporeal, hecho de fuego y de luz, entonces verás retroceder al sufrimiento más allá de las fronteras del miedo. El sufrimiento dejará de ser tan doloroso. ¿Puede haber algo más simple de comprender?”

Una vez retomado el entrenamiento después de estas aclaraciones, igual de duro e igual de directo en cuanto a la disciplina del cuerpo y la mente, el maestro introdujo algunas modificaciones a mi actitud mental durante las visualizaciones.

“-Las imágenes creadas por ti tenían por objeto enseñarte a utilizar a voluntad y con facilidad tus facultades mentales. Después has aprendido a aislarte del mundo exterior y a penetrar en tu propio universo. Has podido experimentar, aunque sea un poco la verdad de un combate real y paralelamente en medio de este combate, siempre imaginario, has hecho el esfuerzo de permanecer calmado sin expresar sentimiento emocional de ninguna clase. Y por esto has podido desarrollar un poco esa intuición que hace sentir al Ser el momento oportuno de entrar en acción. De ahora en adelante, pensando en tus prácticas de kyudo, de karate y de kenjutsu, necesitas esforzarte en realizar *mushin* desde el comienzo de los ejercicios.necesitas entonces dejar totalmente de visualizar situaciones y no desenvainar el sable hasta el momento en que algo en ti te dé el impulso de hacerlo. Espera ese momento con calma. Incluso mejor no lo esperes y de esta manera tendrás todo a favor para obtener un resultado conforme al que necesitas. Si este impulso tarda, mantén tu mente y tu corazón exentos de cualquier pensamiento. No te preocupes del tiempo que pase que algunos

tacharon de tiempo perdido. No te plantees preguntas, permanece calmado, espera y sólo estate presente.”

Desde ese momento, el maestro Takeuchi insistió mucho menos en la técnica que en mi actitud mental. Me ocurría a menudo que me preparaba para desenvainar, con la mano derecha ya colocada sobre la empuñadura, pero el maestro notaba mi “querer hacer” y me obligaba a volver al principio.” ¡demasiado querer, demasiado deseo de hacer o de no hacer nada, demasiado ego! Empieza de nuevo.” El cansancio se acumulaba por estar en la posición acuclillada sobre una rodilla durante periodos de tiempo que me parecían interminables.

A la hora del te, el maestro vino a sentarse frente a mí al otro lado de la mesa baja e hizo un comentario sobre el te. Lo degustaba lentamente mientras admiraba la taza grabada con una rama de cerezo en flor. Reflexionaba con los ojos fijos en el líquido humeante. Después, como hacía a menudo, me miró fijamente a los ojos:

“-Uno de los grandes errores cometidos por los estudiantes de la vía del sable es el de no utilizar su capacidad de discernimiento. En general, como hacen todos los hombres, solo buscan la felicidad resultante de un deseo. Tu buscas la destreza. Una madre quiere un hijo. Un hombre de negocios encuentra la alegría en el éxito de su empresa. Todo el mundo busca la felicidad a su manera. Esto es natural, y hasta en Japón es anormal desear algo distinto a la felicidad. Digo “hasta en Japón” pues a primera vista se podría pensar que el rito del seppuku no engendra más que sufrimiento cuando en realidad este rito era consecuencia de una actitud extremista que llevaba al condenado a una forma de exaltación y de gozo difícilmente concebible para los expertos occidentales, aunque haya habido en el pasado ejemplos de misioneros católicos crucificados en Japón que agonizaban en éxtasis. ¡El no-ego no es prerrogativa de un solo pueblo! Sin embargo, aparte de estos ejemplos minoritarios, el pueblo japonés en su conjunto, como todos los demás pueblos, considera la felicidad como una buena cosa y la desgracia como una mala cosa. Lo cual es una herejía, pues la ley material que subyace a este concepto dualista está por completo sometida a la ley de la alternancia. La felicidad de hoy es la desgracia de mañana y a la inversa. El día da siempre lugar a la noche, la vida a la muerte, el buen tiempo a la tormenta. Unas veces yang otras veces yin, así se expresa la gran ley universal que rige el mundo visible en el que tu vives. Por tanto ¿dónde se encuentra la felicidad durable?”

El maestro tomó un poco de te tibio y continuó:

“-La felicidad, o más bien esta paz permanente fluye cuando uno es capaz de equilibrar las alternancias yin-yang, no aniquilándolas, pues esto sería la muerte o la liberación final(¡y tu no estás todavía ahí!), sino retirándose al trasfondo de todos los opuestos. A esta técnica se llama *musubi* y a este trasfondo, el Ser. Cuando se adquiere cierta costumbre en verse actuar, uno se convierte en un testigo no identificado de los comportamientos del no-ser, de este cuerpo. En lo más duro de un combate puede entonces uno conseguir retirarse de la forma y dejarla combatir. Algunos llaman a esto un desdoblamiento de la personalidad, pero aquí esto es diferente, pues uno mantiene el control del no-ser. Cuando se alcanza este estado, la consciencia sufre a veces extrañas modificaciones. Por ejemplo, un adversario, incluso rápido, será percibido como a cámara lenta y es fácil anticiparse a su acción. Pero esto implica la realización de dos esfuerzos que preceden siempre al hecho de

ser un testigo desapegado:

1. Es necesario afanarse cada día en disolver el ego.
2. Es necesario estar presente en el cuerpo cada segundo de la vida. Entonces sólo pueden dissociarse el Ser y el no-ser.

El menor éxito en este desapego del Ser testigo del cuerpo procura al alumno la facultad de estar menos cansado, de tener menos miedo y de estar menos confuso en las técnicas. Las cosas se perciben a otra velocidad, en otra dimensión, que a los ojos físicos parecen hechos milagrosos.

Esta paz inquebrantable, que necesitas adquirir como uno de los más preciados tesoros, la obtendrás a través de la práctica del iaido, de la meditación, pero también por tu manera de concebir los acontecimientos de la vida. Un ejemplo te ayudará a comprender mejor lo que quiero decir. Necesitas, en cuanto testigo y observador atento, ver en los acontecimientos agradables, neutros o terribles medios para instruirte y progresar. Cuando uno ha alcanzado el fondo del sufrimiento se desencadenan cambios profundos y definitivos. El sufrimiento es revelador de potencialidades insospechadas de las que la persona puede sacar provecho para encontrar soluciones y aprender valiosas lecciones de saber vivir.

Los problemas deben ser observados no como males sino como simples consecuencias de nuestra inarmonía que propicia la aparición de efectos que podemos utilizar a nuestro favor. El sufrimiento siempre ha sido una ayuda dinámica muy importante en el conocimiento de uno mismo. La felicidad (su otro polo), por el contrario tiende a menoscabar la voluntad, a volvernos pasivos, a anestesiarnos hasta el punto de olvidar nuestros más elementales deberes, y olvidar considerar a la felicidad como algo potencialmente peligroso a causa de la falta de vigilancia que engendra.

Esta actitud yang con respecto al sufrimiento yin, y yin con respecto a la felicidad yang, favorece el estado de espíritu a que me refiero, el de nunca identificarse con los acontecimientos del exterior, pero aprovecharlos al máximo para avanzar hacia el objetivo.”

El 25 de noviembre era un día festivo, el *kinro kansha no hi*, la fiesta del trabajo de alguna manera. La idea occidental de trabajar para tener vacaciones no está muy desarrollada en Japón. Por el contrario, para los japoneses las vacaciones sirven para tomar nuevo impulso para trabajar más eficazmente. Esto se debe quizá a que los obreros participan más íntimamente en la vida de la empresa. Esto es posible pues la mentalidad nipona es considerablemente menos agresiva que la actitud occidental, y las condiciones de trabajo son menos envilecedoras que entre nosotros

En las tres fábricas en las que pude trabajar eran de rigor un atuendo impecable y guantes blancos, incluso para los obreros de mecánica general que manejaban grasa continuamente. En una de estas fábricas se admitía la música y tenía un efecto muy tonificante para la moral del trabajador. En cuanto a los capataces ¡qué diferencia con los que he conocido en Francia! Eran pacientes, calmados y eficaces. Este respeto mutuo produce naturalmente un mayor deseo de cooperación con las actividades de la empresa. No hay que olvidar que, contrariamente a los EEUU, uno se quedaba de por

vida en la empresa que escogía y que el éxito de la misma dependía en gran parte de esta fidelidad y del celo que se pone para hacerla prosperar.

En el fondo esto es reflejo de la mentalidad disciplinada del japonés, que se traduce en un espíritu de grupo y en una colaboración más estrecha entre todos. Es todo lo contrario entre los franceses, que en general son indisciplinados e individualistas.

Aproveché este día de descanso para visitar al maestro Takeuchi, a quien encontré en compañía de tres kendokas de una gran universidad de Tokio. El maestro les explicaba las diferentes significaciones de *ma-ai* y de *de-ai*. Es también una enseñanza vital para el karate, el aikido y las armas, y, después de las presentaciones, me dispuse a tomar nota de la conversación, que fue en gran parte conducida por uno de los universitarios, Akira san, un joven muy simpático, tercer dan de kendo y capitán de su equipo.

“*Ma-ai* es el espacio armonioso que existe entre las formas . tambien es la fuerza que las mantiene a distancia unas de otras con el fin de conseguir un universo unido y perfectamente equilibrado. El sentimiento que llega a uno cuando está frente a un oponente es el de que éste parece separado de nosotros por una cierta distancia. Esta distancia puede ser armoniosa o no, y esta es la función de la calidad de la fuerza inherente a los dos adversarios. Si tomamos el ejemplo de los planetas con respecto al sol, sabemos que la fuerza inherente al planeta es lo que determina la distancia gravitacional. Algunos planetas se vitalizan y otros, por el contrario, se desvitalizan. Es esto lo que determina su distancia respecto al sol. Algunos planetas están demasiado lejos o demasiado cerca del sol y la “vida física” en ellos es desconocida. La tierra, por su parte, está a la buena distancia, lo que permite a la vida física y a la vida espiritual desarrollarse. En medio de un combate es necesario notar con una breve ojeada la distancia armoniosa que parece separarnos del adversario o adversarios. Esta facultad hará de nosotros un sol al que se subordinarán los planetas. De esta manera uno se convierte en un centro perfecto, vacío e inmutable. Con la práctica, esta distancia se toma de forma natural. A partir de aquí puede empezar el condicionamiento de la mente que consiste en hacerle admitir que esta noción de distancia es falsa, tanto como lo es la concepción del tiempo que separa a dos cuerpos. Esto es a lo que en lo sucesivo hay que darle la importancia, no a la forma sino a la fuerza que está en ella y que constituye su alma. Esta fuerza de energía radiante es el *ki*, y este *ki* llena el espacio que parece separarnos del oponente. El espacio no es entonces un vacío, sino un universo compacto saturado de *ki* en el cual flotan los universos celestes y todo lo que existe alrededor de nuestra tierra. Desde el punto de vista de la fuerza (*ki*) no existe noción de vacío entre dos formas, y las radiaciones solares se transmiten a todos los planetas circundantes de la misma forma que los planetas se influyen entre sí. Esto está en el fundamento de la astrología. De la misma forma, dos hombres situados frente a frente sólo están separados en apariencia, pues la radiación natural del *ki* de cada uno de ellos penetra completamente el cuerpo del otro. Aquí emerge ya el sentimiento que se puede llamar unidad, y comprenderéis que no se trata de una teoría ficticia sino de una realidad que la física puede probar. Además, si en lugar de creer que sois vuestro cuerpo, os identificáis con el espacio infinito del Ser, la distancia entre *tori* y *uke* desaparece y solo permanece el espíritu. Si la naturaleza del espíritu es la unidad, la distancia entre los dos cuerpos desaparece inmediatamente, y entonces ya os es posible actuar sobre vuestro oponente incluso si éste se encuentra a una gran distancia. Desde el momento en que este sentimiento de unidad fluye en la consciencia, el encuentro entre vosotros y vuestro adversario ya no se sitúa en el espacio sino en el tiempo. Esto es *de-ai*, el tiempo trascendido, el

instante eternamente presente que aparece en un relámpago sublime. Este es el sentido del vacío en el cual se anula todo sentimiento de ego, de Ser y de no-ser. *De-ai* es un momento de total disponibilidad, de plenitud resultante no solo de la unidad con el oponente, sino con el universo entero. Se trata de un estado de consciencia pura en el que incluso la concentración sería un obstáculo. Y ahí el sentido de velocidad desaparece, pues la velocidad está caracterizada por el tiempo. La velocidad ha sido útil en la utilización del cuerpo o en la técnica del *shinai*, pero se vuelve inútil cuando la consciencia se ha liberado de la forma en el relámpago del no-tiempo, del no-espacio, es decir, en el instante presente.

El recogimiento, la paz, la confianza, el silencio son cualidades que favorecen la realización del *de-ai*. El arte de ser el otro, anulando el espacio, parte de este gran principio. Esta es una de las grandes leyes del amor de que se habla sin que nunca comprenderla del todo.

Cuando estéis llenos de esta amor, todo sentimiento de oposición puede ser anulado a voluntad y *kan*, la intuición, toma las riendas de la existencia. Esta intuición es lo que favorece la percepción en el otro de lo que vosotros llamaríais una apertura. Pero puede ser también un miedo, una duda, una debilidad o un pensamiento. En ese preciso momento, igual que el agua encontrando una salida, el amor que hay en vosotros penetra en él y le controla. Vuestro cuerpo le sigue, y a esto se llama entrada inmediata, no deliberada y no percibida. Esta acción espontánea es tan bella como el desprendimiento de un fruto bien maduro del árbol que lo sostenía.”

“-Sensei, preguntó otro estudiante, se considera *zanshin* como un tercer estado. ¿De qué se trata exactamente?”

“-*Zanshin* es la prolongación de *de-ai*, el instante. No es propiamente vigilancia como se lo traduce normalmente, sino más bien mantener la mente en el estado en que se encuentra (en *muga*) el mayor tiempo posible.”

El primer estudiante retomó la palabra.

“-Para mi, la dificultad es llegar a trascender la noción de distancia. No puedo evitar pensar siempre en establecer la buena distancia entre la punta del *shinai* y el *men*. Tengo la impresión de estar pasando continuamente de la reflexión a la no-reflexión. ¡De hecho, tengo miedo de que si me dejo ir pierda la oportunidad de marcar un punto!”

“-Eso es siempre un problema de apego a los sentidos. Lo que te impide combatir sin reflexionar es el deseo de ganar y el miedo a perder, pues es verdad que si uno se decide a abandonar en parte las percepciones de los cinco sentidos y a entrenar la percepción interna, va a pasar un período de tiempo durante el cual va a ser difícil conseguir una victoria. Es el sacrificio indispensable para superar los propios límites y alcanzar el Ser”.

“-Si eso lo comprendo, pero ¿qué es exactamente el Ser con respecto a nuestra consciencia de todos los días, a nuestro ego como usted dice?”

El maestro reflexionó un breve instante, cogió dos tacitas de té vacías, una en cada mano, y las presentó al estudiante:

“-Mira bien estas dos tazas. Representan a dos combatientes frente a frente. Cada uno de ellos bien identificado por su forma y su color. Pero lo esencial de su naturaleza es la de contener un elemento. Tal como las ves en este momento lo que contienen es aire, que se puede identificar con la consciencia y con el ki de los dos adversarios. Ahora yo acerco una taza a la otra. Dime ¿el aire de cada taza se ha acercado también o se ha quedado en su sitio?”

“¡Está claro que el aire no ha podido ser desplazado. Es un todo único que incluye al aire de esta casa, pero las tazas sí se han movido!”

“Efectivamente, pero las tazas, como las personalidades, no tienen ninguna realidad permanente. Con el tiempo se rompen y acaban desapareciendo. El aire, por el contrario, mientras está en la taza, se convierte en la consciencia del Ser, y fuera de la taza, en el Ser sin consciencia... Lo esencial a considerar en este ejemplo es que lo que da el sentimiento erróneo de distancia es la taza o el ego. Lo cierto, como tu has visto, es que el Ser (el aire de la taza) es inmutable aunque las tazas se acerquen. Se puede decir entonces que el continente es la no-ser como el contenido es al Ser.”

El mismo estudiante continuó:

“-Si alcanzo el *mushin* ¿quién va a luchar, quién va a dirigir mis pasos, quién es el que controla? ¡Me siento completamente perdido en la negrura sin mi ego!”

Todo el mundo rompió a reír. El maestro Takeuchi, divertido, le respondió:

“-El no-ego no es claro ni oscuro, trasciende la luz y la oscuridad. No es inactivo, pero actúa sin la intervención de la mente. Todas estas cuestiones se anulan por sí mismas en cuanto se alcanza *mushin*. ¡así que a trabajar!”

Gran risa colectiva. El maestro siempre estaba bien dispuesto a atender a los estudiantes que venían a verle. Nunca imponía nada, aconsejaba y hacía lo necesario para que la atmósfera fuera distendida e incluso alegre. La señora Takeuchi aprovechó este intermedio para ofrecer de nuevo té y galletas saladas. El maestro indicó al estudiante que se mirara en un espejo y le dijo:

“-¿Puedes confundir las dos imágenes?”

“¡no, sensei!”

“-¿por qué?”

“-Porque yo pienso con esta cabeza de aquí” dijo el estudiante señalándose con su dedo índice la nariz, según la costumbre japonesa.

Esto tuvo por efecto provocar de nuevo la hilaridad del pequeño grupo.

“-Bien, cierra los ojos y dime qué es lo que no eres tú”

Después de un momento de duda:

“-¡Lo que está fuera de mi cuerpo, sensei!”

“-¡Y bien, he aquí dónde está el Ser, en esta parte del mundo que tu llamas” mi cuerpo”. El no-ser es simplemente el verdadero Ser que pasa a través de diferentes colores identificándose con ellos. Me refiero a las sensaciones del cuerpo, las emociones, las ideas y los conceptos. El Ser es la primerísima luz de inteligencia divina. Tomemos un ejemplo más moderno. Imagina la proyección de una película. En uno de los extremos de la sala hay una pantalla (la mente). En el otro hay un operador (el Ser). En el centro se encuentra el aparato de proyección y la película. En el momento de la proyección, el operador, que es el Ser testigo, observa, y a medida que va pasando la película acaba por olvidar quién es y se sumerge en la ilusión de las escenas de la pantalla. Su identificación es tal que siente alegría o tristeza, tiene calor o frío según los temas de la película. Está completamente fuera de si mismo. Al final, es decir, en el momento de la muerte, el operador vuelve a ser consciente de si mismo y se apercibe de su error. Se da cuenta de que todas esas imágenes no le concernían en absoluto. Sin embargo, la influencia de la película persiste en él, impresiones de alegría o por el contrario de pena. Estas son las impresiones que configuran el karma que será impuesto al cuerpo que tomará de nuevo en una próxima existencia.

La existencia terrestre es una película. Las disciplinas del budo y de la meditación tienen por objeto despertaros, de volveros conscientes de que la película que se desarrolla sobre la pantalla está en realidad en el aparato de proyección y de que existe un operador, el verdadero Ser. Al fin, cuando dejéis de identificaros con los personajes de la película y hayáis recobrado vuestra identidad de operador, será ya fácil observar la película e incluso participar en ella, no interiormente, sino con la comprensión del que sabe pertinentemente de que no es más que una película, por muy real que parezca no es de hecho más que una proyección de la mente.

No vayais entonces a imaginar que el Ser está lejano e inaccesible, pues es gracias a él que vosotros me oís por medio de vuestros oídos, me veis a través de vuestros ojos y me entendéis a través de vuestra mente. Sois fundamentalmente el Ser. Realizadlo ahora y estaréis salvados. En cuanto decís “Yo soy fulano de tal”, esta identificación os limita a serlo. Pero si el mismo “yo” es capaz de decir “Yo soy el universo”, entonces en verdad se convierte en lo que dice y el Ser se realiza a si mismo.

Tokuhon tenía una fórmula muy bella para expresar esto, decía:

El yo que de si mismo concibe su propio despertar es el verdadero yo, ¡haz entonces concebir este yo en ti mismo!

Kukai, por su parte, hablaba de la entrada del ser en el Ser con el fin de que el Ser pueda penetrar al ser (*nyuga ga`nyu*). Esto implica alcanzar en la experiencia meditativa la consciencia de estados de iluminación tan elevados como el *togaku* y el *myogaku*. Estos estados emergen sin esfuerzo a medida que va desapareciendo el ego. En nuestra enseñanza, esta realización es obtenida en plena consciencia. Para algunos el despertar aparece bruscamente, para otros es un largo caminar que conduce a la vacuidad.”

INVIERNO

TIERRA

-El año nuevo. –Los 108 golpes de gong. –El kangeiko. –Saludo al sol naciente. - Cermonia de kyudo en el Sengen jinja. –Disciplina sin molice y compasión sin debilidad. –El katana. –Resumen de las técnicas. –La precisión del pensamiento y de la palabra. –El ki y la no-mente. –La práctica del no-hacer. –La realización. –La constancia de la vigilancia. –El corte. –Cortar el ego. –Sumié del maestro Takeuchi. –El adiós.

El invierno estaba ya muy próximo. Los bosques se habían prácticamente deshojado. Pero en Shizuoka incluso el invierno era una estación maravillosa. El frío era seco y perfectamente soportable, y el cielo continuamente azul y soleado.

Desde lo alto de mi pequeña montaña podía admirar a lo lejos el blanco sombrero del monte Fuji. Unos amigos tuvieron un año la gentileza de enseñármelo de cerca en invierno. Era una región de gran belleza. Visitamos los grandes lagos en parte congelados. La naturaleza era allí de tal pureza que hoy me recuerda a ciertos paisajes del Tibet.

El invierno. El frío se apodera de la vida activa, ralentiza el ritmo de la vida, destruye las formas débiles, purifica por medio de la muerte a quienes deben partir. Para el buscador de la verdad, el invierno es un momento privilegiado para la introspección, la meditación, la interiorización. Es también un período en que uno debe aprender a abandonarse, ¡condición esencial para poder renacer mejor, más grande, más fuerte, más verdadero!. ¡O no volver a renacer nunca!

Al atardecer, el sol rojo sangre proyecta sobre las laderas nevadas del Fuji san matices rosas, azules y violetas, y no resistí la tentación de intentar fijar estos momentos fugaces con mi cámara fotográfica. Con vistas al año nuevo, me las arreglé para evitar las invitaciones superficiales y estuve disponible para pasar algún tiempo con el maestro. Me quedé sorprendido al verle con atuendo invernal tradicional, un kimono y un haori azul oscuro, unos tabis, especie de botas de tela blanca con el dedo gordo separado para poder colocarse los zoris, calcetines hechas a partir de una simple suela de paja. Llevaba en la mano un bastón y un rosario. Su mujer iba también en kimono. En este día a la mayoría de los japoneses les gusta vestir el traje tradicional.

Fuimos todos juntos a visitar un templo budista de los alrededores. A media noche ya se había juntado una muchedumbre ante el gong que cada uno venía a hacer sonar. El número justo son 108 golpes que se dan para dominar las 108 pasiones. Se trata del *joya no kane*, que anunciaba el año nuevo. Después de haber cumplido la tradición de ir a saludar a los *kami* en un pequeño jinja Shinto, el maestro Takeuchi nos invitó a comer en un pequeño restaurante... uno de los amigos del maestro que habíamos encontrado en el camino se ofreció a acompañarme hasta la estación del tren de Shizuoka donde me esperaba mi fiel bicicleta.

A la mañana siguiente, en el Yoseikan, el kangeiko comenzó muy temprano. Apenas dos horas de sueño, y tenía que salir de una cama calentita y meterme de lleno en el frío glacial e un dojo cuya estufa no hacía nada ante las corrientes de aire y ni llegaba a secar una fina película de escarcha que recubría el tatami. ¡ciertamente el Yoseikan era un lugar muy antiguo y había conocido tiempos mejores!

A las cuatro de la mañana empezaba el entrenamiento de aikido. Afuera, el maestro Sano Teruo se ocupaba de la sección de karate. Algunos minutos antes de amanecer todos los alumnos salieron a correr hacia el este a lo largo del lecho del río Abe. En cuanto el sol hizo su aparición, el grupo, con las manos juntas, saludó al astro rey en agradecimiento por el año nuevo que iba a comenzar. Después de haber batido las palmas dos veces según el rito Shinto, el grupo saludó al sol con un triple *banzai!*. Cada cual, entonces, pudo volver al dojo o a ocuparse de sus asuntos. Estos entrenamientos en lo más duro del verano o del invierno, servían para superarse física y mentalmente. Quienes completaban el *kangeiko* recibían siempre un diploma. En esa ocasión, la mayoría regresó al dojo donde se iba a dar un desayuno fraternal que incluía té, mochi (una especie de arroz machacado), algas, semen y otras especialidades. El sake era especialmente apreciado en esa época. Hasta tuvimos el honor de presenciar una antigua danza samurai a cargo del maestro Mochizuki.

Dos días más tarde, otra ceremonia inauguraba el año nuevo. Se trataba de una ceremonia de tiro con arco que se realizaba en el *Sengen jinja*. Al tiro ceremonial religioso siguió una competición amistosa.

Terminadas las fiestas, telefoneé al maestro Takeuchi para pedirle permiso para volver al entrenamiento. Aceptada mi petición, me encontré de nuevo en el pequeño dojo. El maestro tuvo la gentileza de instalar en él una pequeña estufa de petróleo. El calentamiento fue doloroso. Este año el *kangeiko* había sido bastante duro, y el maestro me permitió una “pausa te”. Sonrió al verme agotado y lleno de agujetas.

“-En el antiguo Japón, los instructores tenían por costumbre insistir en las virtudes del sufrimiento en el *keiko*. El valor educativo de tal enseñanza se basaba en hacer comprender al practicante la necesidad del desapego y de la indiferencia respecto al cuerpo. Hoy en día, el *keiko*, aunque a veces pueda ser duro, felizmente no comporta ya esta actitud casi militar que no deja asomar compasión o sentimiento alguno en el corazón del alumno. Incluso, en general, con ciertas excepciones, la disciplina se ha relajado considerablemente con respecto a lo que yo conocí tiempo atrás, esta tendencia a la laxitud ha hecho perder mucho crédito al budo tradicional. Lo que yo busco es el justo medio entre una disciplina sin mollicie y una compasión sin debilidad.”

En el transcurso del mes de enero, el maestro Takeuchi me hizo el inmenso honor de ofrecerme, justo antes del entrenamiento, un magnífico *katana*, que guardaba como un tesoro. Me permitió utilizarlo cada vez que viniera a entrenarme. Recuperé la exquisita sensación de manejar una verdadera espada, que ya conocía por haber practicado en Francia mucho tiempo con un auténtico *katana*. No obstante fue para mi difícil aceptar tal honor, sabiendo la importancia que el maestro atribuía al sable. Me arrodillé en agradecimiento. El maestro me tendió el arma.

“-Ya es momento de aprender a cortar realmente. Familiarízate con el sable, y cuando estés preparado para el test de cortar, yo te avisaré”

Pasamos revista a todos los detalles: colocación del vientre, postura de la espalda, velocidad, kiai, siempre en continuo reajuste. Yo tenía prisa por aprender a cortar. Este tipo de test, por supuesto, era perfectamente inútil desde el punto de vista

estratégico, pero era muy revelador de las cualidades y los defectos de los tajos de sable. Tuve que pasar por una prueba idéntica en karate, y aunque el hecho de romper algunas planchas de madera no tenía en si ninguna importancia, es un medio radical para testar la fuerza, la rapidez y la precisión de la técnica. Sin embargo, el maestro Takeuchi no volvió a hablar más de ello, y menos durante las sesiones de entrenamiento. Por el contrario, se quedaba mucho más a menudo a observarme. Esto fue un poco embarazoso al principio, pero muy pronto me acostumbré.

Un día, después del entrenamiento, me preguntó a bocajarro:

“-¿Puedes venir mañana?”

Yo tenía un programa muy cargado, pero sabía que podía fácilmente adaptarlo a circunstancias cambiantes que frecuentemente me sobrevenían. Sin embargo respondí con ligereza:

“-Sí, quizás si, sensei, no sé si tendré tiempo, tengo...”

No me dejó terminar la frase y añadió:

“-La permanencia de la consciencia no es más que una idea nacida de la acción del tiempo. El tiempo depende de la memoria y la memoria depende de la mente. El tiempo es tan inexistente como la mente.¿Cómo puedes hablar de tiempo?”

“-Es una manera de hablar”, respondí tocado por su respuesta tajante.

“-Las palabras no deben reducirse al estado de frases pueriles vacías de significación. Es mejor no decir nada antes que encadenar palabras sin significación profunda. Cada palabra debe transportar la energía que le conviene. En adelante, presta atención a lo que dices. La fuerza del kiai empieza por el control de la palabra.”

Para hacer ver al maestro que había aceptado bien su lección y que no me habían sentado mal sus reflexiones, aproveché para hacerle una pregunta, pues nuestras grandes charlas eran ahora raras:

“-Sensei, ¿por qué proceso se dirige el ki, por la mente o por la no-mente?”

“-Las acciones del cuerpo que se manifiestan por la respiración, el bostezo, el estornudo, el sollozo, las excreciones, etc. son manifestaciones del ki. En el ser humano no disciplinado, la mente está en permanente modificación, y el ki al que está íntimamente ligado hace lo mismo. Las inhibiciones, las frustraciones, la cólera, el miedo, etc. provocan consecuentemente bloqueos y congestiones del ki en ciertas zonas definidas del cuerpo. Algunas zonas sufren una hiperestimulación, y otras quedan completamente desvitalizadas. La acupuntura actúa a favor del reajuste y del equilibrio de la energía en el conjunto del cuerpo. A medida en que la mente se va liberando de sus “stress” y sus modificaciones van cesando, las zonas de energía se desbloquean y el ki comienza a circular más libremente por todas las partes del organismo, aportando vitalidad, fuerza y nutrición. El bostezo, por ejemplo, muestra un cambio importante en el aflujo y el reflujo del ki. la relajación de zonas congestionadas del cuerpoentraña una liberación de energía, el ki se manifiesta por el bostezo. Mientras el ego domine a la persona, el ki permanece limitado a las

funciones del ego. Cuando uno alcanza el no-ego, el Ser puede entonces utilizar el ki que hay en él y en torno a él sin ninguna limitación.”

“-Parece difícil conciliar la acción con el no-actuar¿Me puede aclarar esta cuestión en el contexto del iaido?”

“-El arte de no-actuar no tiene nada que ver con no emprender nada o no construir nada. Es ante todo el arte de ser uno con el entorno. Lo cual entraña automáticamente el respeto por las leyes por las que se rige la naturaleza, de la cual el hombre es un elemento fundamental. Este respeto por el orden natural establece una similitud de vibraciones entre el alma universal y el alma humana. Esto supone que por nuestra parte hay un conocimiento de las leyes de esta naturaleza. Cuando hablo de conocimiento, no me refiero a lo que tenemos almacenado en nuestro intelecto, sino a lo que hace que la persona se convierta un día en la encarnación viviente de estas leyes, y de la misma convertirse en un verdadero sabio que, como dice Lao Tse “*crea sin poseer, actúa sin esperar nada, no se atrapa con los resultados de sus obras y en el abandono no se siente abandonado*” A esto se llama la práctica de no-actuar del ego, pero de ninguna manera del Ser.”

“-Sé que no hay que tener deseos de obtener recompensa y que la buena actitud debe ser la de liberarse del fruto de las buenas acciones. Pero ¿cuál puede ser el resultado de la realización del Ser?”

“-La realización es el despertar de lo que uno es. La persona que ha realizado el despertar vive en el mundo como cualquier otra, sólo que ya no está atada a este mundo y ya no sufre sus hechizos. El resultado de la realización del Ser se manifiesta a través del cerebro por un conocimiento inmediato que no está nunca sujeto a duda. Es una comprensión sintética e inteligente de las leyes que gobiernan la consciencia. Cuando el espíritu despierta de su largo y oscuro sueño, la mente se impregna súbitamente de los atributos de este espíritu, la persona se convierte en un *kami* o en un *bosatsu*. Se llena de una beatitud que nada podrá alterar. Es llevado por una fuerza que sabe pertenece al universo, irradia un amor constante, se convierte en un creador y un genio en la esfera de actividad que ha escogido. El intelecto se limita a algunos conocimientos específicos y le es imposible almacenar todos los conocimientos del mundo físico. Solamente el conocimiento del infinito trasciende al intelecto relativo y limitado. El satori, cualquiera que sea el grado en que se manifieste, es una visión directa de este conocimiento, antes de que quede reducido a una forma, un concepto o una ley. Es la poesía escondida tras el poema. Es el instante supremo del encuentro en kendo. Es la belleza que emana del arreglo de un ramo de flores. La realización se manifiesta por el sentimiento profundo de no ser el autor de los actos, y este sentimiento aparece cuando los actos están consagrados al Ser y el fruto de ellos se ofrece a lo que para ti represente el más alto aspecto de la divinidad. Hay que actuar libres del deseo de cualquier recompensa sea cual fuere, como dicen algunos, trabajar como el ambicioso pero sin ambición. Atente a este principio, permanece en segundo plano, atento a estar presente y permanece siendo el inmortal testigo de este mundo para siempre trastornado. Con un comportamiento tal y semejante confianza en tu naturaleza divina ¿qué te importan entonces los espejismos del mundo de la forma, qué te importan los *O Fuda*, los *O-Manori*, la invocación de los *jizos*, de los *tens*, de los *djins*, y de los *kamis*, tú que llevas en tu corazón la gloria de todos los budas juntos!”

Durante los meses de enero y febrero, el período más frío, el maestro siguió constantemente mi progresión. Pero yo esperaba en vano que decidiera, como prometió, la técnica del corte.

Sin embargo, hacia finales de febrero, en un momento en que, como acostumbraba, desenvainaba el sable, el maestro saltó sobre sus pies con una agilidad sorprendente y gritó exaltado como nunca le había visto:

“-¡Ahí está, ya has cortado!”

Sus ojos, que normalmente eran penetrantes pero sin la menor emoción, reflejaban ahora una ternura y un no sé qué de dramático. La felicidad había transfigurado su cara. El maestro estaba feliz como un niño ante su árbol de Navidad. Todo había ocurrido en un relámpago y yo no había comprendido bien lo que había pasado. Mis esfuerzos habían sido los mismos y los resultados también. Estaba incluso un poco cansado y le miraba completamente atónito.

“-Sensei, no he aprendido todavía a cortar. Usted no me ha enseñado nada todavía.”

Sus ojos sorprendentemente sonrientes volvieron a su expresión de firmeza.

“-¿Cómo puedes ser así? Caminas como un ciego en un campo de flores y cuando recuperas la vista olvidas el objeto de la marcha que era hacer un ramo de flores.” ¡cortar!” ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir satisfacer el ego, enorgullecerte de cortar en dos un trozo de paja. Noble objetivo para un hijo de samurai, pero ¡qué pérdida de tiempo para quien busca la verdad! Cortar bambú o paja es cosa fácil, en algún tiempo todo buen practicante puede llegar a hacerlo. Pero, en la duración de un relámpago, haber cortado el ego, eso es lo que yo estaba esperando. “El alma se ha abierto como se abre la flor en primavera.”

Yo no tenía particular consciencia de lo que parecía haber pasado, tampoco después de haber vuelto el sable a su funda, estaba un poco decepcionado por las pocas sensaciones objetivas obtenidas ¡que hubieran podido satisfacer mi ego!

“-No te engañes a ti mismo, no minimizes lo que acaba de ocurrir, has cortado sin ego por un breve momento. Una vez cortada la raíz del ego, éste se vacía suavemente de su substancia tan ciertamente como el sol tropical, mientras se levanta, seca las gotas de rocío atrapadas en la celesta geometría de una tela de araña.

Esto es lo que yo esperaba desde los primeros minutos de tu entrenamiento. Ahora solo hay que trabajar para liberarte del deseo de renovar tu hazaña. La presencia del Ser se ha manifestado precisamente porque no la has buscado. El fruto está ya maduro, haz lo que quieras, quédate, vete, entrénate o no hagas nada, come, corre, habla. Qué importa la acción, a partir de ahora el camino es irreversible. Se instala el silencio en el hogar, y el hogar permanece vacío.”

El maestro Takeuchi recobró su serenidad habitual. Cogió el *katana*, lo limpió con sumo cuidado y respeto y lo situó en su soporte. Me pregunté entonces qué había sido más útil el arma o el maestro. Probablemente los dos a la vez. Hubiera querido expresar mi alegría al maestro, agradecerle calurosamente, pero había dado un paso hacia la realización y no podía dar marcha atrás. Dar las gracias en ese preciso

momento hubiera sido desafortunado. El deber estaba cumplido, sin más, sin búsqueda de recompensa y sin agradecimientos. No tenía nada que decir y no debía decir nada. Seguí al maestro hasta la sala de estar. En ese momento me vinieron a la memoria las espléndidas palabras de Krishnamurti, el maestro de pensamiento de uno de mis amigos:

“La meditación es el fin del lenguaje. El silencio no puede producirse por la palabra, al ser la palabra pensamiento. La acción engendrada por el silencio es totalmente diferente de la que provoca la palabra. La meditación consiste en liberar el espíritu de todo símbolo, de toda imagen, de todo saber.”

El maestro habló con su mujer y ésta encendió una barra de incienso ante el altar del pequeño buda negro. Mientras el maestro se vistió con un kimono blanco. Su mujer había preparado sobre la mesa todo lo necesario para la caligrafía, piedra de tinta, hojas, pincel de pelos de tejón, y otros elementos cuyo uso ignoraba. Se sentó a la mesa con el cuerpo tan derecho como un buda, preparó la tinta, mojó el pincel, colocó la hoja y se recogió en sí mismo. Yo notaba que él expresaba ante mí lo mejor y lo más íntimo de sí mismo. Sentía el inmenso privilegio que me daba de vivir y sentir su “presencia”. El silencio era casi insoportable. Iba asistir a lo que el maestro llamaba “meditación sobre papel”. De repente, su mano fina pero fuerte, se movía sin la menor vacilación; con gracia aplastaba, giraba, torcía y en un último sobresalto se despegaba del papel blanco. Ni un solo músculo de su cara ascética se había movido. Apareció un ideograma magníficamente perfilado. El maestro Takeuchi contemplaba silenciosamente el dibujo. Comprendí lo que quiere decir *zanshin*. Al cabo de unos minutos pareció reanimarse:

“-Este *sumié* es para ti, lo guardaré aquí en recuerdo de lo que ha sido cumplido”

Había comprendido muy bien lo que quiso decir y no pude menos que darle las gracias calurosamente. Era un adiós sin serlo. Estar aquí o en otra parte ¿qué importa? ¿la comunión entre los seres está en función de la distancia? ¿lo esencial no era que yo continuase con esta disciplina sagrada del sable y que se cumpla la voluntad del Ser?

El maestro había ordenado el material y puesto de nuevo la ropa de todos los días.

“-Vuelve cuando quieras, será siempre para nosotros un gran placer”

Al salir, en la acera, contemplé a cierta distancia a esta pareja de viejos, insignificante a los ojos del común de los mortales, haciendo gestos de calurosa despedida, sentí de repente un gran vacío y tuve ganas de llorar. No me había dado cuenta de que el maestro había llenado la copa de amor, y que mi corazón desbordaba de este amor por él. Hacía mucho más frío que de costumbre. Después de un último gesto, apreté el paso. Había todavía tanto que hacer.

Michel Coquet.